

MADRID 1882

REVISTA CONTEMPORÁNEA

Librería de la Universidad de Madrid.

MADRID, 1885

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo,

REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO XI—TOMO LVIII.

JULIO — AGOSTO 1885



DIRECCION Y ADMINISTRACIÓN
PIZARRO, 17, PRINCIPAL

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO
J. F. Parres y Comp.^a
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'reilly, 96
Habana.

DERECHOS RESERVADOS

REVISTA

CONTENIDO

AÑO XI - TOMO LVIII

JULIO - AGOSTO 1885



DIRECCION Y ADMINISTRACION

Pinarro, 17 Principal

OFICINAS

Paris, R. Berrano, 43 Rue Lafayette

BOGOTA
D. Miguel Alvarado
Ortiz 96
Havana

BUENOS AIRES
Manuel Riera
BRASIL
Belmonte e
Pernambuco

MEJICO
E. Riera y Comp.
VENECIA
E. Riera

DIRECCION RESERVADA



EL CISNE DE VILAMORTA

SEÑORA DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN.



Muy señora mía y distinguida amiga: Cuando publicó V. su precioso libro *La Cuestión Palpitante*, tuve la pluma en la mano para felicitar á V. por el notable acierto con que están escritas aquellas páginas sobre problema tan interesante y al mismo tiempo tan difícil de tratar, que personalidades que pasan con sobrada justicia por eminencias, se han estrellado al tocarle, desbarrando como pudiera hacerlo cualquier mortal de los más vulgares. Y como en esta cuestión, salvo contadas excepciones, no se ha dicho (y lo que es peor todavía) ni se dice aún más que una serie de lugares comunes cuando se trata de denigrar el naturalismo, ó una serie de ditirambos sin tasa ni medida cuando se trata de ensalzarlo, parecíame que no debía dejarse pasar aquel momento sin rendir el homenaje debido á quien como V. revela en aquellas pocas páginas un tan profundo conocimiento de la literatura contemporánea y una solidez de juicio, no muy común en estos tiempos entre los hombres que á estos estudios se dedican y bastante menos entre las damas que de ordinario no se dedican ni á unos ni á otros estudios, bien es verdad que lucen las mujeres con tanta gracia y coquetería su saber como su ignorancia, y por eso,

sin duda, seguras de que han de agradarnos de una ó de otra manera, huyen casi siempre de quebraderos de cabeza, que han de distraerlas forzosamente de su gran estudio, el amor. Por eso, estimando cuanto vale el culto que V. consagra á la literatura con tan notable éxito, quise yo también meter baza en el concierto de los elogios que á V. se prodigaron en aquella ocasión y de paso poner algún reparo á esas discorancias que V. encuentra entre el determinismo y el naturalismo, que á mí no me parecen sino todo lo contrario; pero como el hombre propone y Dios dispone, llovieron entonces sobre mi persona tales y tan perentorias ocupaciones, que me impidieron cumplir mis propósitos, no siendo ya cuando me ví libre de ellas momento oportuno para emborronar cuartillas y entretener al público con un juicio crítico que habría de oler de seguro á puchero de enfermo.

Quizás extrañe á V. que persona de tan escasa valía como yo intentara hacer un juicio crítico, siendo la crítica ocupación que requiere condiciones excepcionales de cultura, capacidad é imparcialidad; pero era yo entonces tan osado, que á eso y á mucho más me hubiera atrevido, sobre todo desde que ví que los críticos que por aquí se estilan, salvo honrosas excepciones, á todo se atreven y de nada entienden, y eso que no tengo idea de que haya para la literatura un manualillo tan útil como el de Fetis para la música, libro curiosísimo cuya existencia no sospechaba, hasta que hace unos días por casualidad lo tuve en mis manos, y en cuya portada se leen estas notables líneas: *Libro indispensable para juzgar toda clase de obras musicales sin saber música*. Si sirve ó no este manual lo ignoro, porque no ando entre músicos; pero sospécheme que habría de prestar gran provecho á la literatura un librejo por el estilo, escrito por persona competente; porque algo contribuiría á evitar tantos dislates como los que de ordinario llenan las columnas de los periódicos con pretensiones de crítica seria y formal. No he de incurrir yo ahora en el delito que estuve á pique de cometer, porque estoy curado, por fortuna, pues si desgraciadamente me pesan hoy los años mucho más que entonces, el tiempo ha aligerado bastante mi caletre almacenando en él algunas ideas y despojándole de algunas

de las muchas telarañas que anidaban allí como en desván. Y dicho esto, permítame V. que primero me encomiende á Dios y á todos los santos y santas de la corte celestial, para que no me dejen de su mano y no tenga que arrepentirme de lo que voy á decir de *El Cisne de Vilamorta*.

*
* *

Entre las muchas cosas que V. ha estudiado, además de la literatura, no se le habrá ocurrido, de seguro, estudiar derecho mercantil, ni quiera el cielo que se le ocurra semejante cosa, porque los resortes y goznes del espíritu se enmohecen de tal modo, que todo el aceite literario de que se puede disponer no es bastante en muchas ocasiones para que la máquina del espíritu, acostumbrada á las amenidades del debe y el haber de las letras de cambio y de las quiebras, vuelva á correr plácidamente por los risueños campos de la poesía, el arte dramático y la novela. Es verdad que tanto V. como yo conocemos al ilustre poeta valenciano Querol, honra de su país como escritor, y dedicado á los negocios mercantiles desde hace muchos años, y al distinguido crítico novelista y catedrático Alas, que ha escrito á un mismo tiempo *La Regenta* y un programa de derecho mercantil; pero tal excepción no destruye la verdad de lo que afirmo, porque seguramente estos señores, para pasar del *libro mayor* á la literatura, habrán de vencer no pocas resistencias.

De mí sé decir que el obstáculo principal con que tropiezo para hablar hoy un poco de *El Cisne de Vilamorta*, aparte de mi insuficiencia notoria, se lo debo al malhadado derecho mercantil que es mi pesadilla desde hace unos meses, y de tal manera me abruma, que no veo la posibilidad de salir del atolladero en que me he metido, más que haciendo un fiel balance de las partidas de cargo y data que con V. tengo para que V. las apruebe, si las encuentra ajustadas á su cuenta y razón, ó las rechace por falsas ó erradas.

Si mi temperamento frío y apático fuera susceptible de los entusiasmos y arrebatos del autor de *La Carnaza*, tiraría mi

sombrero al aire, haría unas cabriolas, y gritaría con toda la fuerza de mis pulmones: ¡viva la ilustre gallega que ha escrito *El Cisne de Vilarmorta*! y añadiría después, con esa inflexión particular que dan los andaluces á sus requiebros: ¡bendiga Dios las manos que tal escriben! pero como estas cosas se despegan de mi condición, diré tan sólo que he pasado ratos verdaderamente deliciosos leyendo las bien sentidas y mejor pintadas escenas de la vendimia, las fiestas de Vilamorta y la tertulia de la botica de Agonde; y antes de que se me olvide, haré constar que los buenos liberales no podemos menos de felicitarnos por el contraste tan bien presentado entre la botica reaccionaria de D.^a Eufrasia, y la botica liberal de Agonde, porque aun cuando real y verdaderamente sean la una lóbrega y mal alumbrada con un quinqué de petróleo con tufo, y cuatro sillas mugrientes, y un banco por todo mobiliario, y la otra, la de Agonde, clara y espaciosa, con buenas luces y con aquellas grandes redomas de cristal de colores vivos y fantástico efecto, una triple estantería cargada de tarros de porcelana blanca con rótulos latinos en letras negras, imponentes y científicos, y un diván y dos butacas de gutapercha como complemento; aunque no haya V. puesto tinta ninguna de más para buscar el contraste y resulten copiadas una y otra del natural con fidelidad fotográfica, debemos felicitarnos, repito, de que sus ojos de V. la permitan, gracias al continuado trato con los pícaros heterodoxos, ver estas cosas sin aquellas telarañas políticas que en otra época enturbiaban su preciosa vista, porque si siempre tuvimos fe ciega en el triunfo de nuestros ideales, ha de ser mayor nuestra esperanza cuando al servicio de la causa del progreso acude el arte, que si en todas ocasiones fué nuncio de victoria, hoy lo ha de ser doblemente por traer su enseña una mujer de tanta valía como V.

Y volviendo á lo que interesa, es decir, á ese Cisne, que deseando alcanzar gloria y fama tuvo que ausentarse de su patria para olvidar el naufragio de sus ilusiones, he de confesar á V. que lamento de todas veras su viaje, porque si su impaciencia por llegar no le hubiera puesto alas en los pies para huir, hubiera visto, que si sus versos nunca pasarán á

la posteridad, su nombre y su simpática é interesante persona correrá en los anales de la literatura patria unido al de V., y no desaparecerá tan fácilmente de la memoria de los que le hemos conocido, y vea V. cómo resulta verídica y gráfica la frase de Simarro, de que los españoles somos un gran pueblo muy desdichado, porque no hemos tenido la suerte de que nos descubran todavía: díganlo si no Vilamorta, el Cisne, Leocadia Minguitos, Flores, Nieves, Victorina y todos los dichosos habitantes de ese lugar que V. ha descubierto en esa tierra tan fértil que se llama Galicia y que no conocemos más que por el mapa y las estadísticas la inmensa mayoría de los españoles, pero que, como aseguraba el gran tribuno de la democracia, V. nos hace desear y amar manejando tan diestramente la paleta y repartiendo con tanto acierto sobre aquellas regiones la luz y el ambiente, el color y la vida.

Sin género ninguno de duda para mí, y en opinión también de muchas personas competentísimas á quienes he oído hablar de esto, es *El Cisne de Vilamorta* la mejor de las novelas de V., con ser ciertamente muy buenas todas las anteriores. Hay, sin embargo, alguno á quien gusta más *La Tribuna* que *El Cisne de Vilamorta*; pero sospéchome que debe haber en este juicio algo de pasión de escuela, y que el que así discurre no debe estar muy lejos de esos que creen «que es muy *idealista* la descripción de una noche de luna, y muy *naturalista* la de una fábrica; muy *idealista* el estudio de la agonía de un sér humano (sobre todo si muere de tisis, como *La Dama de las Camelias*), y muy *naturalista* el del nacimiento del mismo sér.» *La Tribuna*, con tener bellezas de primer orden, no puede sostener la comparación con *El Cisne de Vilamorta*; hay en esta última novela tal naturalidad y acierto en la descripción de los lugares, y tal verdad en la pintura de los caracteres, que el lector se convence en cuanto cierra el libro de que el pueblo y sus gentes existen, y de que V. ha vivido entre ellos mucho tiempo, atesorando un caudal de observaciones, que ha sabido V. reproducir después de un modo magistral, poniendo de relieve con un arte exquisito lo que llamaría un krausista la característica de los sucesos, lugares

y personas que impresionaron su retina en *Vilamorta*. En cambio, si *Marineda* y su fábrica de tabacos sabe todo el mundo que existen, no sucede otro tanto con sus habitantes; porque si en ocasiones se presentan con tanta naturalidad como los de *Vilamorta*, á veces parecen moverse á impulsos de una voluntad extraña que puede nacer de un *partipris* ó quizá de que viviendo V. en muy distinta atmósfera que ellos, no llegó V. á apoderarse por entero de su secreto, y así resultan verdaderos en aquellos momentos en que V. los sorprendió, y un poco forzados cuando tuvo V. que adivinarlos y amoldarlos al plan de la obra.

Lo que involuntariamente se recuerda al leer los primeros capítulos de *El Cisne de Vilamorta*, es el *Pedro Sánchez*, de *Pareda*; y aun cuando no puede negarse que hay algo de común en los sueños de gloria y ambición que á uno y á otro agitan, es éste un carácter tan general en nuestras provincias, que discurrirá con muy poco sentido quien pretenda hacer á V. un cargo por esta coincidencia, porque el tipo existe; en todas partes se presenta, en cada una de modo distinto y con caracteres especiales, y *El Cisne* se diferencia perfectamente de *Pedro Sánchez*, y no son tampoco ni los lugares ni los personajes que al rededor de uno y otro protagonista se mueven idénticos ni parecidos. Si por razón de estas coincidencias hubiera de negarse originalidad á un novelista, con no ser entre nosotros tan extraordinario como en Francia el desarrollo de la novela, habría que renunciar casi en absoluto á este género. Ni *Pedro Sánchez* perjudica á *El Cisne*, ni *El Cisne* puede hacer sombra á *Pedro Sánchez*; cada uno tiene fisonomía y personalidad propia, y los dos han de vivir como buenos hermanos en la historia de nuestro renacimiento literario.

Leocadia es, sin disputa, la figura más interesante de la novela. Aquel amor que se apodera de ella, que la hace romper sus honrados propósitos y al que sacrifica su hacienda, su hijo y su vida, sin verse correspondido más que por el amor de limosna del Cisne, que acepta con gran egoísmo é indiferencia, como Sultán que cobra vergonzoso tributo todos los sacrificios y privaciones de su víctima, sin leer jamás en sus ojos la huella del sufrimiento ni la expansión de un alma

que no vive más que por él, y para él, es tan tierno y poético, está pintado con tal verdad y colorido, que en vez de inculpar á Leocadia por el abandono de Minguitos y por el suicidio con que pone fin á su desgraciada existencia, siente el lector hacia ella una compasión profundísima que brota de las fibras más delicadas del sentimiento. ¡Y cómo contrasta Leocadia con Nieves! Nieves es la mujer de cera que no siente, pero que se funde á muy baja temperatura, y con la misma facilidad con que se imprime en su sér una huella, con la misma facilidad se borra, sin dejar rastro perceptible; es la personificación de la pasividad, y casi pudiera decirse que es el legado que nos dejaron los tiempos que fueron, el fruto natural de aquella educación que durante tantos siglos ha recibido la mujer española, enaltecida y humillada á la vez, reina del amor y esclava de la familia, alma de aventuras y galanteos, en que la vida y el ingenio de los hombres se derrocha como inagotable caudal y sujeta á la despótica tiranía de un padre ó un hermano, que confían su honor al cuidado de una dueña, que tratan de casarla sin jamás consultar su voluntad, y que si se resiste á sus proyectos ó fracasan por cualquier accidente, la destinan al claustro, sin dárseles un ardite de su vocación; Nieves es el producto de la ignorancia y el fanatismo de nuestros padres; Nieves es el resultado de esa educación que hace de la mujer, no la compañera del hombre, sino el ama de gobierno, ó el aya de sus hijos; Nieves demuestra una vez más la profunda verdad que encierra este aforismo del ilustre economista francés Mr. Dunoyer: *rien de plus corrupteur que la faiblesse.*

Minguitos y Victorina son también dos tipos interesantísimos, sobre todo el primero, tan delicado de cuerpo como de espíritu. Esa víctima que sacrifica el Cisne y que de tal manera padece por el abandono en que le deja su madre, es una figurilla que conmueve en alto grado, parece como la víctima que se inmola en el altar de la fatalidad; él nada hizo, en nada intervino, y sin embargo, le alcanzan todos los rayos y llueven sobre él todas las desventuras. Su pecado es su exquisita sensibilidad, y ésta no es otra cosa que un estado patológico que la voluntad no puede modificar en lo más

mínimo. En cambio Victorina es muy distinta. Se enamora del *Cisne* apenas le ve; presiente en su madre una rival, y la acecha á todas horas, se convence de que su adorado ama á su madre, y loca y arrebatada por la pasión, arrastra ella misma á su padre á ser testigo de su deshonra, y á provocar inconscientemente su orfandad. Con estar muy bien dibujada esta figura, paréceme, sin embargo, un carácter falso. Tal espontaneidad en los sentimientos; tal precocidad en la pasión, tratándose de una niña, las concibo muy difícilmente, y sólo la circunstancia de ser V. mujer me hace dudar si mis recelos serán infundados, porque es indudable que V., mejor que cualquier hombre, está en condiciones de poder pintar ese estado particularísimo de crisis que atraviesa la niña al convertirse en mujer.

Y aquí daré fin á esta especie de galería fotográfica, en que empecé á exhibir los personajes de *El Cisne de Vilamorta*, porque no acabaría nunca si hubiera de decir á V. todo cuanto acerca de ellos se me ocurre, y porque además, esta deshilvanada carta se hace ya pesada y enojosa, y no quiero terminarla sin hablar con V. algo del prólogo, y aun quisiera también decirla algo, no del estilo, que me parece perfectamente, sino de algunas palabras que V. ha inventado en uso de su legítimo derecho, pero que no puedo citar en este instante, porque las apunté en un ejemplar de la novela que no era mío y que hoy no está á mi disposición, y aun cuando tengo á la vista uno de mi exclusiva propiedad, como carezco por completo de memoria, no me ha sido posible tropezar con ellas, porque he perdido el recuerdo del lugar y la ocasión en que V. las ha escrito. Pero en fin, aunque no pueda citarlas, diré á V. que no me parece mal el sistema, porque así se enriquece el idioma, sólo que se me figura que para no sorprender la buena fe del lector, debía V. hacer lo que Valera, que las pone con letra bastardilla, á fin de que se conozcan y las acepte el que quiera sabiendo á que atenerse.

El prólogo es de V. y con esto basta para que sepan los que no lo han leído que es muy bueno, y sin embargo, no le perdonaré á V. nunca el haberlo escrito, porque aunque

la frase parezca demasiado fuerte, yo no puedo menos de decir que me ha engañado V. como á un chino, ó que me ha dado V. un timo literario. Salir al paso de los críticos que puedan acusar á V. de que *El Cisne de Vilarmorta* es un tributo pagado á la escuela romántica como en desagravio de las ofensas que V. pudo inferirla con *La Tribuna* representa ó un apocamiento de espíritu (imposible en V.) ante las severidades de cierta crítica académica que reniega de su siglo y de sus adelantos, ó un ligero remordimiento que á V. asalta por no ajustarse á los estrechos preceptos de la religión naturalista. Y si fuera esto último, permítame V. que le diga que queda en V. alguna reminiscencia de «esas telarañas del juicio, que no hay escoba que consiga barrerlas bien, ni nunca se destierran por completo,» y entonces sí que podría aplicarse á V. el graciosísimo cuento del cura y la música, que tan oportunamente contó Celleruelo en el Congreso. Ya sé yo que V. me contestará que no hay tal, sino que los personajes son románticos por temperamento, y que como no es esta razón para excluirlos del mundo del arte, V. los ha reproducido porque es fruta que espontáneamente se cosecha en Galicia como se cosecha en todos los países del Norte; pero si he de decir la verdad, confesaré que tampoco este argumento encuentro que justifique el prólogo, porque yo dudo, y conmigo otros muchos, que sean románticos los personajes de *El Cisne de Vilamorta*.

Para mí es romántico el que sueña cosas imposibles y absurdas y se imagina héroe de extrañas y singulares aventuras; pero ¿de cuándo acá ha sido romántico un muchacho que escribe versos con facilidad, que escucha elogios de las personas que los conocen y que sueña con un nombre glorioso como el de Núñez de Arce ó Campoamor, porque no sabe de Madrid más que lo que ha leído en los periódicos que llegan á su lugar?

¿Es romántico un hombre que acepta sin escrúpulo ninguno un amor como el de Leocadia, cuando para él no representa otra cosa que la satisfacción grosera de la carne ó la de la vanidad que siente al oír hablar á la desgraciada maestra del porvenir que le está reservado?

¿Es romántico un hombre que al intentar la conquista de una mujer se hace la ilusión de que le ama porque no encuentra en ella grandes resistencias á sus ímpetus amorosos? Y si el Cisne no es romántico, ¿lo será Leocadia, que sueña con un hombre que comprenda el inagotable tesoro de cariño y abnegación que hay en su alma lacerada? Es que se figura usted que es imposible que exista un hombre capaz de comprender y de corresponder á un amor de esta naturaleza?

No lo creo. Ese hombre puede existir, existe, y Leocadia no puede llamarse romántica por albergar en su pecho un sentimiento y una esperanza que se han visto defraudados, porque su desdicha la hizo tropezar con el Cisne.

De los demás... qué quiere V. que le diga... Excepción hecha de Minguitos y Victorina, que son los más aproximados al tipo romántico, aunque para mí ni uno ni otro merecen esa consideración, no creo que pretenda nadie ver románticos ni en aquella honrada y leal Fuertes, tipo que, por desgracia, está próximo á desaparecer, ni en aquel insigne Tropiezo, prototipo de esa innumerable falange que sale todos los años de nuestras Universidades con patente de corso y con plena autorización para ayudar á la muerte en su incansable tarea, ni en el abogado y usurero García, ni en el boticario Agonde, ni en D. Victoriano, una de tantas medianías que llegan á los primeros puestos de la política por arte de magia, ni en los dos hermanos Genday, afiliado cada uno á distinto bando con objeto de no estar nunca caídos, ni en ninguno de los demás personajes que V. ha sacado á luz con tanta verdad de copia.

Y no digo más, porque bien podrá suceder que todo esto que á V. he dicho sea hijo de mi ignorancia, pues la ignorancia es muy atrevida. Sin embargo, añadiré todavía, que yo sostengo y sostendré siempre que es más naturalista *El Cisne de Vilamorta* que *La Tribuna* y que *Un viaje de novios*, porque es más verdad, apesar de que en ella hay el tipo simpático que motiva la censura de Zola al estudiar las obras de Daudet. Pero si éste por convencionalismo admitiera en todas sus obras un personaje simpático, es mucho más censurable, á mi entender, el convencionalismo de Zola que no

tropezó en Pot Boucille con más persona honrada que un novelista que copia las inmundicias que alrededor de él fermentan.

Me explico que Zola, por el ardor de la lucha y como campeón de la protesta contra un arte de similor verdaderamente ridículo, haya ido más lejos de lo que el naturalismo requiere, porque tal es la ley de todas las reacciones; pero no concibo por qué al mantenerse V. alejada de esos extremos, que si en Francia se justifican, no tendrían razón de ser en un país como el nuestro, en donde hombres de tan opuestas tendencias como Pereda y Galdós se estrechan las manos en el terreno del arte, no concibo, repito, cómo aquí para justificar *El Cisne de Vilamorta* se le ocurrió á V. hablar del romanticismo, porque presumo que todos los lectores de su novela habrán tenido al terminar su lectura el mismo desencanto y la misma satisfacción que su afectísimo amigo y seguro servidor Q. S. P. B.,

LORENZO BENITO.

Junio 7 de 1885.





LAS CATACUMBAS ⁽¹⁾

II



tal acción tal reacción; así se augura siempre, y tal aserto es ya palmaria verdad, que tiene exactísima comprobación lo mismo en la vida de los recuerdos despertados por la historia de generaciones que pasaron, que en la de nuestros sufrimientos, lo mismo en las lecciones que tomamos con gusto, que en aquellas que dolorosamente se nos hacen sufrir. Los primeros exploradores de las catacumbas consideraron el feliz hallazgo á través de lentes completamente velados por el sentimiento religioso, lo vieron todo iluminado con la poderosa luz de la fe que los animaba, y por esto sin duda Bossio, Boldetti, Alarchi y muchos más, declararon, casi *à priori*, que toda aquella obra era debida únicamente al trabajo de los cristianos, que gozaron allí durante mucho tiempo la vida del alma, que de allí la habían dejado partir libre de las trabas de este mundo, para que fuera á refugiarse en el amantísimo seno de aquel que con su ejemplo, más que con su palabra, habían sabido hacer amar y profesar una religión de amor y paz, causa eficiente de la regeneración de muchos pueblos. Cuando sobrevino el análisis se rectificaron en parte las pri-

(1) Véase la pág. 129 del tomo anterior.

meras ideas ó se aventuraron nuevas hipótesis, absolutas negaciones de aquéllas.

Triste es tener que decirlo; la mayor parte de estas nuevas ideas, casi nunca fueron resultados de concienzudos y detenidos estudios, sino hijas de lamentable espíritu de contradicción, avivado por antagonismo de creencias religiosas en unos casos y en otros efectos de censurable ignorancia, madre, cuando menos, de ligerezas que apenas se explican. Lo que hemos dicho de los colegios fúnebres, de aquellas sociedades piadosas cuyo fin principal era sepultar los muertos, hace presumir que el trabajo de las Catacumbas se debe, si no en todo, al menos en gran parte, á las mencionadas corporaciones. Esta declaración destruye la hipótesis aventurada por algunos, que tal vez sin haberlas visitado, han dicho que las Catacumbas cristianas habían sido antes *Puticulis*, ó sean inmundos lugares de aquellos en que durante el poderío de la Roma, señora del mundo, se arrojaban confundidos con los animales muertos hallados en la vía pública, los cuerpos de los infelices que carecían de lo suficiente para que sus herederos pagaran una sepultura ó para que le costeasen la pira en que su cuerpo pudiera quedar reducido á cenizas. Festo define perfectamente aquellos sitios extramuros, fuera de la puerta Esquilina, en el pavoroso lugar en que eran ajusticiados los criminales y hallamos en los clásicos datos bastantes para poder reconstruir lo que aquello fué: el enterramiento de los pobres en la antigua Roma era horrible; encerrados en cajas que por tanto servir estaban ya carcomidas y desajustadas, mal cubiertos con sucias y rotas togas que servían de mortajas años y años á todos los desgraciados que sólo en tan tristes momentos vestían una sola vez el traje del ciudadano, eran, no conducidos con el respeto que debe inspirar la muerte, sino acarreados por cuatro viles esclavos; viles, no por el triste estado á que, sin duda, habían sido reducidos por el poder del más fuerte, sino por infamias que publicaban las ostensibles marcas de sus frentes. A la caída de la tarde, apiñados los cadáveres junto al lugar en que iban á desaparecer como montón de inservibles despojos, era levantada la losa que cubría uno de aquellos pozos y podía

verse negra boca, que, al parecer, debía conducir al centro de la tierra; en repugnante confusión caían por ella todos los muertos aquel día, desnudados por la exagerada codicia de aquellos enterradores pervertidos, que momentos después se embriagaban en asquerosas orgías, cuyo importe pagaban con las monedas de cobre que tristes deudos habían podido conseguir á costa de penosos sacrificios ó recogidas de limosna ó merced á horribles ventas, y que temiendo por la suerte futura de aquel á quien perdían, se las habían puesto entre los dientes para que con ellas calmaran el furor del horrible barquero del infierno, ya que sólo la muerte había podido conseguir que cediera de sus rigores la siempre voluble y tornadiza fortuna. En aquellos inmundos lugares se fundían juntamente las carnes no mancilladas de la virgen, que murió pobre, pero honrada, con la del infame disipado que hubiera podido dejar para que le costearan suntuosas funerales con perfumado túmulo, lloronas á jornal y gladiadores que se despedazaran junto á la pira, si más precavido y viviendo honradamente, hubiera evitado el eterno escándalo de su vida, que consumió entre cortesanas y parásitos; allí, en aquellas repugnantes cisternas, entraba en putrefacción el joven junto al viejo, el sabio junto al ignorante y—¡rigores de la suerte!—se confundían allí también, se unificaban absolutamente elementos orgánicos de muchos individuos cuya existencia había sido constante lucha, cuyas almas se estrellaaban siempre al chocar en los inconmensurables espacios.

Aquellas prácticas de las que adquirimos conocimiento al través de tantos siglos, dan lugar á que nuestra fantasía bosqueje sombríos cuadros; pero siempre que leemos alguna invectiva contra los antiguos romanos por la triste é infamante sepultura que daban á los que morían pobres, pensamos que los adelantos en esta materia no han sido grandes. Los *puticulis*, como declaran autores dignos de entero crédito, eran escavaciones verticales más ó menos profundas, en las que se iban acumulando cuerpos sobre cuerpos, hasta que repletas, eran cubiertas con pesada losa que no volvía á levantarse sino después de algunos años, cuando podían ser extraídos los amarillentos huesos no pulverizados aún, dejando limpia

la fosa para que sirviera nuevamente. En los cementerios modernos existen todavía *Puticulis*, pues así pueden llamarse las zanjas en que son sepultados los infelices que no dejaron con que pagar, no ya una tumba con arca, en que cultivar plantas y flores que crezcan á expensa de su deleznable materia, pero ni aun siquiera un hoyo aislado en el suelo que todos huellan, en la húmeda tierra que los pudrirá más pronto, en la movediza tierra, que escarvada por los perros del guardián, dejará descubiertos los secos huesos y de un lado esparcidas tibias y vértebras, parecerán restos de muebles rotos; de otro la calavera servirá de nido á mil insectos que hallarán celdas en sus vacías y en sus órbitas llenas de polvo fecundado por semillas invisibles que arrastró el aire y regado por las lluvias del cielo, crecerán plantas miserables secas en poco tiempo por falta de jugo, como ocurre á las tristes parietarias; secas son ruinas de la naturaleza, como ruinas de las artes son aquellas á que se adhieren desde que nacen para morir en ellas.

Fuerza es confesarlo; por tristes, por repugnantes que sean las escenas que ocurrían junto á los *puticulis* extramuros de la Esquilina, por sombríos que sean los tonos con que se ofrecen á nuestra vista, nosotros hijos de este siglo, habitantes de estas naciones que se suponen emporios de civilización, podemos presentarlos, si no peores, al menos tan horribles; los apartados patios de los cementerios modernos, puestos bajo el amparo y custodia de la Iglesia, están tan desprovistos de ornato, son tan fríos, inspiran tanto terror como podía causar aquel pedazo de la insalubre campiña romana en la que el color triste de pocas florecillas, mezclado con el oscuro verde de las hierbas que en ella vegetan, no pueden hacer recordar galas de la naturaleza, sino que traen á la memoria pintada piel de serpiente bajo la cual en defectuosos organismos fermenta mortífero veneno, tanto más activo, cuanto más ardientes son los rayos del sol que cayendo sobre ellas ni logran animarlas, ni templarlas. Nos hemos representado muchas veces los horribles cuadros formados por aquellos litibinarios que con sobrada razón fueren llamados *martuos nudatores*; nuestra repugnancia nos ha creado

fantasmas de lo que fué y los hemos visto arrojando mezclados en los puticulis cuerpos de seres que en vida habían permanecido muy distantes, los hemos visto gozando con los horrores de la muerte, aprovechando los despojos de los cadáveres, pero jamás podremos olvidar lo que con el alma dolorida hemos presenciado al borde de las zanjas, donde se aglomeran cadáveres hasta que no caben más. Deduciendo por éstas lo que serían aquellos antiguos lugares de enterramiento, no hay que pensar siquiera en que las Catacumbas hayan sido abiertas con semejante fin; sus entradas verticales son pasos á infinita red de galerías, ó dilatadas criptas en cuyos planos horizontales no se han hallado sepulturas, ni restos humanos de muchas personas confundidas, como forzosamente tenía que resultar en los puticulis. No podremos determinar ni aun remotamente cuál ha sido la causa de que se aventure tan infundada hipótesis; pero podemos declarar desde luego que carece en absoluto de todo fundamento. Las Catacumbas no han sido un hueco alquilado por tiempo fijo á los restos mortales de infelices que no podían pagarse una sepultura á perpetuidad; aquellas interminables galerías han contenido únicamente cuerpos cristianos, depositados allí religiosamente, no por un período determinado de tiempo, sino para siempre, pues es menester afirmarlo: las Catacumbas serían aún más extensas, si las persecuciones hubieran sido más dilatadas.

En apariencia es de mayor fundamento la opinión de autores que recordando textos clásicos, afirman que la interminable red de estrechos y lóbregos pasadizos que las forman son canteras de puzzolana abandonadas de las que durante muchos siglos se extrajeron materiales para construir los más grandes monumentos de la Roma pagana. Sabiendo únicamente que se ha manifestado esta opinión, se puede creer efectivamente que las Catacumbas son lugares semejantes á aquel en que, según Cicerón, fué arrojado el cuerpo de Asinio después de asesinado, ó como aquel en que Nerón no quiso esconderse, según Suetonio, por no parecer que se enterraba vivo; pero cuando se llega á las Catacumbas y se recorren detenidamente, se ve desde luego que la especie es

aventurada. No podemos hacer nosotros un detenido análisis del terreno en que está abierto el notabilísimo monumento cristiano, porque sobre no permitirlo nuestra falta de conocimientos para ello, creemos que no es absolutamente necesario hacerlo: basta una simple inspección para quedar convencido de lo contrario. Después de asegurar las conquistas logradas, ya por fuerza, ya por astucia, los romanos se aplicaron á sacar de ellas el mejor partido: la extremada rapacidad con que procedieron, autoriza creer que deseaban hallar compensación á sus anteriores trabajos con los abundantes frutos que buscaban, y aun parece que querían asegurarse á toda costa la cómoda holganza á que desgraciadamente debieron el mayor número de sus males; pudiendo considerarse dueños del mundo, trabajaron por conseguir elementos á fin de subyugar lo que restaba de tierra conocida, á que no hubieran llegado aún las garras de las águilas romanas, y todo ello apenas si tenía más objeto que asegurar medios para que se divirtiera aquel pueblo que sólo se ocupaba en divertirse; naturalmente, estas causas dieron lugar á que hicieran por conseguir de la tierra cuanto podía otorgar la pródiga Cibele. Pocas veces se había empleado el mito tan justamente como ahora, porque cuando se quiere indicar todo lo del planeta que habitamos, todo á lo que en él se puede llegar con la industria ó con la fuerza, no basta decir tierra, es menester hallar medio para que se comprenda lo que se ve y lo que está oculto, y á todo se aplicaron aquellos señores del mundo: de unas provincias de aquel vasto imperio, enviaban á la soberbia metrópoli dorados granos de copiosas sementeras con que la naturaleza las favorecía, y de otras mandaban sabrosísimos jugos de sus frutos; de unas naciones sacaban lo que tenían á la vista, despojándolas de riquezas que se habían aglomerado con el cultivo de todas las bellas artes, llegadas allí á su mayor esplendor; en otras escudriñaban el suelo buscando riquezas hijas de la naturaleza, y sacaron elementos engendrados en sus entrañas, capas de riquísimo metal, piedra de toque para el hombre ó riquísimas venas del que por blanco y brillante, mereció que los alquimistas le dieran el nombre del melancólico planeta á cuya

luz las dolorosas tristezas se hacen poéticas, se recuerdan sueños entre suspiros y se alientan irrealizables esperanzas. Verdad que no siempre hallaron ricos metales, pero buscando lograron encontrar en unos sitios riquísimas canteras de mármoles que devastó el arte y fueron animados después por la escultura; en otros, materiales que han hecho eternos los monumentos en que se emplearon. Los medios de que se valieron para el aprovechamiento de todo esto, atestiguan cuán grande era el espíritu práctico que los dominaba y cómo los adelantos, en aquella época cuando se carecía de pólvora para abrir barrenos y remover grandísimos obstáculos, y en que la ingeniería no había llegado á la altura en que hoy se encuentra, eran mayores de lo que pueden suponerse.

En las minas explotadas por los romanos y cuyos trabajos pueden reconocerse aún en muchos sitios, se observan dos cosas principales: el deseo natural de ahorrar gastos y el estudio hecho para que la extracción de las materias atesoradas en el subsuelo, fuera más fácil. ¿Se halla alguna de estas condiciones en lo que han supuesto algunos minas abandonadas? No por cierto; las galerías de las Catacumbas son bajas y estrechas, hasta el extremo de que en muchos puntos no pueden marchar de frente dos personas; en ellas hay pisos superpuestos, llegándose de los superiores á los inferiores por escaleras abiertas en las rocas, estando todo construído en la misma materia que suponen se buscaba, y que de ser cierto hubiera sido extraída; las vueltas se cortan en ángulos rectos, buscando la rapidez de una línea no seguida á la ventura por conveniencia imprevista, sino trazada con arreglo á un plan perfectamente estudiado, cosas que no se observan en ninguna especie de minas. Si todo lo que hoy se reconoce como Catacumbas hubieran sido canteras antes de servir de refugio á los cristianos, las galerías serían mucho más anchas, las capas de la primera materia buscada no se hubieran abandonado en las entradas para continuar las excavaciones y prolongarlas hasta sitios en que no se encuentra; en las minas no se abre jamás un segundo plano dejando en medio material utilizable. Sin gran trabajo y á más de todo esto, en aquellos estrechos y lóbregos pasadizos de in-

sana atmósfera, tanto para el alma como para el cuerpo, hay fidedignos testimonios que prueban de una manera irrecusable que nunca han sido canteras del material en que parece asentada la ciudad eterna, pues puzzolana forma el cimientito de la roca Tarpeya, puzzolana se encuentra en la parte inferior del histórico y sagrado Palatino, y de la misma materia son las más profundas capas del Esquilino y del Aventino. Los que han sostenido esta hipótesis han cerrado los ojos de la evidencia, no han querido ver que la disposición especialísima de las Catacumbas destruye todo lo que no sea pensar en una ciudad de la muerte con sus calles y sus plazas, con sus lugares más ó menos grandes, más ó menos adornados, según la posición de los habitantes; ciudad trístima que muchas veces sirvió de refugio á los vivos, cuando á la luz del sol y entre sus semejantes no podían disfrutar de la vida endulzada por las creencias que habían infundido en su alma las palabras de amor y consuelo vertidas por quien supo dar su sangre para sellar su doctrina.

Sin embargo, hemos dicho que esta hipótesis puede ser defendida con más éxito que la anterior, y muchos han intentado hacerlo, apoyándose en textos y documentos irrefutables al parecer. Muchas actas de los martirologios, después de referir la triste muerte que dieron los paganos á los infelices que no habían querido hacer sacrificios á los ídolos, después de narrar los tormentos que les hicieron padecer, y referir que sus cuerpos quedaron abandonados en medio de los caminos ó que fueron arrojados á las sucias cloacas, terminan diciendo que recogidos por cristianos piadosos, los sepultaron en *arenario*, en *crypta arenaria*: el empleo de estas palabras ha bastado para que muchos afirmen que efectivamente las Catacumbas son canteras abandonadas, en las que los cristianos establecieron cementerios. Cuando se ha querido comprobar el valor de estas palabras, se ha encontrado que no explicaban nada, porque sólo se referían á un reducidísimo número de Catacumbas abiertas en la vía Salaria, no refiriéndose, por tanto, al mayor número que se encuentran en las vías Ostiensi, Salaria vieja, Aurelia, Triunfal y otras: además, muchas de las calificadas de arenario carecen

de condiciones para ser llamadas así; están abiertas en capas de terreno en que lo conseguido de las excavaciones no puede ser utilizado como material de construcción. Nosotros creemos que en el mayor número de los casos, las palabras *Arenario Crypta Arenaria*, están empleadas en sentido traslaticio, porque, efectivamente, sin serlo, las Catacumbas se asemejan mucho á minas de puzzolana, ó bien que en ambos casos se ha llamado cripta arenaria á todas las Catacumbas, porque en su interior se hallaron arenarios ó porque habiéndolo sido primitivamente, fueron base del posterior y más considerable trabajo que representan las criptas venerables en que fueron sepultados los mártires y los primeros Pontífices. Las razones indicadas hacen imposible admitir que las Catacumbas fueran única y exclusivamente canteras abandonadas, y lo que es tan claro que una simple inspección lo revela, no puede ser destruído por consideración filosófica de escasísima importancia.

Consecuencia de lo dicho es que necesariamente los cristianos debieron emplear grandes sumas en preparar estos vastísimos cementerios, que tanto excitan nuestra atención, y de aquí ha tomado mayor base la opinión manifestada por algunos de que las Catacumbas no son obras de los cristianos. Depende esto del error que sostienen muchos afirmando que el cristianismo halló prosélitos sólo entre pobres y miserables para quienes siendo la vida un continuado tormento, tenían en la religión del crucificado la consoladora promesa de hallar después de la muerte un mundo donde tendrían compensación sus penas pasadas. Para hacer semejante afirmación recordaron sin duda palabras del más grande de los apóstoles, que refiriéndose á los de Corinto, decía: «No hay entre ellos ni muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles;» tal vez tuvieron presente la opinión de Taciano, que en su discurso á los griegos afirmó que los doctores cristianos no encontraban oyentes más que entre las mujeres y los niños, ó habían leído que Celso los ridiculizaba porque no se atrevían á predicar más que á tejedores y á zapateros.

Los que proceden de tal manera debían ser justos y recor-

dar también que el mismo San Pablo, el año 57, afirmaba que la fe de los cristianos de Roma era célebre en todo el mundo y que en otra de sus epístolas saludó con distinción á los cristianos de la casa de César, á los pertenecientes á las de Narciso y Aristábulos y á muchos otros con cuyos nombres termina la XIV de sus epístolas á los romanos. Del primero de estos testimonios podrá decirse que no concreta nada, se contestará que el segundo presenta muchos nombres que como los de Herodion, Rufo, Hermes, Flegón, Ampliato, son evidentemente de plebeyos; mas pueden citarse muchos otros que en la cuestión que nos ocupa son de reconocida autoridad. Tito Flavio Sabino, hermano de Vespasiano, prefecto urbano durante el reinado de Nerón y en los de Otón y Vitelio, era cristiano; no queriendo favorecer con la fuerza á su hermano, cuando las cohortes lo proclamaron Emperador violentamente, murió sin defenderse en el Capitolio, no porque al envejecer hubiera perdido la energía y el valor que tenía probado en treinta y cinco campañas, sino porque era avaro de la sangre de sus conciudadanos; hijo de éste fué Tito Flavio Clemens; profesó la misma doctrina, y siendo cristiana, se unió á él en alma y cuerpo, su esposa Flavia Domitilla, nieta de Vespasiano; Domiciano, primo de Clemens, lo sentenció á muerte *por ateo y dado á costumbres judías*, como dice Dión queriendo indicar á los cristianos; Domitilla libró con ser deportada á la isla Pandetaria. Por el mismo crimen murieron durante dicho reinado, Civico Cerealis, procónsul de Asia, Savidieno Orfito y Glabrión de familia, en la cual se habían contado muchos senadores, al cual quiso deshonar el tirano antes de que muriera, y le hizo luchar sin armas, en el anfiteatro de la isla Albano con dos osos, según Juvenal y con un león enorme, según Dión. Los que afirman que entre los cristianos sólo había pobres y miserables, debían tener presente á Pomponia Graecina, esposa de Plautius el conquistador de Bretaña, de la cual dice Tácito lo bastante para que se la crea fervorosa cristiana; no debían olvidar al senador Apolonio, que apesar de las contradicciones de Eusebio y San Gerónimo, resulta como verdadero mártir de la fe, ni á tantas otras personas

elevadísimas que pueden presentarse como ejemplos de que el cristianismo halló prosélitos en todas las clases y que las santas máximas del más venerando de los mártires tuvieron cabida en el corazón de los ricos y nobles, como en el de los esclavos y pobres.

Prescindiendo de los casos particulares que acabamos de señalar, puede probarse que la generalización del cristianismo era inminente y forzosa, dado el estado en que se hallaba la religión romana en la época anterior á las grandes persecuciones. No seremos nosotros los que neguemos lo mucho que la nueva doctrina consiguió con sus propios méritos; pero la ocasión le fué propicia y los elementos anteriores fueron para ella de gran aprovechamiento. La unidad del Imperio romano y la resonancia que por esta causa tenía en toda la tierra lo que se dijera en cualquier parte de ella, favoreció mucho la predicación; aún hay más: cuando el cristianismo aparece en el campo de las doctrinas que luchan pacíficamente por imponerse, la mitología de la soberbia Roma había sufrido cambios y metamorfosis de grandísima trascendencia, que favorecían eficazmente la transición.

En el fondo, la religión del pueblo, que subdividido, ha dado origen á las naciones modernas, no tenía ninguna de aquellas escandalosas fantasmagorías de los pueblos orientales que se adoptaron en la bella Grecia: la religión romana no reposaba en tradiciones mitológicas de las que asustaban á Virgilio (1) y de las que se hubiera avergonzado Propertio (2); no estaba compuesta de maravillosas leyendas que, según Horacio, servían para modelar faltas y á las que Séneca acusaba de ser buenas para autorizar todos los vicios; era, en una palabra, más severa, más sencilla, y por consiguiente su reforma fué más fácil: la filosofía se aplicó á efectuarla, y años antes de la reforma cristiana, hallamos marcadísimas tendencias á determinar la unidad de Dios en el pueblo que tan diversos dioses había adorado. Plutarco (3) negó que las

(1) *Georg.* II, 140.

(2) *PROPERTIO*, 3, III, 22.

(3) *PLUTARCO*, *Isides*, pág. 337.

divinidades cambiaran con las naciones; afirmaba que eran iguales en todos los pueblos, como lo son el sol, la luna y las estrellas, aunque los llamen de distinta manera; Apuleyo (1) reconoció esta unidad en Isis, á quien se lo hacía declarar al decir me llaman Gran madre los frigios; los atenienses, Minerva; Venus, los de Chipre; Diana, los cretenses; Proserpina, los sicilianos. Plinio (2) afirmaba que la mitología era un compuesto de niñerías y locuras, y no solamente se habían conseguido ventajas en lo que se refiere á tan importantísimo principio, sino que al mismo tiempo que se elevaba el concepto de la divinidad, se hacía más humana; hacía siglos que en la antigua Roma, un esclavo, dirigiéndose á un hombre libre, había exclamado *Tam ego homo sum quam tu* (3), y con grandes intermitencias se habían lanzado especies reformadoras en el mismo sentido. Las corrientes se hicieron más regulares desde Cicerón, á partir del cual se puede comenzar á escribir la historia de la filosofía romana; Cicerón fué quien prescribió claramente como necesaria la creencia en Dios y en la inmortalidad del alma; Cicerón fué quien afirmó sin excepciones la igualdad entre todos los hombres, pues no puede entenderse otra cosa de sus admirables palabras: *Nihil est enim unum uni tan simile, tan par, quam omnes inter nos metipsum sumus. Quod si depravatio consuetudinum, si opinionum vanitas non imbecillitatem animorum torqueret, et flecteret quocumque cæpisset, sui nemo ipse tam similes esset quam omnes sunt omnium* (4). Él es también quien antes que los padres de la Iglesia dijo que la muerte es el comienzo de la vida (5); y naturalmente poco á poco se había ido preparando el campo de tal manera, que antes que se hiciera general la predicación del cristianismo, había muchos romanos, aun de alta jerarquía, que habían abandonado las antiguas creencias y formaban la clase de los temerosos de Dios, que no podían pro-

(1) APULEYO, *Alet.*, XI, 5.

(2) PLINIO, *Hist. Nat.*, II, 7-5.

(3) PLAUTO, *Asin.* II, 4-83.

(4) CICERÓN, *De Leg.* I, 10.

(5) IDEM, *Tusc.* I, 31.

resar el risible paganismo, y entre ellos, entre los prosélitos de la puerta, que así los llamaron, se contaba Cornelio, el centurión, que apesar de sus creencias, seguía desempeñando su oficio, la Emperatriz Popea, Tusco Aritio, el amigo de Horacio, que no quería hablar de negocios en sábado, y muchos otros que no se habían hecho judíos, pero que habiendo dejado de ser paganos, distaban muy poco de abrazar el cristianismo.

A. FERNÁNDEZ MERINO.

(Se continuará.)



- (1) APULIO, lib. XI, 2.
 (2) PLINIO, lib. VII, 72.
 (3) PLAUTO, lib. II, 423.
 (4) CICERÓN, De Leg. I, 10.
 (5) IDEM, lib. I, 31.



ADICIÓN

Á LAS

COSAS DE MADRID

Conclusión (1)



ESARON los cantos de guerra por corto espacio. Apagados con la victoria los ecos del combate, parecía aquella generación briosa buscar dulzura y calma, en contraste á la excitación frenética que antes la dominaba, en lo anacreóntico y picaresco. Cantábanse los versos más pastoriles ó eróticos de Iglesias. La misma voz que rugía, más bien que cantar, tal vez en tumultuoso alzamiento, sin pedir ni esperar gracia,

Ya Marte sañudo
desnuda el acero,
fulmínale fiero,
revuélvele atroz,
y el cóncavo escudo
furioso golpea
llamando á pelea

con hórrida voz.

(1) Véase la pág. 385 del tomo anterior.

La escucha doliente
 la tímida esposa,
 la escucha llorosa
 la madre también;
 mas alza su frente
 la patria abatida,
 las mira afligida,
 tranquilas se ven.

El joven oyendo
 la trompa funesta,
 las armas apresta
 que nunca llevó.

Las viste riendo,
 y olvida la muerte,
 que ledo á la suerte
 su vida fió.

.....
 Ni el débil anciano
 las armas rehusa,
 ni da por excusa
 vejez ó dolor.

Con trémula mano
 la espada menea,
 su brazo flaquea,
 mas no su valor.

Del galo altanero
 la cólera necia,
 quien no la desprecia
 la debe sufrir.

Perezca el guerrero
 que no repitiere:
 Maldito el que huyere:
 ¡Vencer ó morir!

Ese mismo grito de guerra trocábase en ritmo de amores,
 ganoso de merecer preferencias de la hermosura entonando
 cantilenas ó letrillas de tan dulce sabor como la siguiente:

Zagalas del valle
 que al prado venís
 á tejer guirnaldas
 de rosa y jazmín,
 parad en buen hora,
 y al lado de mí,
 mirad más florida
 la rosa de abril.

Su sien coronada
 de fresco alhelí,
 excede á la aurora
 que empieza á reír,
 y más si en sus ojos
 llorando por mí
 sus perlas asoma
 la rosa de abril.

Alternaba con ésta la suavísima poesía de Meléndez Valdés:

Al prado fué por flores
 la muchacha Dorila,
 alegre como el mayo,
 como las gracias linda.

Fueron del gusto del día *La Despedida* de Arriaza, *La Barquilla*, y aquella linda cantinela del malogrado Cadalso:

De amores me muero,
 mi madre, acudid;
 si no llegáis pronto
 me veréis morir.

Alternaban coplas de poco fuste, como la *Cachucha*, la *Monona*, el *Potrito*, etc. Quizá agrade al lector una muestra de cada cual:

La cachuchita está mala,
 no por falta de alimento,

que á la cabecera tiene
dos sardinas y un pimiento.

Vámonos, cachucha mía,
vámonos á Puerto Real,
que para pasar trabajos
lo mismo da aquí que allá.

—
Mi potro en camino gasta
cinco minutos por legua,
y en mirando á una serrana
conoce que es de su tierra.

¡Ay, potrito, potro regalado,
qué mala caída has dado!

—
Estando en la pradera
de san Isidro, sí,
te he visto hablar con otro,

Monona,
ya mé olvidas á mí.

Vámonos á la cama,
vámonos á dormir,
tú llevarás la manta,

Monona,
yo llevaré el candil.

Tienen poca gracia, pero atendiendo á la mucha con que se cantaban, y si lo picante se admite como buen aderezo, tuvieron disculpa entonces para juzgarlas muy sabrosas, aun para los paladares más entorpecidos.

Siete años duraron tales inocentadas, pues al cabo de inocentes pecaban, á fuer de maliciosas, volviendo á ensordecer el aire en calles y plazuelas, penetrando sin rival en casas, teatros, cafés y reuniones de todo género, las canciones llamadas patrióticas, especie de toque de rebato contra la pública tranquilidad interior esta vez, no contra la invasión extranjera. Los epítetos de *liberales* y *serviles* dividieron á los hijos del mismo país, y los primeros, durante la segunda época constitucional, regalaron á sus adversarios los infinitos

trágalas, lairones, matracas, etc., á que éstos en día cercano habían de corresponder con la *pitita, tirulé y julepes*, de feliz olvido ó ningún interés. Otros himnos y canciones liberales hubo que podemos llamar del género serio, y por cierto que sus compositores merecen loa, entiéndase por la música, pues la letra en cuanto á versificación y arte poética, era perversa generalmente, hasta lo inverosímil.

Los absolutistas, mientras se preparaban á sus abortos vovingleros, no se descuidaron, á *sotto voce*, en ridiculizar las expansiones de sus contrarios: gritaban éstos en el famoso Himno de Riego.

Soldados, la patria
nos llama á la lid;
juremos por ella
vencer ó morir.

Y parodiaban aquéllos:

Soldados, la patria
nos llama á la lid.
—Diga uste á la patria
que no quiero ir.

Cantaban los liberales con entusiasmo:

La niña bonita
es la Constitución,
á la que Fernando
con gusto abrazó.

Y los realistas parafraseaban:

La niña se llama
patatas y arroz,
panecillos largos,
vino de Chinchón.

Aun á los insurgentes de la América del Sur contagiaron

los madrileños con su afán de cantar y parodiar himnos patrióticos.

Si los últimos entonaban:

El que quiera ser libre que aprenda,
que en España hay un pueblo y un rey;
el primero dictando las leyes
y el segundo sujeto á la ley,

contestaban desde las pampas del Perú:

El que quiera ser libre que aprenda
del magnánimo y fuerte Simón (1);
él pospone á su vida la patria,
libertarla es toda su ambición.

No se comprendía pudiera realizarse ningún acto político sin cantar. En los frecuentes banquetes conmemorativos, inauguratorios, necrológicos ó apologéticos, era indispensable un himno cantado: el de *Riego* se oyó por vez primera en Madrid en un banquete fraternal entre los oficiales de uno de los cuerpos del ejército, y con igual motivo se lanzó á los vientos el que decía:

Unión, constancia eterna
todos aquí juremos,
y al mundo ejemplo demos
de una fina amistad.

Hay que confesar que de entonces acá hemos decaído bastante con nuestra interminable serie de brindis recitados en iguales circunstancias: aquello era armónico, expresivo, y sobre todo animado en extremo. Tenía mucho sabor griego de los buenos tiempos de Pericles y Alejandro; sólo faltaban las coronas de apio para refrescar las sienes y la lira circulando entre los comensales. Tampoco hubo Frines ni Thais,

(1) Simón Bolívar.

mas en cambio ejercía el coro sus facultades atronadoras á voluntad y sin trabas.

Y según consta, algunas de aquellas canciones encerraban conceptos harto admisibles y prudentes, dignos de servir de norma á los que por el bien público y condiciones de nuestro país se interesen. Cosa rara en tales manifestaciones, que parecían sólo destinadas á suscitar tumultos, á no tener en cuenta la inexperiencia de sus promovedores.

Cual comprobante de lo anterior, véanse dos estrofas del himno con que se abrió la sesión, en 13 de abril de 1821, de la Sociedad Patriótica del café de San Sebastián, que terminó siendo una de las más alborotadoras contra todo Gobierno.

Viva eternamente
toda reunión
que va dirigida
á la ilustración.

Las leyes sostienen
los derechos todos,
y de varios modos
nos dan libertad;
pero no por eso
somos absolutos,
pues siempre tributos
habrá que pagar.

Tengamos presente
que sin ley no hay nada,
y que es moderada
nuestra libertad;
que al Rey no se puede
ofender tampoco,
y que será un loco
quien tal llegue á obrar.

La Sociedad Patriótica llegó á ser lo que toda corporación deliberante en política, cuando no forma parte esencial de las instituciones del Estado: uno de sus elementos perturbadores.

En balde los hombres prudentes se afanaban por encauzar la opinión guiándola por buenos derroteros; lejos de respetar al Monarca declarando loco á quien le ofendiese, llegó el caso de ultrajar su dignidad personal con alusiones y epítetos, siempre groseros dirigidos á cualquiera, pero en sumo grado peligrosos referentes á un Rey nuevo en las costumbres populares, que siempre rechazaría consideradas al través de un prisma tan aborrecible y engañoso.

Ha no ser ya del dominio histórico las coplejas muy puestas en boca de la gente ociosa y desocupada, después de los sucesos del 7 de julio de 1822, con el estribillo de *¿He? ya me entiende V.*, fuera ruin trabajo citarlas; mas en un artículo de referencias especiales y como escarmiento y enseñanza de los extremos á que la malicia política conduce, puede ser útil conocer alguna muestra de su índole harto expresada con las redondillas siguientes:

Un pájaro gordo
jugaba al cané,
y con dos barajas
se manejó bien.
¿He? Ya me entiende usted.
¿He? Ya sé lo que es.
Ese narizotas,
cara de pastel,
dijo que á las ocho
y vino á las seis.
¿He? Ya me entiende usted.
¿He? Ya sé lo que es.

Hay que advertir que hallándose la corte en Aranjuez, se dió la hora de las ocho de la mañana para entrar en Madrid. Formó la Milicia Nacional, y al cabo de largo rato de espera se supo que la comitiva real estaba en Palacio desde las seis. Fuera treta ó mala inteligencia, el chasco originó la copla.

Para concluir este período demostrando el buen humor político que, á través de contratiempos y adversidades, nunca faltó en las costumbres, merece trasladarse el himno

á los pancistas, especie de parodia también muy en boga á la sazón, en el tono del *Himno de Riego*.

Poltrones, la panza
nos llama á la lid;
juremos por ella
vencer y engullir.

Estómagos anchos,
robustos cogotes,
sendos monigotes
que nada sentís;

Los platos ya suenan,
el diente devora,
alerta, que es hora,
conmigo decid:

Poltrones, etc.

Tiemble el pavipollo,
tiemble el gallinero,
que ya el cocinero
se planta el mandil:

Mátese el soldado,
y vele el Gobierno,
que se nos da un cuerno
pudiendo decir.....

Poltrones, etc.

Nuestro ídolo sea
el vientre repleto,
y sólo este objeto
mire nuestro ardid:

Los hombres se enreden
en guerra y tormentos,
si nuestros contentos
han de producir.

Poltrones, etc.

Que gima la España
entre fieras riñas,
suden bien las viñas,
bebamos sin fin:

La mesa á las doce
 que se pinte sola,
 y rueda la bola
 de este mundo ruin.
 Poltrones, etc.

Llegaron en esto, casi desapercibidos con el ruido de fiestas y cantares, los acontecimientos de 1823, y mudó la escena por completo. Hasta el nombrar himno patriótico hubiera sido causa de persecución de parte de los vencedores por mano extraña; sin embargo, quisieron imitar la costumbre, y el resultado hizo ver desde el primer día su mala disposición para canciones. Ni una sola de sus coplas y tonadas lograron fama, á no ser por lo torpe del lenguaje, que oían con vergüenza los partidarios más decididos de la reacción, si en algo estimaban el decoro.

Se reprobaron por real disposición los calificativos de que abundaban, y su vulgar empleo quedó limitado á las tabernas y tugurios de los barrios extremos; pero ya era tarde. El recuerdo de *la Pitita*, quedó cual símbolo y resumen del espíritu reaccionario, y tarde habrán olvidado los suizos del ejército francés los alegres ratos que pasaron haciendo coro burlesco á los cantadores, diciéndoles luego, con motivo del impuesto de cuatro reales por la *carta de seguridad* personal que se ordenó llevase cada vecino:

¿No cantabas la Pitita?
 Pues paga la pesetita.

Al llegar aquí temo haber divagado con exceso, pues un trozo de la canallesca tonada fuera mejor para comprender su índole y forma *naturalista*, según algunos entienden el género; pero es el caso que nadie lo ha hecho todavía, y varios han mostrado deseos de intentarlo, atendiendo al carácter típico del recuerdo, y siendo así que después de dar vueltas al asunto, no me juzgo capaz de lo vedado á muy claros ingenios, reduzco mi atrevimiento, que no deja de serlo, á ofrecer un ejemplar del mismo género, eso sí, y afine por línea

directa, que también fué muy voceado en aquellas circunstancias, con el título de *El Chiriviriti*.

Véase la clase:

Tenemos las manolas

en las enaguas

un letrero que dice:

¡vivan los guardias!

¡Ay! madre, madre,

un guardia español quiero

de los más grandes.

La Pilar que está en Zaragoza

la Pepa y la Juana,

la Larga y la Corta;

aquí no hay más chiriviriti

aquí no hay más chiriviritayna.

Conocida la especie, se dará por bien empleado termine la serie de canciones políticas en 1823, pues aunque fué muy usada una que se llamó *El Fulepe*, no era otra cosa que un antiguo polo andaluz, á cuyos compases se arreglaron unos cuantos disparates alusivos á las circunstancias; así como tampoco merecen conocerse las coplas relativas á la publicación del reglamento del cuerpo de voluntarios realistas, que comenzaban diciendo.

Tiemble el mismo firmamento,

pues que al frente de banderas

del canal en las riberas

se publicó el reglamento.

Si hubo otras más, gozaron tan corta vida ó tuvieron circulación tan escasa, que no son dignas de citarse.

Mal conformes los liberales con el silencio absoluto impuesto á las canciones patrióticas, se permitieron algunas reminiscencias de mejores días recordatorias en música ó letra, pero en el tono más bajo posible y entre gente de confianza, con minuciosa precaución que no dejase traslucir el

pensamiento, á riesgo si se aventuraban á sufrir la suerte de cierto desgraciado incauto, á quien costó la pena de presidio atreverse á tocar á la vihuela el *Himno de Riego*, por más que lo hiciese cerrado en su habitación, cuarto bajo, calle de Chinchilla.

A este rigor debió su importancia y aplauso una poesía que de otra manera no hubiera alcanzado ninguno.

Hela, pues:

El triste afán que me devora
con mi existencia ha de acabar;
no tengo, no, momento ni hora
sin padecer ni suspirar.

No, pulséis, no, las cuerdas de oro,
ninfas de Iberia; llorad, llorad,
porque he perdido mi tesoro
y mi adorada libertad.

La letra nada tiene de sospechosa y la música ni aun tuvo la mas ligera solución con lo pasado, y sin embargo, se consideraba grave atrevimiento encomendar el llanto á las ninfas por libertad de cualquier género, por indeterminado que fuese.

Por fin renació la calma, y la prudencia de una parte y de otra el hastío hizo callar los himnos y olvidar las Pititas, julepes y tirulés, apareciendo en cambio los cantos sensibles del mismo título que las novelas más de moda. De entonces data el de *Atala*, tan famoso, y la *Corina*, en cuya fantástica heroína quiso retratarse su creadora Mad. Stäel, é inspiró estancias como las siguientes, para grato solaz de los contemporáneos:

Víctimas de un amor infelice,
atended á mi canto postrero,
si á la par de la muerte que espero
mis lamentos queréis escuchar.

Desechad esa copa funesta
que á Corina perdió de repente,

cuando en Roma ceñida la frente
á Corina supieron premiar.

Esa luna que en cierto momento
negras sombras de luto llevaba,
desde entonces mi muerte anunciaba
mi dolor y mi fiero penar.

Un amigo á mi hermana inocente
á mi lado mostraba su celo,
mira, Oswaldo, el eclipse del cielo;
mira, Oswaldo, á Corina espirar.

Un pensar preocupado ha podido
de mi amigo los pactos vencer,
de Lucila la mano obtener
y á la triste Corina olvidar.

Es el caso que Corina se hallaba enferma de amores por un inglés muy corto de genio, pero con el suficiente para *manifestar su celo* á la hermana menor de la nueva Safo, poetisa con quien parece quiso Mad. Stael guardar analogía, si bien nunca imitarla, en el famoso salto de Leucade, prefiriendo con mejor acuerdo morirse poco á poco, después de casar á la joven Lucila, con arreglo á unas sombras que observó en la luna cierta noche de inspiración.

La copa funesta es la que nunca pude comprender cuál fuese. Sospecho que al que compuso la copla le sucedió lo mismo.

A pesar de todo, no hay que dudar que la música era de bastante sentimiento y causaba grande efecto cantada por labios que supieran interpretarla.

Compartía los aplausos otra canción recordatoria de la amiga de Luis XIV, Mad. L'Valliere, lanzando al viento sus quejas en la siguiente forma:

Al fin, mi Dios, ya no le veré más;
ya consumé tan cruel sacrificio;
ya renuncié para siempre jamás
á mi pasión, al mundo y sus bullicios.

De más sencilla manera expresó su resolución el don Abundio de *A Madrid me vuelvo*, al decir:

Yo me casaré con otra,
ó me quedaré soltero,
pues sé vencer mis pasiones
cuando no hay otro remedio.

No es justo censurar por ello á la rubia pecadora de la corte de Versalles; el arrepentimiento siempre es meritorio, sea por contrición ó atrición, y hasta cuando no hay otro remedio.

Sigámosla adelante en el dulce lamentar, veremos con qué poco se contenta del abandono de su ingrato:

Yo viviré en un dulce cantar;
no faltará quien cuente mis amores,
dirán que fué mi vida un ejemplar
y admirarán mis penas y dolores.

También dirán, Luis, que si te amé,
no ambicionaba cetro ni corona;
si yo te amé, si yo te idolatré
tan solo fué por tu amable persona.

En lo último tiene razón; con respecto á servir de ejemplar su vida, si se trata en el buen sentido, más valdría para su renombre que hubiera permanecido tan oculta como ella procuraba disfrazar su cojera al ostentar la intimidad que gozaba en Palacio.

Quédese esto así, que de seguro la interesada no pensó jamás, y averigüemos que por el tiempo en que se cumplía su presunta esperanza de vivir en un cantar, eran conocidas ya en esta villa las dulces armonías de la ópera italiana. Pocos se aventuraban á interpretarlas; mas no faltaban atrevidos que lo mismo desentonaban en la serenata de Lindoro, del *Barbero*, que en el coro de la *Zelmira*:

Hé aquí los restos

del cuerpo de Azor.

Al punto y sin demora
castíguese al traidor.

Ó quizá en el aria de *El Pirata*, ó cuando no, memoria se tenía de la ópera anterior *Belleza ó corazón de hierro*, que hasta como toque de retreta llegó á conocerse, y cuya letra decía:

Vamos á la guerra
que tú padre provoca,
veremos ahora
el denuedo y valor.

Arrancarte intenta
de mi poderío;
no sabe que el brío
lo decidirá.

No andaba olvidado el terceto de *La Gazza ladra*, hasta el punto de cantarse de una manera tolerable, con acompañamiento de violín y guitarra, por una orquesta de ciegos catalanes las noches de verano en el paseo del Prado, sin excluir, allí y otras partes, composiciones más antiguas de *El turco en Italia*, *La italiana en Argel* ó *Ricardo corazón de león*; casi todas traducida la letra al español, sin desdeñarlas á veces en su idioma natal. Y entiéndase que al decir que desentonaban muchos, originaba esto la decidida afición musical del público, en mayor grado que ahora, quizá por la incomparable baratura de las representaciones filarmónicas, y naturalmente los errores y falta de dotes naturales para tan difícil estudio, abundaban más que los aficionados y maestros competentes para juzgar los defectos propios que su pasión al arte les hacía cometer y disimular los ajenos en gracia de la buena intención.

Corrieron algunos años y apareció á lucir su donaire y gentileza en saraos y tertulias, D. Francisco Tapia, regocijo de cualquier parte donde se presentaba, por su disposición verdaderamente enciclopédica para alegrar una concurrencia. No era perfecto en nada, ni por asomo, pero ignoro si se habrá

conocido otro con mayor aptitud para brillar con escasas facultades. Es cierto que toda su persona respiraba ese don inexplicable que á todos subyuga y todo lo hermosea. Lo que en otro hubiera sido intolerable, hecho por él arrancaba aplausos del censor más rígido. Tenía gracia, en fin, única palabra con que acertamos á definir el talismán prodigioso que á despecho del frío análisis que rechaza una obra de arte, literaria, y hasta niega á una mujer la condición de bella, nos atrae por la voluntad hallando encantos en las mismas imperfecciones.

Aún me parece estar viendo al Sr. Tapia sentado en el centro de una sala, apoyada la guitarra en la rodilla derecha, pendiente de la izquierda el gran pañuelo de seda de la India de vivos colores, según eran de uso, recibiendo las atenciones generales con bizarro ademán, pero sin arrogancia, alta la cabeza, coronada de abundosos y negros cabellos, bien peinados en tupé y bandós en las sienas, moreno el rostro, patillas anchas, de igual color que los ojos y el cabello, rostro inteligente, mirada expresiva, aunque benévola, y toda su persona varonilmente hermosea con ese aire de enérgica franqueza y hombría de bien que pocas veces se ven reunidas.

Ocioso fuera semejante boceto de un individuo particular, á no haber sido notable en el asunto en cuestión; mas considerándole como tipo de los cantantes aficionados de su época, bien merece algún detenimiento cuando de costumbres íntimas se trata.

Durante su vida, algo azarosa, tuvo ocasión de recorrer lejanas tierras, donde aprendió cosas y tuvo habilidad de asimilarse caracteres originales y reproducirlos á tan larga distancia.

Bien pocos antes de oírse los habrían escuchado los cantos americanos de que poseía rico arsenal, cantados con su mismo cuento indígena, que si bien se apartasen algún tanto de la exactitud, nadie los conocía bastante para quitarles el atractivo de la novedad. Él divulgó entre la sociedad madrileña las composiciones del mulato cubano Plácido, exceptuando las políticas y dando preferencia á las amatorias por el estilo de la que alcanzó gran boga, y comienza así:

De mis pesares
 duélete, hermosa,
 y cariñosa
 paga mi amor.

Mira cuál sufro
 por tu hermosura
 angustia dura,
 pena y dolor.

Otra composición pastoril que también conquistó envidiable popularidad al nombre del Sr. Tapia, decía como sigue:

Bañado en su llanto
 Dalmiro infeliz,
 cantaba en el valle
 sus penas así:

Malvina me deja,
 ¡ay triste de mí!
 sin ella un momento
 no puedo vivir.

Cuando haya espirado,
 mi cuerpo cubrid
 de ramas de sauce
 y mustio alhelí.

Decid á la ingrata
 que causa mi fin:

Dalmiro sin verte
 no pudo vivir.

Calló el desdichado,
 le oyeron gemir,
 y á pocos momentos
 cesó de existir.

Al eco del valle
 se oyó repetir:

sin ver á Malvina
 no pudo vivir.

¿No es verdad que son dulces como alajú? Sin embargo, el

que las cantaba había dado pruebas de poco almibarado genio batiéndose contra los franceses en el ejército constitucional, y de los que aplaudían, unos ganaron fama de bravos en la primer guerra civil de siete años y otros formaron parte de la brillante pléyade literaria sobrevenida desde 1833, entre ellos, muy particularmente, D. José Vega, iniciador del Liceo Matritense, tan célebre después. Es aventurado calificar las épocas por algunas de sus costumbres. Al paso que vamos hoy con el género *naturalista*, llegará tiempo en que se tenga por adelanto volver á la escuela arcádica y pastoril.

No se reducían sólo á cantar letrillas y anacreónticas las habilidades del Sr. Tapia. Era extremado para entonar jácaras andaluzas, imitando la voz de personas distintas en sexo, edad y condiciones, tan al vivo como en las escenas de *tierra adentro* que relataba en prosa, ó ejerciendo su admirable facultad de ventrílocuo, como después no se ha oído en Madrid, al menos en público, aun teniendo en cuenta los últimos ejercicios tan ponderados. El remedar el eco de una voz en la cueva, el ladrido de un perro en la calle, etc., etc., eran para este hombre singular juegos sin importancia. Comenzaba la ilusión en la calle y, con todas sus gradaciones, llegaba hasta la sala; se oía subir la escalera al sujeto con que suponía conversar el ventrílocuo, altercaba durante la subida y, por último, hablaba la voz entre los concurrentes, con susto de algunos y admiración de todos, sin que en el rostro del Sr. Tapia se advirtiese el menor gesto ni alteración.

Pocos años duraron sus triunfos. Murió antes de cumplir los cincuenta, dejando el campo libre á otros émulos en habilidad, especialmente al Sr. Ochoa, superior en conocimientos músicos, notable maestro de vihuela, cuyo mérito se reconocía, lamentando la falta del primero.

Desde entonces, las canciones del país casi dejaron de contarse entre las diversiones de sociedad. Algunos ejemplos aislados como *El Pirata*, *La jaca de terciopelo*, *La Manola*, trozos de zarzuelas, se oían cual incidente caprichoso, pero sin que formaran costumbre. La profundidad en conocimientos de arte, ha ganado mucho en sustituir las partituras de los grandes maestros á las composiciones y ejecución de los

aficionados de tertulia; pero en extensión y recreo no acertaré á resolver si hemos perdido. Ahora que se comprenden las dificultades, acobardan á los que faltan dotes especiales para el divino arte de la música, y son pocos los que á él se consagran; mas en cambio hay suficiente inteligencia para aburrirse oyendo á los cantantes y pianistas caseros convertir las armonías más sublimes en ruido soporífero, sin estilo ni sentimiento, y como sus autores no las concibieron, por más que ponga singular esmero el titulado maestro en no descuidar nota ninguna, cual pondría un lector relatando sin omitir palabra, con el tono de oración acompasada, los versos de Quintana ó Espronceda, y sin embargo sería evidente que leía lo impreso.

Ahora, en suma, es necesario estudiar lo que se oye para calificar la ejecución, que pocas veces produce entusiasmo sincero: á los músicos de antaño bastábales mediano conocimiento artístico, una voz flexible y algo de inspiración, y sólo con esto disponían del ánimo del auditorio, sin dejarle espacio para buscar defectos en cosa que tanto les agradaba.

Sucedía como en las grandes pasiones. ocurre, por lícitas que sean; para satisfacerlas, es necesario prescindir de la regla y compás.

Doy fin aquí al ligero bosquejo que me propuse trazar. Si con alguno de sus juicios no está el lector conforme, tenga entendido que lo esperaba. Continúe, pues, en busca de referencias añejas, sacadas á luz, la mayor parte, por un testigo de vista, que si he conseguido apuntar algunas que sirvan para esclarecer la poco tratada historia íntima de Madrid, quedaré satisfecho, una vez que éste ha sido mi objeto, y seguro estoy no ha de faltar quien me acompañe en la satisfacción.

DIONISIO CHAULIÉ.





EN LOS DIAS DE UN AMIGO

SONETO

¡No tengo que dar! mas una lira
tengo que pulso, cuando amor me mueve,
y hoy quiero, agradecida, que te pruebe
que aquel que en mí sembró, jamás retira
desdén injusto, indiferencia, ni ira;
toca mi pecho al parecer de nieve,
y en él no encontrarás ni la más leve
sombra de lo que ve quien bien no mira.
¡Pobre acorde de pobre lira mía
acariciado en corazón ardiente
hoy, amigo, con el alma envía
su deseo más puro y más ferviente:
sé feliz con tu amable compañía,
en la tierra, y después eternamente!

VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA.



EXTINCIÓN

DE LA

ORDEN DE LOS TEMPLARIOS

EN LA CORONA DE ARAGÓN



A distinguida y preclara Orden de los caballeros del Temple tuvo su origen en Jerusalén, instituyéndola Hugo de Paganis (Payens) en el año 1118 con objeto de defender á los peregrinos en la Tierra Santa; esta Orden por lo tanto era religioso-militar, y seguía hasta cierto punto la regla de San Agustín. El origen de esta filantrópica institución fué solamente bajo el título de simples agregados, y sin otra denominación, hasta el año 1127 que la aprobó el Sumo Pontífice Honorio II, quien señaló reglas á la Orden para su régimen y gobierno, después de haber oído el parecer de los PP. del Concilio Tresense ó de Troyes en Champaña, entre los que se encontraba San Bernardo, abad de Claravall, y Esteban, que lo era del Cister; fueron admitidos en el Concilio para oírles en este asunto el mismo Hugo de Paganis y otros cinco templarios, que después de expuestas sus pretensiones, el Concilio aprobó el instituto que fué apoyado con toda su elocuencia por el re-

ferido San Bernardo, y desde luego, como queda dicho, lo sancionó Honorio II.

Tomó esta Orden el nombre del *Temple*, porque Balduino II, Rey de Jerusalén, les había cedido para su residencia un edificio contiguo al templo de Salomón. La primera nación de Europa donde se establecieron los templarios fué en los Países Bajos en 1129, once años después de su institución; la segunda fué Cataluña y Aragón en 1134; y en Francia (Languedoc) no se introdujo hasta 1136, y luego la adoptaron las demás naciones.

La primera mención que hallamos de templarios en la corona de Aragón es durante la época de D. Ramón Berenguer III el *Grande*, Conde de Barcelona, quien lleno de un celo religioso y caballeresco, quiso ingresar en la Orden del Temple, y así lo verificó, según un instrumento público que existe en Barcelona en el archivo de la Corona de Aragón, y en él consta que cedió á dicha Orden los honores del castillo de Grañena; la fecha de este documento es de 14 de junio de 1130. El año siguiente murió este Conde caballero profeso del Temple, y es el primer templario que hubo en España.

D. Alfonso el *Batallador*, viéndose sin hijos que le sucedieran en los reinos de Aragón y Navarra, tuvo la singular ocurrencia de instituir herederos de ambos reinos á las órdenes militares de San Juan de Jerusalén y de los templarios, consignándolo en su testamento, otorgado cerca de Bayona, á los 12 de octubre de 1131, y confirmándolo después en Sariñena en 8 de setiembre de 1134, poco antes de morir en el sitio de Fraga. Algunos magnates de Cataluña y Aragón, á su ejemplo, hicieron legados considerables á la Orden del Temple, residente todavía en la Palestina.

El Conde de Barcelona D. Ramón Berenguer IV el *Santo* quiso introducirlos en Cataluña, á cuyo fin escribió á Jerusalén al Gran Maestre, para que enviara diez ó más caballeros que le sirvieran de núcleo para el establecimiento de la Orden en sus Estados y persecución de los moros aún residentes en la provincia de Lérida y orillas del Ebro: y con efecto, se le mandaron los diez caballeros pedidos, bajo la dirección de

Frey Arnaldo Bedoz y Frey Hugo Rigaldo; y en Barcelona á los 15 de abril de 1134, se discutieron y acordaron las constituciones de la Orden del Temple, que debían regir después en la corona de Aragón, las cuales firmaron los dos citados caballeros en representación del Gran Maestre, y como otorgantes San Olegario, Arzobispo de Tarragona, y el Conde de Barcelona, quienes con el citado objeto hicieron cesión y formal entrega á los Templarios del castillo de Barberá, en el campo de Tarragona, plaza fronteriza á los moros de Prades, Ciurana, Lérida y riberas del Ebro, siendo aquella la primera fortaleza que ocuparon en España.

El matrimonio efectuado entre D. Ramón Berenguer IV y D.^a Petronila, hija de D. Ramiro *el Monje*, enlazó para siempre las dos Coronas de Cataluña y Aragón, y con el fin de evitar disgustos y conflictos, las Órdenes del Temple y de San Juan de Jerusalén hicieron renuncia de sus derechos al Reino de Aragón á favor del citado D. Ramón Berenguer, con ciertas reservas, en 17 de setiembre de 1140, cesión que fué confirmada luego en Jerusalén por el Gran Maestre y Gran Prior, y aprobó Inocencio II en un breve que existe original en el Archivo de Aragón, con fecha 29 de agosto de 1141. El Príncipe de Aragón, en correspondencia y justa compensación, hizo entrega á los templarios, además del castillo de Barberá y de Grañena, que ya poseían en Cataluña, de la villa y castillo de Monzón y de Mongay; y la enfeudación de los castillos y villas de Jaula, Pera, Remolins y Corbins con todos sus términos y derechos, para ellos y sus sucesores; el diezmo de las ventas y censos de muchos territorios, y otras rentas de Zaragoza y Huesca; la décima parte de todo lo que se ganase y acrecentase justamente en sus Reinos, y la quinta parte de lo que se conquistase á los infieles, haciéndolos francos y exentos de cualquier tributo ó censo; é hizo voto solemne de no hacer paz con los moros, sino con voluntad y consentimiento de los caballeros del Temple.

Estas concesiones se otorgaron por el Conde, hallándose en Gerona celebrando Cortes en 27 de noviembre de 1143, en presencia de Guido, legado apostólico, de los prelados y ricos-homes del Reino, y jurólo en manos de Everardo, de

Frey Ostán de San Ordenio, Frey Hugo de Borray, Frey Pedro de Autich y Frey Bernardo de Reginol, caballeros templarios: con estas y otras prerrogativas, y con lo que adquirieron posteriormente podrá colegirse cuán poderosa debía ser esta Orden en la Corona de Aragón, y nos admira sobre manera que con tantos elementos de resistencia se avinieran á la disolución de la Orden en tiempo de D. Jaime II *el Justo*.

No hay la menor duda que la Orden de los templarios, después de haber dado muchos días de gloria á la cristiandad, con los siglos y la opulencia relajó mucho la austeridad de sus primitivas instituciones, lo propio que hubo de suceder á gran parte de las Ordenes monacales de aquellos tiempos; pero estamos muy lejos de creer que el estrago de las costumbres de los caballeros templarios llegase al extremo que nos pintan algunos escritores contemporáneos, movidos más bien por un exceso de apasionado celo, hijo de engañosas apariencias, que por un frío raciocinio, y una madura y racional meditación sobre los acontecimientos que precedieron á su caída, según aconsejaba la prudencia.

Desde luego rechazamos las virulentas y desautorizadas acusaciones que se les prodigaron sobre ciertas abominaciones y sacrilegios cometidos por la Orden en cuerpo, porque además de faltarles el sentido común, ni tenían razón de ser, atendidas las costumbres y preocupaciones de la época.

Es bien seguro que sin un enemigo formidable é interesado en la destrucción de la mencionada Orden, ésta, al igual de las otras, también bastardeadas, se hubiera reformado en fin, siendo de creer que no la hubieran faltado tampoco como aquellas Brunos, Bernardos y Benitos que la devolvieran su antiguo lustre y pureza originaria. Pero la Orden era poderosa y rica, y en su misma riqueza y poderío llevaba el germen de su destrucción, como veremos.

En ninguna parte del antiguo continente, por donde se extendió la Orden del Temple, llegó el encumbramiento y poderío que en Francia, y en ninguna otra parte tampoco se desbordaron tanto las costumbres de los templarios como en la corte de los Reyes Cristianísimos, y como si en el pe-

cado llevaran la penitencia, según vulgarmente se dice, aquella misma corte, testigo de sus disoluciones, lo fué de su terrible castigo, pagando, como suele suceder siempre, justos por pecadores.

Dos causas principalmente motivaron la estrepitosa caída de la venerable y poderosa Orden del Temple, una pública, pero aparente y ficticia, y otra secreta y encerrada en el pecho de Felipe IV *el Hermoso*, Rey de Francia, el enemigo formidable é interesado que hemos aludido arriba.

Con relación á la primera de aquellas concausas, las acusaciones hechas al Rey de Francia de horrorosos crímenes, nefandos sacrilegios y otros delitos graves y espantosos, cometidos, dice, por los caballeros templarios, excitaron la indignación general del mundo cristiano, y todas las conciencias alarmadas deseaban un pronto y terrible castigo, que no se hizo esperar.

Pero el hecho es, que ni las acusaciones de los testigos fueron probadas, y ni las declaraciones arrancadas en medio de los más espantosos tormentos á los acusados fueron ratificadas, según exigían las leyes entonces vigentes, de manera que el proceso contra los templarios debía necesariamente sobreseerse, á no existir la segunda causa secreta, que hemos enunciado, y que sólo conocían el Rey Felipe y sus consejeros áulicos.

Seguramente en tiempos normales los procedimientos contra los templarios acusados se hubieran reducido á un proceso común, sometido al tribunal de la Inquisición, siendo castigados más ó menos severa y justamente los delincuentes convictos; otras causas más complicadas habían movido menos estrépito; pero la *conciencia* de Felipe estaba alarmada como las demás del orbe cristiano, y pedía á todo trance la extinción de la Orden, sobre la que caían tan terribles acusaciones.

Extraño ha de parecer á los que conozcan los antecedentes de Felipe el *Hermoso*, que se alarmara fácilmente su conciencia al oír los sacrilegios cometidos por los templarios, cuando él mismo acababa de dar pruebas de una conciencia muy elástica y poco escrupulosa, con su modo de proceder en la

reciente y célebre cuestión sostenida contra la Santa Sede, sobre la potestad civil y espiritual, así como su conducta atentatoria contra la persona del Sumo Pontífice Bonifacio VIII, á quien persiguió y se ensañó hasta dentro del mismo sepulcro; de manera que ningún Soberano de la época podía apelar menos á su conciencia que el Rey Cristianísimo; y por lo mismo, el odio que demostró claramente, no contra los templarios, sino contra la Orden en masa, obedecía á otra causa secreta, que vamos á explicar.

La desastrosa guerra sostenida por el Rey de Francia contra los ingleses, y la más desastrosa todavía contra los holandeses, agotaron completamente el Erario público, y Felipe buscó en vano la manera de llenar sus exahustas arcas, valiéndose de medios inicuos y criminales que le acarrearón el odio de la nación:

El primer proyecto para reanimar su exiguo Tesoro fué el de alterar el valor de la moneda en todo el reino, y esta providencia produjo un clamoreo general, y una asonada en París durante el año 1306, la cual fué sofocada en la sangre de los mismos promovedores.

No habiendo tenido el éxito que esperaba este plan financiero, acudió á otro todavía más atentatorio y criminal, y fué el de falsificar la moneda, y al efecto de no tener rivales en el fraude, anuló por medio de un edicto el privilegio de acuñar moneda propia que disfrutaban algunas familias poderosas de Francia. Esta falsificación llevada á cabo por el Rey, produjo resultados negativos; desde luego la moneda bajó en circulación á un sétimo de su valor real, ocasionando al comercio grandísimas pérdidas, y produjo asimismo otro motín en 1312, durante el cual el pueblo voceaba por las calles: *fuera el monedero falso*.

Mientras ocurrían estos acontecimientos y se buscaban otros arbitrios para salir de apuros, se presentó de repente una circunstancia favorable que el astuto Felipe no dejó escapar de las manos, y acogió como la única tabla de salvación; y esta fué la antedicha acusación contra los templarios.

De seguro el Monarca francés en otras circunstancias se

hubiera reído de estas fútiles acusaciones; pero pudo ver al través de ellas los inmensos tesoros que poseía la Orden, y la codicia de poseerlos y no su conciencia alarmada fué la que le impulsó á formar por sí mismo el proceso, y de ahí el empeño en procurar su extinción.

Calcúlese, si no, si en la situación en que se encontraba Felipe *el arruinado*, Felipe *el monedero falso*, había de codiciar la entonces enorme suma de dos millones en que se computaban las rentas comunes de la Orden del Temple, así como el producto que arrojaban las cuarenta mil encomiendas que ésta tenía en Francia, sin contar lo que existía en caja. La tentación era muy grande y la conciencia de Felipe no era, según dijimos, muy meticulosa, y he aquí explicado su empeño á todo trance para que fuese extinguida la Orden, no sólo en sus Estados, sino aun en toda la cristiandad.

Este empeño, sin embargo, no dejaba de presentar graves inconvenientes, siendo uno de ellos el previo consentimiento del Sumo Pontífice; y en verdad, la conducta poco edificante de Felipe el Hermoso observada con los jefes supremos de la Iglesia, no era muy á propósito para conseguir un buen resultado. Pero la fatalidad para la Orden quiso en aquellas circunstancias que el solio pontificio quedara vacante por fallecimiento de Benito XI, muerto en 1304 en Perusa de Veneno, según se cree, y así convenía.

Felipe sabía bien que querer es poder, y él quería á toda costa poseer los tesoros de la Orden, y para ello era indispensable tener de su parte al nuevo Pontífice; á este fin hizo presentar un candidato, que no tuvo aceptación en el Cónclave; pero con sus manejos é intrigas consiguió que no pudiera reunirse una votación compacta durante un período de once meses, y en este intermedio procuró ganar las voluntades de los Cardenales, auxiliado de las maquinaciones del Cardenal Du-Prat, á quien tenía comprado el Rey de Francia.

Tampoco fué la mayor dificultad de Felipe la reunión de los votos del Sacro Colegio; lo difícil era poder encontrar un prelado condescendiente que suscribiese á las condiciones que iba á imponerle, condiciones que no podía aceptar la conciencia de un buen eclesiástico. Sin embargo, hubo uno que

se avino á todo, y este fué Bertran de Got, de noble alcurnia, Obispo de Perusa y Arzobispo de Burdeos. Este prelado tuvo con Felipe una conferencia secreta en una abadía cercana á San Juan de Angeli, y el resultado de ella fué acceder el prelado á las exigencias del Rey, para conseguir la tiara, en las seis condiciones siguientes:

1.^a Absolución al Rey y revocación absoluta de las censuras en que había incurrido por la prisión y daños que Felipe había ocasionado al Papa Bonifacio VIII.

2.^a Igual absolución á todos los que, obedeciendo sus órdenes, incurrieron en las censuras.

3.^a Cesión absoluta al Rey de los diezmos que cobraba la Iglesia en todos los Estados de Francia.

4.^a Que se infamara la memoria de Bonifacio VIII.

5.^a Restitución del cardenalato á la familia Colonna, destituida por dicho Pontífice, y además, la facultad de elevar á esta dignidad á las personas que el Rey designase.

La sexta condición se la reservó el Rey, alegando que la propondría en lugar y tiempo oportuno, supuesto que exigía un extraordinario secreto. El ambicioso prelado suscribió á cuanto el Rey quiso exigirle; pero nada debe extrañarse de él, porque sabido es que sus costumbres no eran las más ejemplares; y elegido, fué coronado en Lyon á los 14 de noviembre del año 1305, tomando el nombre de Clemente V.

Dos acontecimientos desgraciados tuvieron lugar en la coronación del Papa, que fueron de mal augurio para su pontificado. Al dirigirse en procesión á la Basílica, después de la ceremonia, al pasar por delante de un muro sobrecargado de gente, se desplomó, cogiendo debajo al Duque de Borgoña, que quedó aplastado, derribó al Papa, que se le cayó la tiara de la cabeza, y hasta salió herido. Ocho días después en un banquete que dió Clemente en su palacio se movieron disputas entre sus criados y los de los cardenales convidados; el Papa envió á su hermano para que los tranquilizase, pero el resultado fué que lo asesinaron, sin que pudiera conocerse el agresor.

Algún tiempo después el Rey pidió á Su Santidad otra conferencia secreta que se efectuó en Poitiers en 16 de junio

de 1307; en ella exigió Felipe del Papa que cumplierse su promesa de condenar la Memoria de Bonifacio VIII; pero no era este el verdadero objeto de la entrevista, sino el de manifestarle cuál era la sexta condición que se había reservado, reducida á que aboliese la Orden del Temple, que el Rey aborrecía de muerte. Clemente eludió ambas demandas, diciendo que para ello debía congregarse un Concilio general; pero Felipe no tuvo paciencia y mandó prender á todos los templarios de su reino en un solo día, que fué el 13 de octubre de 1307.

Clemente se afligió de un modo extraordinario al tener conocimiento del hecho, y aun suspendió los poderes concedidos al inquisidor general Guillermo de París, elegido por Felipe para proceder contra los templarios; mas reconvenido por el Rey, levantó la orden en 5 de julio de 1308; pero dispuso la reunión de un Concilio general en Viena para entender de este asunto, el cual no pudo reunirse hasta el 16 de octubre de 1311.

No contento Felipe con lo que había conseguido en su reino, extendió su odio á los templarios de las otras naciones, á cuyo fin de puño propio escribió á los otros Reyes Católicos, obligando además al Papa que expidiese varios breves, á cual más apasionado á los referidos Monarcas, mandándoles proceder inquisitorialmente contra los templarios, y ya sea por deferencia al Rey de Francia, ya por temor á las censuras del Sumo Pontífice, ó ya, en fin, porque les hacía sombra una institución tan poderosa y rica, ello es que á excepción de Inglaterra que los defendió, los demás procedieron con más ó menos virulencia contra la Orden en sus Estados.

El Rey de Aragón, D. Jaime II, recibió las cartas de Felipe de Francia y los breves de Clemente V, hallándose en la ciudad de Valencia en 1.º de diciembre de 1307, y vista la gravedad de las acusaciones contra la Orden, causa de la persecución seguida en Francia, por una parte, y considerando por otra cuán peligroso era chocar de frente con tan peligrosos enemigos, supuesto que casi no había familia noble en la corona de Aragón que no tuviese algún individuo en la Orden, quiso antes consultar el asunto con D. Ramón,

Obispo de Valencia, y D. Eximeno de Luna, Obispo de Zaragoza, quienes opinaron que siendo asunto de fe, debía entender exclusivamente de ello el tribunal de la Inquisición, aconsejándole, con poca prudencia, sometiese la formación del proceso al inquisidor general D. Fray Juan Llotger, enemigo mortal de los templarios.

El inquisidor recibió con satisfacción el encargo, y temeroso de que se ausentaran algunos de los acusados, requirió al Rey para que los mandase prender en un solo día, según se había verificado en Francia; y con efecto, D. Jaime despachó sus letras en 3 del mismo mes de diciembre, ordenando fuesen secuestrados los bienes de los templarios; al mismo tiempo el inquisidor general expidió edictos á los concejos de Ambet, Noveles, Monzón, Vilell, Corbins, Torres, Cantavieja, Alambra, Grañena, Pingrey, Selma, Barbará, Horta, Lecinacorba, Juncosa, Ascó, Chalamera, Aiguaviva, Espluga de Francolí, Peñíscola, Miravet y otros, previniéndoles que se abstuviesen bajo pena de excomunión de dar ayuda ni socorros á los expresados caballeros, cuyas encomiendas y castillos radicaban en sus territorios, citando á los templarios para que acudiesen al convento de predicadores de Valencia el día 5 de enero de 1308.

Esta inopinada providencia, del apasionado inquisidor, alarmó como era de esperar á los templarios de la corona de Aragón, y sobre todo en los de Cataluña, no fáciles de dominar, apercibiéndose á la defensa de sus derechos inconsideradamente hollados por el Rey de Aragón, sin haberles previamente oído en justicia.

Según parece, los jefes de los templarios tuvieron algunas reuniones clandestinas, á fin de ponerse de acuerdo, y á una de ellas se refiere lo que leímos en un cronicón, que para aclaración de estos hechos creemos conveniente insertar íntegro, y con todos sus detalles, los cuales, sin embargo de su sabor novelesco, están absolutamente de acuerdo con la historia de todos estos sucesos, que es lo que más interesa conocer.

La crónica antedicha supone una reunión convocada y tenida, durante el silencio de la noche, en uno de los prio-

ratos que la Orden poseía en la archidiócesis de Tarragona, en el mes de enero de 1308, y dice así:

«.... A merced del profundo silencio que reinaba en aquella oscurísima y pavorosa noche, pudiéranse oír distintamente las lejanas pisadas de una persona, que siguiendo cautelosamente un sendero poco perceptible, se dirigía al priorato, y como hombre práctico, llegó sin vacilar á la puerta de la iglesia; empujola suavemente, y la luz que brotó de súbito al abrirse la puerta del templo, iluminó de pies á cabeza al incógnito, el cual iba embozado con una holgada capa negra. Aunque la puerta no presentó dificultad alguna, estaba no obstante bien guardada interiormente; dos caballeros del Temple, de atléticas formas, detuvieron bruscamente al recién venido; pero bien cerciorados luego de la identidad de su persona, no pusieron dificultad á su ingreso en la iglesia. El incógnito, arrojando á un lado con gracioso desdén la especie de manto que le cubría, dejó ver la blanca túnica de los templarios, con la cruz roja de forma patriarcal, distintivos de la Orden, y recostándose negligentemente en uno de los sillones de la iglesia, pareció entregarse á profundas meditaciones.

»Pocos momentos después otros dos personajes embozados de la misma manera que el anteriormente descrito, y por el mismo sendero llegaron á la puerta de la iglesia, á la que con las mismas precauciones fueron introducidos. Al verse en seguridad, arrojaron igualmente los negros embozos, quedando al par del anterior personaje con la túnica blanca de los templarios. Sucesivamente, y uno á uno, fueron apareciendo hasta seis caballeros del Temple, guardando todos el más profundo silencio.

»Al entrar el último individuo, uno de los guardianes cerró y atrancó la puerta; entretanto su compañero, cogiendo una linterna del suelo, fué á encenderla en la única lámpara que iluminaba la iglesia, dirigiéndose ambos inmediatamente á una pequeña puerta de escape, y por una estrecha escalera de caracol, subieron seguidos de los seis recién venidos caballeros á la habitación donde el gran prior les aguardaba rato hacía, paseando á grandes pasos por el reducido gabinete.

te, con visibles muestras de una viva inquietud, y poseído al parecer de una extraordinaria agitación.

»Introducidos los caballeros, el doméstico cerró exteriormente la puerta, y el gran prior condujo á los seis caballeros á otra cámara más reducida é interior, sin duda porque creyó necesarias todas estas precauciones, las cuales demostraban por otra parte que el asunto que les tenía reunidos era de la mayor importancia y gravedad, toda vez que esta conferencia se verificara en hora tan extraordinaria y desusada.

»A una seña del jefe, cinco de los concurrentes tomaron asiento; pero el único que por respeto y deferencia había quedado en pie, se sentó á una nueva seña de su superior, quien ocupó un sillón de respaldo alto, con labores y entalladuras muy diferentes de las demás que le rodeaban. Este elevado personaje era D. Frey Bartolomé de Beluis, lugarteniente del gran maestro de la Orden del Temple en la corona de Aragón. Los otros eran D. Frey Bartolomé de Sanyuste, castellano de Miravete; D. Frey Ramón de Anglés, que lo era de Cantavieja; el Comendador D. Frey Ramón de Galliner, del de Tortosa; D. Frey Bertrán de Viure, encargado del castillo de Castellote, y por último, Frey Dalmao de Timor, simple caballero de la íntima confianza del gran prior, quien tenía cosas de importancia que comunicar á los jefes de la Orden allí reunidos.

»Después de unos cortos momentos de silencio, tomando la palabra el gran prior, con voz segura y sosegada, dirigiéndose á sus compañeros, les dijo: «Creo, nobilísimos señores y amigos míos, que no desconoceréis en este momento la importancia del objeto que me ha obligado á mandar mis emisarios (misatjers) á vuestras respectivas encomiendas para reuniros en este sitio; y los que lo ignoréis, se os figurará cuán grave debe ser la causa de esta conferencia, preparada con tanto sigilo y llevada á cabo con tales precauciones. Sí, señores; grave, gravísima es la situación de la Orden entera, y acaso á estas horas el mandato de prisión de todos los que estamos aquí reunidos se haya expedido ya por el serenísimo Rey de Aragón, residente hoy en Valencia, y quizás estén

los verdugos ya preparando los terribles instrumentos de tortura que deben en breve mutilar nuestros miembros y desconjuntar nuestros huesos, hasta que el dolor ó el miedo hayan arrancado, en medio de ayes y suspiros, declaraciones ajenas á la verdad y nos obliguen á confesar, á semejanza de nuestros hermanos de Francia, crímenes que jamás se han cometido y que horroriza sólo imaginarlos. Frey Dalmao de Timor, aquí presente, amigo de toda mi confianza, á quien envié á París de incógnito en averiguación de lo que allí ocurría, á los primeros rumores que circularon, os enterará de cuanto indagó, á fin de que, de acuerdo todos, resolvamos la línea de conducta que debemos seguir, y el plan que será preciso adoptar para que no seamos sorprendidos, y como débiles ovejas, se nos conduzca al matadero, según sucedió á nuestros queridos é inocentes hermanos.

»Yo no dudo, señores, prosiguió, que la riqueza y opulencia hayan relajado algún tanto los rígidos estatutos de la Orden, y que muchos caballeros, indignos de vestir el honroso hábito del Temple, hayan cometido delitos dignos de ejemplar castigo; pero me repugna la idea, rechazo con todas mis fuerzas las terribles acusaciones que se prodigan á la Orden toda, y que el odio y malquerencia de personas poderosas, enemigas de nuestro instituto, y codiciosas de nuestras riquezas, en mala hora adquiridas, han fomentado, induciendo al Padre común de los fieles contra una religión que siempre ha vertido la sangre de sus hijos en defensa de la fe del Crucificado.

»Terrible es la tempestad que se levanta y amenaza tragarnos á todos, si advertidos y prudentes no nos apresuramos á conjurarla con tiempo.

»Hace un mes que nuestro ínclito y bondadoso Monarca ha recibido órdenes terminantes del Sumo Pontífice para que se proceda contra nosotros en el reino de Aragón; mas la gravedad del caso, y tal vez, y es lo más cierto, el temor de atacarnos de frente y cara á cara, haya retardado el reducirnos á prisión. No desconfío del Monarca ni de los prelados del reino; sé su prudencia y buen criterio; pero rodean á D. Jaime el Justiciero personas, cuyas ideas exageradas me

hacen temer consigan tórcer su nunca desmentida imparcialidad y recto juicio; entre ellos, cuento á sus consejeros privados D. Gonzalo García y á D. Artal de Azlor, con su confesor fray Guillén; pero sobre todo al inquisidor general fray Juan Llotger, nuestro enemigo declarado.

»El objeto de esta reunión es, después de enteraros de cuanto ha ocurrido, ver si nos será más conveniente resistirnos cual cumple á valerosos caballeros, ó si someternos como humildes religiosos al Primado metropolitano (1), le pidamos respetuosamente que nos ampare, y que se digne reunir un concilio para que nos juzgue á tenor de los cánones, de las leyes del reino y de las de nuestro instituto. Tengo una confianza ilimitada en la nunca desmentida justicia y rectitud de nuestro buen Prelado, el Arzobispo D. Guillermo de Rocaberti, quien en este asunto no ha sido consultado por el Rey, y no dudo que en juicio saldremos absueltos de los delitos que sin razón y sin motivo fundado se nos imputan. Pero antes de proceder á resolución alguna definitiva, creo conveniente digamos á nuestro hermano el de Timor las noticias que nos trae de Francia. Hablad, D. Dalmao; os autorizo á que igualándoos á nosotros toméis la palabra y nos enteréis de cuanto fuísteis testigo.

»A estas palabras el templario se levantó, hizo un profundo acatamiento al gran prior, y una reverencia á los demás, y sentándose enseguida, dijo:

«Ilustres y respetabilísimos señores: No en vano se ha lamentado nuestro venerable director y jefe de la angustiosa situación en que se encuentra la excelsa Orden del Temple,

(1) El Arzobispo de Tarragona ha sido desde tiempo inmemorial considerado como Primado de la España Tarraconense. En la época á que nos referimos, tenía por sufragáneas todas las iglesias de la corona de Aragón, en virtud de una bula pontificia de Anastasio IV, en San Juan de Letrán en 8 de las calendas de abril de 1154, y eran las de Gerona, Barcelona, Urgel, Vich, Lérida, Tortosa, Zaragoza, Pamplona, Huesca, Tarazona y Calahorra; y después de conquistadas se le habían agregado los obispados de los reinos de Valencia, Murcia, las Baleares, etc., etc., esto es, casi toda la España tarraconense de los romanos, como queda dicho. Posteriormente se le fueron segregando catedrales hasta reducirse al principado de Cataluña.

y grande, muy grande será la amargura que en estos tristes y solemnes momentos acibarará su noble corazón, al considerar las rudas pruebas por las que se verán obligados á pasar sus inocentes hijos, para poder rechazar victoriosa y cumplidamente las acusaciones que contra la Orden se acumulan. Pero como dice muy bien el gran prior, la conciencia de haber procedido irrepreensiblemente y como cumple á leales caballeros, los que hoy vestimos el honroso hábito del Temple en los reinos de Aragón y Valencia, le tranquilizan y hacen desear que la acusación y defensa sean públicas y por el tribunal competente, según lo exigen el asunto y los méritos que tenemos contraídos en pro de la sacrosanta religión que profesamos, y en cuya defensa hemos derramado y estamos prontos á derramar toda nuestra sangre.

» Pero, señores; nuestros enemigos son muchos, poderosos y astutos, y bajo el velo de interés y celo por la religión, se ocultan otros intentos villanos, indignos de preclaros caballeros. Vais á oír la relación de mi viaje, y juzgaréis de la verdad de cuanto os diga y de la virulencia de los ataques que aquéllos nos dirigen. Es cierto, demasiado cierto, que se necesita la mayor circunspección y prudencia, los que tenéis el alto honor de regir los destinos de la Orden, para no naufragar en tan deshecha y furiosa tempestad.

» Al momento de recibir las órdenes reservadas de nuestro venerable director, tomadas las debidas precauciones y oculto bajo un desconocido disfraz, me dirigí á la capital del vecino reino, y ya antes que allí llegase supe la desgraciada suerte de nuestros hermanos, perseguidos, atormentados y fugitivos por todas partes. Varios son los comentarios que se hacen en averiguación de las causas que han movido á Felipe el Hermoso y á nuestro Santísimo Padre Clemente V á proceder contra un instituto que tantos días de gloria ha dado al cristianismo, prodigando su sangre en defensa de la ley de Dios.

» El vulgo, ignorante siempre é inclinado á los extremos, nos condena; mas las personas cautas é ilustradas piensan con razón de distinta manera, y mucho pesa en su consideración y en la balanza de la justicia el odio y mala voluntad

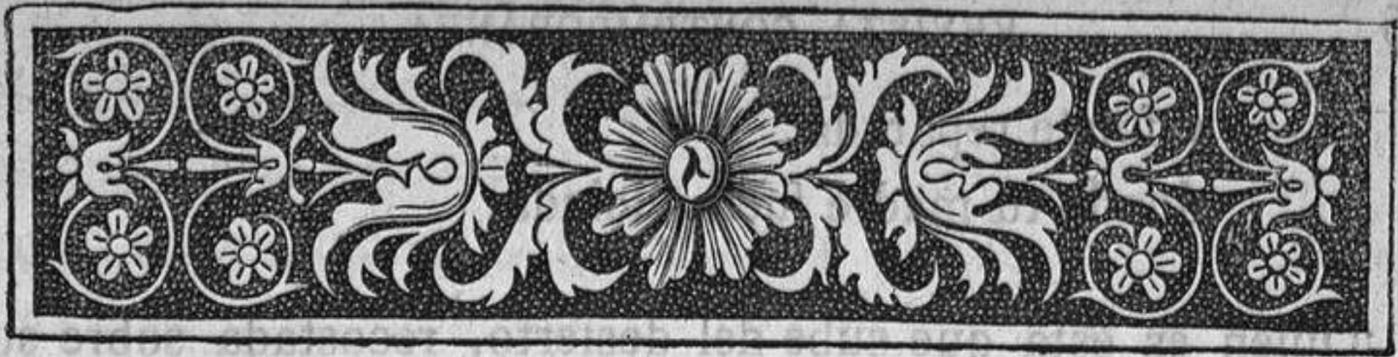
que siempre nos han demostrado los Ministros del Rey Felipe, y las sospechas que contra la Orden con tanta habilidad han sabido inspirarle. Por otra parte, los apuros del Erario, á causa de la guerra de Flandes, han despertado en el ánimo de Felipe un irresistible deseo de apoderarse, bajo cualquier pretesto, de nuestras riquezas en menguada hora adquiridas; y ved aquí la base y origen de la ruda persecución que estamos sufriendo.

»Las chispas que produjeron este voraz incendio, entre cuyas llamas probablemente quedarán convertidos en cenizas los principales jefes de la Orden del Temple, los pretextos que han dado motivo á la acusación son tan frívolos y pueriles, que casi me avergüenza tener que manifestarlos á esta asamblea; pues más que en descrédito de la Orden, redundan en desdoro de la íntegra justicia del Rey Felipe y de la sabiduría y buen nombre del Sumo Pontífice, que en estos momentos obra sin duda violentado. Oíd, pues, y juzgad.

BUENAVENTURA HERNÁNDEZ SANAHUJA.

(Se concluirá.)





LA ODA

ESBOZO HISTÓRICO-CRÍTICO

Continuación



o os conjuro, oh doncellas de Jerusalem, por las gamas y ciervas del campo, que no desper-téis ni hagáis velar á mi amado hasta que él quiera.

Entrádose ha la esposa
en el ameno huerto deseado,
y á su sabor reposa,
el cuello reclinado
entre los dulces brazos del amado.

Al huerto de los verjeles descendí á ver los frutos del valle...

Su izquierda esté debajo de mi cabeza y su derecho me abraza.

Debajo del manzano,
allí conmigo fuiste desposada,
allí te dí la mano

(1) V. la pág. 197 del tomo LIII.

y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.

¿Quién es ésta que sube del desierto, recostada sobre su amado? Debajo de un manzano te desperté: allí tuvo dolores tu madre, allí tuvo dolores la que te parió.

Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura teñido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

El Rey Salomón se hizo un tálamo de madera del Líbano... Sus columnas hizo de plata, su fondo de oro, su cielo de grana, su interior recamado con labores de amor... Sesenta valientes la rodean, de los fuertes de Israel...

Toda tú eres hermosa, compañera mía... Tu cuello como la torre de David, edificada para muestra; mil escudos están colgados de ella, todos escudos de valientes.

A zaga de tu huella,
los jóvenes discurren el camino
al toque de centella,
al adobado vino,
comisiones de bálsamo divino.

En la interior bodega
de mi amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía,
y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dió su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le dí de hecho
á mí, sin dejar cosa:
allí le prometí de ser su esposa.

Llevóme á la cámara del vino, y su bandera sobre mí fué amor.

Yo vine á mi huerto, ¡oh hermana, esposa mía! cogido hé mi mirra y mis aromas; he comido mi panal y mi miel, mi vino y mi leche he bebido. Comed, amigos; bebed, amados, y embriagaos.

Subiré á la palma, asiré sus ramos, y tus pechos serán ahora como racimos de vid... Y tu paladar como el buen vino, que se entra á mi amado suavemente.

Yo soy de mi amado y conmigo tiene su contentamiento.

Pues si ya en el egido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido,
que, andando enamorada,
me hice perdidiza y fuí ganada.

De flores y esmeraldas
en las frescas mañanas escogidas,
haremos las guirnaldas,
en tu amor florecidas
y en un cabello mío entretejidas.

En sólo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello,
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.

Cuando tú me mirabas
su gracia en mí tus ojos imprimían,
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían.

No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme
después que me miraste;
que gracia y hermosura en mí dejaste.

.....

Gocémonos, amado,
y vámonos á ver en tu hermosura
el monte y el collado,

do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.

Y luego á las subidas
cavernas de las piedras nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos;
y el mosto de granadas gustaremos.

Morena soy, oh hijas de Jerusalem... No miréis en que soy morena, porque el sol me miró... Veamos si brotan las vides, si se abre el cierno, si han florecido los granados... Tú me enseñarías y yo te hiciera beber vino adobado del mosto de mis granadas.

Muchas más citas se pueden hacer del Rey Salomón y de San Juan de la Cruz, acordes en las notas de sus místicas y amorosísimas canciones.

En unas y en otras, álzase hasta los celajes de la aurora el lirismo hondamente subjetivo que los enciende y arrebató. Nuestro gran poeta místico, beatificado por la Iglesia, se dejaba llevar de su piadosa exaltación hasta los manantiales de aguas vivas, cuyo origen y fin insondables se esconden á la inteligencia finita del mortal:

Aquella eterna fuente está escondida;
¡qué bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche!

Su origen no lo sé, pues no lo tiene,
mas sé que todo origen de ella viene,
aunque es de noche.

Así decía el mismo poeta, cantando la infinitud y eternidad, la bondad inexhausta y la inmaculada belleza de su amado.

XXXII

PÍNDARO RELIGIOSO

Las odas altas de asunto moral ó religioso, dignas de mención en las letras castellanas, son pocas en relación con el gran número de poesías de este linaje.

Importa recordar las más famosas, y algunas que, sin ser muy conocidas, no merecen la oscuridad desdeñosa en que se las tiene.

Ubeda, autor de un Cancionero, canta el nacimiento del Mesías, exclamando:

Hoy la fresca mañana
derrama su rocío aljofarado
en la tierra serrana,
hoy reverdece el prado,
del cielo con injurias agostado.

Y hace también objeto de sus poesías algunos momentos solemnes de la Pasión de Cristo y su dichosa resurrección. D. Luis de Ribera, en sus *Sagradas Poesías*, dedica una canción á la degollación de los Santos Inocentes, otra á Jesús en el sepulcro, y una, muy ingeniosa, á los nombres simbólicos de la Virgen María, esto es, á la rosa pura y suave, que está mostrando siempre el rojo esmalte con que á Dios veló; á la blanca paloma, cuyos dorados ojos miró el cazador, herido por flecha amorosa; ó á la hermosa nave que descubrió playas remotas, enriqueciendo el mundo con su mercancía. D.^a María Nicolasa Helguero y Alvarado, monja del monasterio de las Huelgas, de Burgos (*Poesías*, 1794), compuso larga canción á Sara, Lía, Jacobec, Sofora y otras heroínas de la ley antigua. Pero ni estas odas son dignas de la cítara de Píndaro, ni las canciones tienen del modo poético de este vate otra circunstancia que la externa de su mucha extensión.

Es una desgracia que Ubeda no cuidase con más amor y severidad, pues la severidad no excluye al amor, de sus composiciones poéticas. Era poeta á lo Fray Luis de León, y se entretiene, sin embargo, en hacer odas con versos acrósticos que forman, cada grupo de cinco, el nombre de María. La incorrección y desaliño, tanto como la ingeniosidad, han marchitado innumerables poesías religiosas. •

Antes del triunfo del petarquismo, que ensanchó los moldes de la rítmica, como ya se ha indicado, no era posible emular en coplas de arte menor las estrofas de Píndaro y de Horacio. Triunfante la escuela italiana, la música de altisonante versificación sirvió para la manifestación de conceptos encumbrados, altisonantes y magníficos.

El co-fundador de la escuela de Boscán, el ilustre diplomático, novelista, historiador y poeta escribió sin éxito un himno que en otro lugar se analiza; pero la religión no arrancó solemnes armonías de su laúd, como del harpa divina de Herrera, andaluz y pródigo de músicas y lumbres, que, con reminiscencias bíblicas, celebró el gran triunfo de la Cruz sobre la Media Luna en el golfo de Lepanto. Asunto español y heroico, si bien revestido de sacros ropajes, no es verdaderamente oda religiosa, por lo que basta á nuestros fines hacer aquí esta mención honorífica.

Góngora y Argote hizo letrillas eróticas llenas de gracia y ternura, letrillas satíricas sazonadas, romances de elegancia y soltura sin par, madrigales dechado del género, poesías cortas, en una palabra, que son dignas de imitación y estudio y nunca del horror santo con que se miran vulgarmente los poemas gongorinos, sin distinguir clases y períodos. Las mismas *Soledades*, silva intrincada de metáforas, blanco de las declamaciones eternas de la crítica, si por una parte revelan los extravíos del genio, demuestran por otra la gran potencia lírica que se empleó en levantar esas pirámides, sepulcros gigantescos como las egipcias, henchidas de vanidad y polvo. Góngora, ya con el cultismo de la secta, dedica una Canción Sacra «A la traslación de una reliquia del santo príncipe Hermenegildo al colegio de su nombre, de la Compañía de Jesús, en Sevilla.»

Hoy es el sacro y venturoso día
en que la gran metrópoli de España,
que no te juró rey, te adora santo;
hoy con devotas ceremonias baña
el blanco clero el aire en armonía,
los pechos en piedad, la tierra en llanto.

Sobran las ideas paralelamente colocadas, las figuras retóricas y hasta una estrofa á Felipe III, la más endeble de todas; pero ¡qué versificación tan armoniosa y espléndida! ¡qué imaginación tan opulenta y tan pródiga de sus favores! Ocasión tendremos de repetir y evidenciar, con textos de los culteranos, que la métrica en sus aplicaciones no sufrió retroceso con el advenimiento de la cultilatiniparla.

La lírica se enlaza muy estrechamente con la métrica, como la poesía en general con la música. La versificación entra en los dominios de la fonética, y por esto los engrandecimientos de la versificación ceden en provecho de la lírica, como de la épica y la dramática, en este mismo orden con que se citan esos géneros poéticos. No es extraño, pues, que el protagonismo y el culteranismo retumbasen con más resonancia en la lira de los vates castellanos.

Aunque riñó con los culteranos y los ridiculizó muchas veces, Quevedo, si no culto, es conceptista, y en verdad, el caudillo más autorizado de esta escuela de sutilezas y equívocos, que se desenvuelve paralelamente á la gongorina.

Para el vulgo, no es D. Francisco de Quevedo más que un satírico eminente, fecundo en chistes y agudezas; pero toda persona de mediana ilustración sabe ya que la pluma de Quevedo tocó en los profundos arcanos de la teología, de la metafísica, de la ciencia política, de la novela naturalista, de la poesía épica, de la lírica en todas sus especies, de la dramática en algunas, de la satírica en innumerables, y de todos los asuntos y en todas las ciencias demostró un ingenio pasmoso y una instrucción estupenda. Escribió poesías serias y jocosas, religiosas y profanas, filosóficas y epigramáticas, amorosas y descriptivas, amargas y dulces, con desenfado y

facilidad, majestad y gracia, gran conocimiento de la lengua y dominio de las materias que desarrolla.

Como poeta religioso, no se alza de la mediocridad estimable. Conocedor de varios idiomas, dejó en ellos manifestaciones de su numen poético.

«*Se casto ao bom Joseph nomea a fama.*»

es el verso primero de un soneto en portugués, escrito para el certamen de la canonización de San Raimundo, alabando la castidad del santo en dejar al rey, porque no quería separarse de su dama: la virtud de San Raimundo es comparada á la del patriarca José que huyó de la torpeza de su señora.

En «El Parnaso Español, monte en dos cumbres dividido, con las nueve musas castellanas,» Polymnia canta «expri- miendo las costumbres del hombre, y las procura enmendar.» Esto lo hace en sonetos de carácter moral, ya mostrando con ejemplos cuán varios y ciegos son los deseos de los hombres, ya que «un delito igual se reputa desigual si son diferentes los sujetos que le cometen, y aun los delitos desiguales;» unas veces que «por más poderoso que sea el que agravia, deja armas para la venganza,» otras que por mucho que tarde el castigo del pecado, llegará irremisiblemente; ora que peligra «el que sube muy alto y más si es por la caída de otro,» y así:

Para, si subes; si has llegado, baja;
que ascender á rodar es desatino;
mas si subiste, logra tu camino,
que quien desciende de la cumbre, ataja...

y ora, en fin, que los mismos que no saben gobernarse, aspiran á gobernar el mundo. «En *Caliope*, musa VIII, se encuentran algunas poesías filosóficas y morales, que no serán olvidadas en otro capítulo; pero hasta llegar á *Urania*, no tropezamos con sonetos sacros y otras composiciones líricas religiosas. Una se apellida «Psalmos-Lágrimas de un penitente.» Se divide en diez y siete estrofas ó partes, doce en silvas y las demás en sonetos. Uno de estos es el conocido y digno de aprecio

¡Cómo de entre mis manos te resbalas,
ó cómo te deslizas, vida mía!
¡Qué mudos pasos trae la muerte fría
con pisar vanidad, soberbia y galas!

y entre las silvas hállase la también conocida y estimada,
que recuerda la canción admirable de Rodrigo Caro á «Las
ruinas de Italia.»

¿Quién dijera á Cartago
que en tan poca ceniza el caminante
con pies soberbios pisaría sus muros?
¿Qué presagio pudiera ser bastante
á persuadir á Troya el fiero estrago,
que fue venganza de los griegos duros?
.....

¡Cómo se ha reducido
toda su fama á un eco!
Adónde fue Sagunto es campo seco.
Descansan Creso y Craso,
vuelos menudo polvo en frágil vaso...

El «Padre Nuestro,» paráfrasis de esta oración cristiana,
es cosa tan larga como prosaica. El poema «A Cristo resuci-
tado» pertenece á la trompa épica.

Sir Hasirin Li Selomo es, según nota, traducción y pará-
frasis, fragmentaria é incompleta, del Cantar de los Cantares
de Salomón, y, valga por lo que valiere, hay que añadirla al
catálogo no muy rico de poesías nacidas del manantial inago-
table de los Libros Santos.

No hay que decir que la melosa blandura y la delicadeza
y suavidad del idilio hebraico se compadecen mal con el tem-
peramento de Quevedo: así es que el tono verdadero de la
santa poesía no aparece casi nunca en la traducción parafrás-
tica del vate castellano. Y eso que las notas latinas de los
textos bíblicos evidencian que la versión llega á la copia lite-
ral, como en

Béseme con el beso de su boca...

(*osculetur me osculo oris sui...*)

Y correremos tras tu olor divino...

(*post te curremus in adorem...*)

pero estas frases calcadas en el sagrado texto están diluídas y desvanecidas en los circunloquios de la paráfrasis. En variedad de metros está, á saber, sextinas, liras de muchos versos, liras breves y fluídas de cinco (usadas por Garcilaso en su Flor de Gnido), y octavas reales; advirtiéndose á simple vista la imitación de nuestro bocólico.

«Al dulce lamentar de aqueste amante...»

«Eumenia, para mí dulce y graciosa...»

Citaremos las estrofas que más se acercan á la sencillez y ternura propias del Cantar salomónico:

Béseme con el beso
 mi esposo de su boca sacrosanta,
 que sin medida y peso
 al vino se adelanta
 el dulzor de su pecho y leche santa.
 ...«Oh tú, esposo divino,
 de cuyo amor forzada el alma mía
 sale fuera de tino,
 á tu choza me guía,
 do apacientas, do estás al mediodía,
 ...Mi amado, mi querido,
 es cual racimo de uvas regalado,
 desde Chipre traído,
 cual racimo criado
 en las viñas más fértiles de Engado.

Quevedo firmó en la Torre de Juan Abad, á 8 de mayo de 1613, las «Lágrimas de Jeremías castellanas, ordenando y declarando la letra hebraica, con paráphrasis y comentarios en prosa y verso,» lo cual dedicó al «Cardenal D. Bernardo

de Sandoval y Rexas,» Arzobispo de Toledo, del Consejo de Estado é inquisidor general. Comienza con «aforismos morales sacados» de Jeremías, tales como «Necio es quien, siendo malo y vicioso, peregrina por ver si muda con los lugares las costumbres;» y «Quien en las necesidades acude á otro que á Dios, ni halla verdad en los amigos, ni salud en los remedios, ni mantenimiento en los campos.» A los Trenos, partidos, como en la Biblia, en períodos que se distinguen por las letras del adefato, precede una versión literal, literalísima, castellana. Para que el lector forme juicio, trasladamos aquí dos trozos, uno en prosa y otro en verso.

IOD

Su mano extendió el angustiador sobre todas sus codicias que vieron gentes, que vivieron en su santuario, que encomendaste no viniesen en sus congregaciones á ti.

Tal fué la obstinación del pueblo hebreo,
que ni temieron plagas,
ni creyeron divinas profecías,
ni mandatos de Dios reverenciaron;
y así dejado de la mano suya,
porque adoró las obras de sus manos,
se ven las del contrario que tenía.

Todo es prosa, rimada ó no. Lo curioso es la métrica de epta-endecasílabos blancos ó sueltos, con que, saliendo de las ordinarias rimas, tradujo Quevedo la canción elegiaca.

Por los campos de la Biblia discurrió también el P. Fray José de Sigüenza, célebre historiador de la Orden de San Jerónimo, en que militaba. Tradujo parafrásticamente el salmo *Coeli enarrant gloriam Dei*.

Cantan los cielos con callado acento
la alta proeza del autor inmenso:
muestra la hazaña de su diestra mano
cielo estrellado.

.....

No hay lengua, ó gentes, de nación extraña
do no se entienda tan divino acento;
pues su armonía de uno al otro polo
va resonando.»

Lástima de asonancias intempestivas. El gran prosista, al convertirse en elegante versificador, incurría en los descuidos métricos de otros más grandes poetas de su época.

Pero, en nuestro afán de enumerar los grandes frutos de la sacra musa de España, vamos aludiendo á producciones de carácter mediocre, mientras desatendemos algunas de más alta grandeza, que, si bien nacidas en tierras del Asia, han arraigado y florecido en el Occidente de Europa.

Las odas bíblicas son odas de solemnidad pindárica indiscutible. ¿Qué poeta llega á las alturas de David, de Ezequiel ó de Isaías? Hay quien pone el genio poético de este gran gran profeta por encima de todos los inspirados de la deidad. ¿Qué oda elegiaca se tiñe con los colores de Jeremías, al llover sobre las ruinas de su desolada Sión? De ahí que en «Píndaro religioso» puedan caber las liras castellanas empapadas en las aguas del Jordán ó del Mar Rojo. Ecos del Viejo y del Nuevo Testamento, como el paso del Mar que fué tumba de las huestes de Faraón, ó el éxodo de la gente de Israel, ó el Magnificat de la Virgen llena de modestia y gratitud, han resonado en el arpa de nuestros cantores, y reclaman no se les olvide en esta breve remembranza.

¿No conocemos ya la paráfrasis de Jáuregui, que recuerda el lamentar de los hebreos á orillas del río babilonio? No hemos dibujado con pintorescos accidentes de su vida el lirismo de David, repasando su salterio, por medio de la versión de G. Carvajal? ¿No ha reaparecido el Cantar de Salomón en las líricas estancias de San Juan de la Cruz? ¿No hemos percibido en las canciones del maestro León las santas y propias armonías de la oda bíblica y sagrada?

El gran poeta salmantino no dejó de buscar, con su fe tan grande como su ciencia, las flores hermosísimas de los Sagrados Libros. *Quare fremuerunt gentes...* está traducido así:

¿Por qué braman las gentes?
 Los pueblos vanidades han pensado,
 los reyes excelentes
 y príncipes del mundo se han juntado
 con coraje, negando
 al Señor, y á su Cristo amenazando.

Usque quo, Domine... empieza de este modo:

¡Oh, Dios mío! ¿Hasta cuándo
 ha de durar aqueste eterno olvido
 que vas conmigo usando?
 ¿Hasta cuándo, ofendido
 de mí tu rostro mostrarás torcido?

Primera estrofa de *Ad te, Domine, levavi...*

Aunque con más pesada
 mano, mostrando en mí su desvarío,
 la suerte dura, airada,
 me oprima á su albedrío,
 levantaré mi alma á ti, Dios mío.

Por ser producto de la inspiración del ilustre poeta, recordamos aquí esos ensayos y las composiciones siguientes, algunas de gran valía.

Noche serena:

Cabe en las odas místicas, por su viva aspiración á soltar los vínculos terrenales y abismarse en el infinito bien.

Morada de grandeza,
 templo de claridad y de hermosura,
 el alma que á tu alteza
 nació, ¿qué desventura
 la tiene en esta cárcel baja, oscura?

.....

¡Oh! Despertad, mortales,
 mirad con atención en vuestro daño;

las almas inmortales,
 hechas á bien tamaño,
 ¿podrán vivir de sombras y de engaño?

.....
 ¿Es más que un breve punto
 el bajo y torpe suelo, comparado
 con ese gran trasunto,
 do vive mejorado
 lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

El intenso lirismo de esta canción tiene en el fondo más nobleza y sublimidad que otras poesías de arrogancia y tirantez muy colmadas de elogios.

A Felipe Ruiz:

¿Cuándo será que pueda
 libre desta prisión volar al cielo,
 Felipe, y en la rueda
 que huye más del suelo
 contemplar la verdad pura sin duelo?

Allí, á mi vida junto
 en luz resplandeciente convertido,
 veré distinto y junto
 lo que es y lo que ha sido
 y su principio propio y escondido.

El platonismo que fluye y corre por los floridos campos de la mística española (aunque los aristotélicos lo repugnen), brota de la canción al músico Salinas—que en los *Héroes del Arte* no se ha de olvidar,—como el arroyuelo de una fuente; pero, ¿no hallaría el filósofo que estudiase las odas de Fray Luis otras manifestaciones platónicas ó metafísicas, de distinto carácter, ya en la *Noche Serena*, ya en las liras *A Felipe Ruiz*? Y en ésta, donde se repiten frases místicas de aquélla:

(I.^a trasunto,
 do vive mejorada
 lo que es, lo que será, lo que ha pasado...

2.^a junto
lo que es y lo que ha sido...),

en ésta hay rápidas y gallardas descripciones, que merecen la reflexiva atención, no sólo del crítico, no sólo del filósofo, sino del científico que recoja datos para historiar el desarrollo de las ciencias físicas.

Por qué tiembla la tierra;

¿lo sabe alguien, apesar de los grandes progresos del siglo?

por qué las hondas mares se embravecen;
dó sale á mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano, y decrecen.

De dó manan las fuentes;
quién ceba y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes;
de los helados fríos
veré las causas y de los estíos.

Las soberanas aguas,
del aire en la región quién las sostiene;
de los rayos las fraguas;
dó los tesoros tiene
de nieve Dios, y el trueno dónde viene.

En cuatro pinceladas está descrita magistralmente una tempestad:

¿No ves cuándo acontece
turbarse el aire todo en el verano,
el día se ennegrece,
sopla el Gallego insano
y sube hasta el cielo el polvo vano?

La lluvia baña el techo,
invían largos ríos los collados,
su trabajo deshecho,

los campos anegados
miran los labradores espantados.

Es lástima que á una lira terminada en *e e* siga otra con igual asonancia (crecen, decrecen, fuentes), que en una misma estrofa los consonantes sean también asonantes unos de otros (mueve, reluciente), y que la aspiración de la *hache*, hoy valor nominal, haga corto el verso,

y sube hasta...

defecto que nuestra pronunciación actual añade á los de la métrica descuidada de algunos poetas clásicos. Si las dos osas están ó no próximas, en apariencia, á darse un baño en las aguas oceánicas, perfiles astronómico-poéticos son, en puridad, que no empequeñecen á la belleza de la imagen.

La vida del cielo.—Otra canción de elevación religiosa.

Alma región luciente,
prado de bianandanza, que ni al hielo,
ni con el rayo ardiente
fallece, fértil suelo,
produtor eterno de consuelo.

Es una brillante alegoría.

Las odas «A todos los santos» y «A Santiago» no merecen larga mención. «Canción á Jesucristo crucificado:»

Inocente cordero
en tu sangre bañado,
con que del mundo los pecados quitas;
del robusto madero
abiertos, que abrazarme solicitas;
ya que humilde marchitas
la color y hermosura
de ese rostro divino,
á la muerte vecino;
antes que el alma soberana y pura

parta para salvarme,
vuelve los mansos ojos á mirarme.

No pasa de una canción devota, que ni pizca tiene de vigor pindárico. Ningún eco poético de la devoción alcanza tanta fortuna: apenas logra el tono horaciano. La lírica devota no es la ascética, ni la mística, ni la litúrgica, ni la sagrada: es, si acaso, la pedestre musa de las «Coplas» estudiadas en el cap. XXII. Por ser Fray Luis quien es, no ha caído en tan prosaicas vulgaridades, pero sí en rasgos de muy mal gusto. Cristo, en la cruz, da «muestras de largo y manirroto,» equívoco inoportuno; no puede «huír» de las súplicas «por tener los pies clavados en un madero,» lo que no necesita demostración, y como «baja la cabeza,» señal es de que accede á lo que se le pide, etc., etc.

MIGUEL GUTIÉRREZ.

(Continuará.)





VARIEDADES



ISEMINACIÓN DE LAS ESPECIES VEGETALES Y ANIMALES.—Mr. E. Blanchard ha leído ante la Academia de Ciencias de París una Memoria tan notable por la forma como por el fondo. Aunque son conocidos todos los hechos que aduce, los relaciona de tal suerte, que plantea con gran claridad un problema de fisiología todavía no resuelto. Este trabajo se enlaza íntimamente con los anteriores estudios del ilustre profesor dicho, respecto á los cambios que durante el actual período geológico se han verificado en la configuración de los mares y continentes.

Acostúmbrase anotar con exactitud los sitios en que se recogen las especies vegetales ó animales, pero no los límites geográficos de estas especies, determinación que ofrece sumo interés. Hasta ahora no se vislumbra la ley que preside á la distribución de los seres, y, sin embargo, debe existir esta ley. Maravilla al pronto la incomparable diversidad que se manifiesta en las actitudes vitales: tal especie muéstrase indiferente á la naturaleza del suelo y al estado de la atmósfera; se extiende por vastas regiones de nuestro globo. Otra especie, de la misma familia y aun del mismo género, muere si se la coloca fuera de condiciones estrictamente determinadas, y sólo se halla en espacios muy reducidos. Entre estos dos extremos hay multitud de grados intermedios.

En la distribución geográfica de los seres, ejerce la temperatura preponderante influencia. Es indudable que si se sucedieran en España varios inviernos parecidos al último, la flora y la fauna de nuestro país se modificarían en breve tiempo. Sobre una misma montaña corresponden á cada altitud zonas con especies propias.

También es esencial observar la notable apropiación de diversos organismos á los diversos climas, cálidos, fríos ó templados. Sábese que, en términos generales, el vegetal y el animal dependen en absoluto del clima. ¿Cuál es la causa de esta dependencia? Nadie, por el momento, puede decirlo. ¿Quién puede adivinar el motivo de que la violeta de los Alpes viva sobre las laderas de las altas montañas, mientras que la de olor y otras del mismo género, solamente vegetan en los valles? ¿Qué diferencia orgánica hay entre el cárabo, que no existe sino en los Pirineos y á más de 2.000 metros de altitud, y los insectos del mismo género que se mantienen en las faldas de la montaña y aun en la llanura? ¿Quién podría explicar la causa de que el mochuelo de las regiones árticas que habitó en Europa durante la época glacial no exista en los sitios en que abundan sus congéneres, sobre todo el mochuelo común? ¿Quién no se sorprendería, después de un estudio comparativo, de que el reno muera en donde vive lozano el corzo, y que éste y el ciervo no puedan resistir el frío con el cual despliega el corzo todo su vigor? Hay en todos estos hechos un problema de fisiología cuya solución sería un acontecimiento científico de grandísima resonancia.

No es únicamente la temperatura la que ejerce grande influencia en muchos organismos; el estado higrométrico de la atmósfera tiene altísima importancia.

Para un mismo clima y en cualquier país hay que distinguir entre los seres, aquellos que necesitan una enérgica insolación, de los que sólo viven bien en la sombra, hasta el punto de sucumbir si se les somete á los ardores del sol. Añádense á las causas que rigen la distribución de las especies, la transición lenta ó rápida de una estación á otra y la naturaleza caliza, silíceá ó salina del suelo. Por último, si se consideran las estrechas circunstancias en que para bas-

tantes especies resulta posible la existencia, se tendrán preciosas indicaciones. Algunas plantas y diversos animales señalarán con exactitud la temperatura, grados de insolación y humedad, estado de pureza ó insalubridad de la atmósfera. Es indudable que un aire perjudicial al hombre puede favorecer el desarrollo de ciertos organismos. Basta una serie de observaciones comparativas para determinar los seres cuya presencia anuncia que están amenazados de alguna enfermedad los habitantes de la región en que aparecen. De donde resulta que las ciencias naturales son susceptibles de aplicarse á la higiene en las diferentes partes del mundo.

Sentimos no poder extractar con más detenimiento este hermoso trabajo, pero confiamos que baste lo dicho para comprender el interés que entraña el método que en él se sigue y la amplitud de miras de su autor.

Mr. Blanchard termina con esta reflexión: «Si nos fijamos en las especies que, lejos de tender á diseminarse, permanecen como encerradas en pequeñas comarcas, se entrevé la posibilidad de su desaparición. Con que ocurriesen débiles cambios, una ligera modificación en el clima, la elevación ó depresión del suelo ó el que se desecase el terreno... bastaría para anonadarlas. Así han debido extinguirse en remotas edades multitud de especies que ahora sólo se hallan en estado fósil. Hoy día no se trata más que del mundo moderno, pero no cabe duda de que el estudio de la naturaleza actual servirá para aclarar más y más la noción de los hechos que se verificaron en las antiguas épocas geológicas.»

*
* *

HERENCIA DEL COLOR DE LOS OJOS EN LA ESPECIE HUMANA.
—De Candolle ha estudiado este interesante asunto, agrupando los ojos en dos secciones: *pardos* y *azules*. Resulta de la estadística, que las mujeres tienen los ojos de color pardo con más frecuencia que los hombres, aunque, por lo general, de color más claro. De cada 100 individuos, 80 tienen los ojos del mismo color que sus padres. Los que se diferencian

de sus padres por el color de los ojos, se aproximan al que tenían sus abuelos. Cuando los hijos nacen de padres cuyos ojos son de diferente color, heredan más á menudo el pardo que el azul, de donde resulta, que de generación en generación aumenta proporcionalmente el número de personas con ojos pardos. Este hecho está de acuerdo con los resultados obtenidos respecto á la coloración de los cabellos: es notorio que en casi toda Europa, hasta en las comarcas del Norte, tiende el cabello uniformemente á oscurecerse; disminuye el número de rubios y aumenta el de morenos. De Candolle admite que el contraste de los colores constituye un atractivo, lo cual se confirma observando la estadística de los matrimonios; las mujeres de ojos pardos prefieren maridos de ojos azules ó garzos; las mujeres de ojos azules ó garzos, prefieren maridos de ojos pardos. Además, las personas de ojos pardos se casan más á menudo entre sí que las de ojos azules. Tomando en cuenta estos últimos hechos y otros particulares de menor importancia, se comprende que predominen los ojos de color oscuro.

* * *

INFLUENCIA DE LOS MONTES EN EL CLIMA.— En el número tercero del *Petermann's Mittheilungen*, correspondiente al año actual, se publica un artículo de Herr A. Woeikof respecto á la influencia de los montes en el clima. Empezaron á efectuarse investigaciones científicas sobre este particular cuando se establecieron las estaciones meteorológico forestales de Baviera, ejemplo que muy poco después imitaron Prusia, Alsacia-Lorena, Francia, Suiza é Italia. Puede sentarse como regla general que, comparando en las estaciones cálidas los terrenos arbolados con los desprovistos de vegetación, la temperatura de la tierra y del aire es más baja, son menores las variaciones y más grande la humedad relativa en los primeros que en los segundos.

Después de examinar las observaciones referentes á la evaporación, afirma Herr Woeikof que la influencia de los montes al disminuir la evaporación del agua contenida en el

suelo, no puede estudiarse aisladamente, á causa de que en aquéllos, como se ha dicho, es menor la temperatura en los meses cálidos, y es mayor la humedad relativa, aparte también del efecto de la sombra. Para Woeikof tiene bastante más importancia la protección que los montes arbolados prestan como abrigo contra el viento que todas las circunstancias que en ellos concurren para aminorar la evaporación.

Con respecto á la influencia de los montes en las lluvias y nevadas, no hay hasta ahora más que una sola serie de observaciones que abrace un período suficientemente largo. Reuniéronse estos datos en las cercanías de Nancy, los cuales demuestran que los montes aumentan la cantidad de lluvia. Podría creerse que el efecto de los montes sobre la lluvia en el centro de Europa ha de ser insignificante en invierno, porque es muy pequeña la diferencia entre la temperatura y humedad del monte arbolado y las del terreno desnudo, y es también muy pequeña la cantidad de vapor de agua contenido en la atmósfera. Pero la observación enseña que precisamente en dicha estación es cuando aumenta la influencia de los montes por el concepto expresado. Atribúyelo Woeikof á que las nubes están más bajas, á la resistencia que los montes oponen al movimiento del aire y al viento húmedo del Oeste. Los montes retienen el agua de lluvia mucho mejor que los terrenos rasos, corre con más lentitud por la superficie de su suelo, penetra en éste porción considerable y otra parte se emplea en alimentar la evaporación foliácea.

Aunque los montes, sobre todo los muy abundantes en arbolado, necesitan para conservarse una cierta cantidad de agua, es indiferente la época en que se les suministre, pues la retienen y van consumiéndola á medida que les hace falta. Un ejemplo de esto se ve en el monte Lenkoran, situado en la costa O. del Caspio, cuya vegetación es sumamente espléndida, apesar de que llueve muy poco durante el verano; pero en el otoño é invierno son copiosas las lluvias. Conserva el agua y la va consumiendo en el estío. La humedad de la atmósfera, sin embargo, no es incompatible con una temperatura elevada; ejemplo, el Mar Rojo; pero en los montes la humedad es debida á la evaporación de las hojas, en

otros términos, á un proceso, mediante el cual, el calor se convierte en trabajo, y de aquí la frescura.

Se ha tratado—dice Woeikof—de averiguar la influencia de los montes en las condiciones climatológicas de los puntos cercanos, dentro de la zona occidental del viejo mundo, entre los 38 y 52 grados de latitud N., habiéndose elegido para ello sitios al aire libre. Así para los 52 grados se fijaron ocho estaciones entre Valentia, Irlanda, sobre el O. y las estepas de Kirghiz al E.; para los 50 grados, Guernsey al O., Semipalatinsk al E., hasta trece estaciones, y así sucesivamente hasta los 38 grados de latitud. El resultado general de las observaciones hechas en cincuenta estaciones situadas en seis paralelos distintos, es que en la Europa occidental y en Asia, las grandes masas de monte influyen notablemente en la temperatura de los sitios próximos, y que por su influencia no sólo se interrumpe el aumento normal de la temperatura al encaminarse hacia el E., yendo del Océano Atlántico al interior del continente, sino que sitios lejanos de la costa tienen un verano más fresco que los inmediatos al mar. Bosnia ofrece un ejemplo notable de esto. Examinando las observaciones reunidas, se ve que el verano en Bosnia es 2°,5 á 4°,5 más fresco que en la Herzegovina; hasta en la isla de Lissa, bajo la plena influencia del mar Adriático, la temperatura del verano es superior en más de un grado á la de Bosnia, que está separada del mar por altas cordilleras. Bosnia debe su verano, relativamente fresco, á sus extensas masas arbóreas, al paso que la Herzegovina carece de ellas.

Resumiendo: los montes ejercen influencia en el clima, y ésta no concluye en sus límites, sino que se extiende á una zona, cuya amplitud depende de la extensión del monte, de su situación y de la especie ó especies vegetales que lo pueblan. De manera, que el hombre puede modificar en cierto grado el clima de un país, según que repueble ó descuaje los montes, y también le es dado transformar en terrenos productivos los completamente estériles; ejemplo, las landas de Burdeos.

*
* *

PUBLICACIONES.—Por tercera vez en breve tiempo tenemos que citar al distinguido ingeniero de montes Sr. D. Rafael Breñosa. Continuando sus estudios micro-mineralógicos, presenta en un interesantísimo folleto, que titula *El dimorfismo del bisilicato de cal*, sus últimas investigaciones.

Varios notables naturalistas, Mr. Bourgeois principalmente, habían obtenido por ingeniosos medios artificiales el producto mineral denominado Wollastonita. El Sr. Breñosa ha tenido la fortuna de ser el primero que ha encontrado en un antiguo vidrio de la fábrica de La Granja, el bisilicato de cal cristalizado, en tales condiciones, que todo inclina á creer sea un producto natural, en cuyo caso propone el Sr. Breñosa, tan acertada como modestamente, que se le dé el nombre de *Bourgeoisita*, en honor del naturalista que ha reproducido esta sustancia antes de que se conociese su similar en la naturaleza.

Como resultado de los trabajos hechos por el activo ingeniero Sr. Breñosa, se demuestra plenamente el dimorfismo de la Wollastonita, y se deducen consecuencias susceptibles de muy fecundas aplicaciones.

Sentimos que la índole de la REVISTA CONTEMPORÁNEA nos impida entrar en detalles, que servirían para que los lectores se formasen idea aproximada de la importancia que tienen las tareas á que con tanto lucimiento se dedican en la ciudad de Segovia los entendidos ingenieros Sres. Breñosa y Castellarnau. Ténganse, pues, estas líneas por simple anuncio de que ha dado á luz una nueva nota, curiosísima como las anteriores, el primero de los naturalistas antes nombrados.

Al escribir esta sección de las Variedades, llega á nuestras manos una obra de extraordinaria importancia, publicada por el Ministerio de Ultramar, y compuesta por el distinguido ingeniero Sr. D. Ramón Jordana. Titúlase *Bosquejo geográfico é histórico-natural del Archipiélago filipino*, y forma un tomo en folio de 460 páginas y doce láminas cromolitografiadas.

Si la extensión de esta nota hubiera de ser proporcionada

al valor del libro del Sr. Jordana, convertiríase más bien en largo artículo para enumerar tan sólo las bellezas que esmaltan la obra, y el mérito que ha contraído su ilustrado autor, dotando á España, merced á su laboriosidad y talento, de un trabajo que ha de contribuir en gran manera á que sean conocidas nuestras posesiones de la Oceanía. Véase, en plena confirmación de lo que decimos, parte del laudatorio y razonado informe que dió la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, cuando se presentó manuscrita la obra de D. Ramón Jordana:

«El trabajo, en conjunto, ofrece verdadero interés, y comprende abundantes noticias sobre la situación y extensión de las islas y acerca de sus ríos y cordilleras, clima y otras condiciones físico-naturales; un capítulo extenso y muy curioso sobre las diferentes razas indígenas que en ellas habitan, y otros, no menos interesantes, sobre la parte geológica y sobre los diferentes grupos naturales que comprenden la fauna y la flora de dichas islas, tan ricas en especies propias, y éstas tan notables por sus formas ó sus colores.

»El escrito del Sr. Jordana, sumamente útil, es, en consecuencia de lo expuesto, de aquellos que deben imprimirse y repartirse con profusión, tanto más, cuanto que se refiere á posesiones españolas de gran importancia por su riqueza, y en las cuales los empleos científicos y cargos administrativos están desempeñados por peninsulares que reportarían gran provecho de tener adquiridos, á su llegada al Archipiélago, algunos de los conocimientos consignados en dicho trabajo.»

Después de transcribir lo que en su meditado informe dice la Academia, sería por demás pretencioso que nos pusiéramos á analizar el *Bosquejo geográfico é histórico-natural* del señor Jordana; pero séanos lícito siquiera que recomendemos su lectura á cuantos deseen aumentar el caudal de sus conocimientos con el estudio de una obra profundamente pensada, escrita con sencillez y elegancia, modelo acabado, en fin, de lo que esta clase de trabajos debe ser.

Ya en otra ocasión, y con motivo de un libro publicado por D. José Jordana, manifestábamos que éste y su herma-

no D. Ramón eran indiscutible testimonio de lo mucho y bueno que se puede hacer, cuando á un entendimiento claro se unen una firme voluntad y el propósito de ser útiles á sus conciudadanos. Y eso que entonces no conocíamos todavía la obra que hoy merece todos nuestros elogios, y de la cual hablaríamos gustosos largamente, á consentirlo esta REVISTA y no hallarnos tan faltos de competencia para ello.

Sólo, por consiguiente, nos es dado admirar las bellezas del libro de D. Ramón Jordana, y enviar á su autor calurosísimos plácemes y enhorabuenas.

En este momento distribuye la acreditada casa editorial de Daniel Cortezo el tomo segundo de *La Regenta*, novela escrita por el notable crítico D. Leopoldo Alas (*Clarín*), catedrático de la Universidad de Oviedo. Hojeado el libro ligeramente, nos parece que, como preveíamos ya al hablar del tomo primero, han de surgir animadas controversias con motivo de este estudio de costumbres contemporáneas, concienzudamente efectuado por el excelente escritor Sr. Alas. Más adelante procuraremos dedicar á *La Regenta* el tiempo y espacio de que por su mérito es digna.

También ha repartido la citada casa un bonito tomo, en que con el epígrafe de *Obras escogidas de D. José Cadalso*, aparecen compilados muchos de los escritos más celebrados de este ingenioso autor, tales como sus *Cartas marruecas*, *Los Eruditos á la violeta*, etc., etc., chispeantes todos de gracia, sal y donaire.

No cabe duda que preside gran acierto á la elección de obras que hace la empresa editorial de D. Daniel Cortezo, y, por ende, de que verá premiados ésta sus afanes con el favor del público.

R. ÁLVAREZ SEREIX.



REVISTA DE TEATROS

Continuación (I).



AMOS á dar comienzo, conforme á lo convenido en el número anterior, al estudio de los ejercicios acrobáticos, ó con más propiedad dicho, gimnásticos, que se verifican en los circos de la época actual, y de todas las diversiones que en ellos tienen lugar, comparando los antiguos con los modernos y haciendo observar de dónde arrancan, lo que fueron en sus principios, lo que son hoy, la semejanza de los unos con los otros, así como también de los locales y el modo y manera de cómo y dónde se verifican.

Para proceder con el debido método, no podemos menos de consignar, como hecho irrefutable y cierto, que las diversiones y juegos que nos van á ocupar, que son objeto primordial de este estudio, se llevaron á efecto en las fiestas religiosas de todos los pueblos, y que eran, digámoslo así, como el principal adorno é indispensable ornamento de los actos religiosos que se celebraban en honor de los dioses y divinidades idólatras, y como prueba de los sentimientos religiosos que hacían, de su verdadero amor á la Divina Provi-

(1) Véase la pág. 487 del tomo LVII.

dencia, formando parte de los sacrificios con que en los primitivos tiempos se la honraba.

Así es que, siendo las fiestas la significación genuina de la índole de todos los pueblos, en ellas tenían ancho campo y libre camino, además de todos los afectos de piedad, todos los sentimientos sociales que desarrollaban todas las facultades, todos los sentidos y todas las potencias de nuestro sér. Las peculiares de los hebreos, que se celebraban, la primera, durante la Pascua, corriendo el mes de Nisard, sacrificando en ella el Cordero pascual, á la par que se ofrecían las gavillas, primicias de la recolección de la cebada; la segunda, ó sea la de Pentecostés, á los cincuenta días de la primera, y la de los Tabernáculos (*Scænopegia*), que tenía lugar el 15 del Thirsi, fueron como la guía y pauta de las que admiraban en los demás pueblos; y tanto en éstas como las del Sábado de *Noemenia Trompetas Encenia* ó de las Linternas, y las de las Suertes ó Purin que se celebraban con distintos objetos ó á conmemorar diversos acontecimientos notables, los juegos eran el molde, aunque imperfecto, en el que se fundieron los de las demás naciones.

La Grecia, cuna, como ya es sabido, de las ciencias, de la industria y de las artes, madre de la civilización y cultura, si bien dió mayor preferencia á las elucubraciones del espíritu que á las de la materia, necesitó dar al cuerpo el nutrimento necesario, y adoptaron los juegos públicos, ejercicios, danzas, y bardos y trovadores que cantasen las glorias de sus héroes y celebrasen los triunfos de sus caudillos.

Las llanuras de *Cirra*, los alrededores de la aldea de *Elide*, el bosque *Alti*, el istmo de Corinto, las plazas de *Nemea*, las inmediaciones de *Delphos*, el valle de *Crisa*, los circos de Atenas y los anfiteatros de Atica, fueron mudos testigos de las fiestas celebradas en honor de Hércules, Júpiter, Apolo, Melicerta ó Palernón; de las llamadas *Termophovia*, en honor de Céres, legisladora; las *Panateneas*, dedicadas á Atena Polia; de las conocidas con los nombres de las *Ambrosias*, dedicadas á Baco; las *Afrodesias*, en honor de Venus; las *Arasepiádeas*, las *Coribánticas*, las *Elecatombeas*, las *Delias*, las *Demetrias*, las *Delfinias*, la *Dipolia* y otras muchas que sería prolijo enu-

merar, las que tenían de duración quince días por término medio, y en las que se verificaban los juegos *olímpicos, ístmicos, némeos, píticos, hecatómbeos, liceos, corios, alieos, anfiarios, trofóneos ó basileos, eleuterios, erotios, eacios, tiosenios, hermeos, diocleos, péticos, hercúleos, demetrios, gerestios, méneos*, etc., etc., los que consistían, además de cuanto se refería á las lides de la inteligencia, en los de carrera á pie, el *diaculus*, en que se atravesaba corriendo dos veces el estadio; el *dolichos*, carrera más larga, en la palestra; el pugilato, la carrera de las cuádrigas, la de caballos, el prancracio, la carrera de gente armada, la de los carros con mulas, la de los carros con yeguas, la de las bigas, la disputa de los heraldos y trompetas, la carrera de los carros tirados por asnos, el penthalo, el prancracio de los niños y todos los que describiremos extensamente en no lejana ocasión, y que daban ya una idea más acentuada y concreta de la gimnasia que hoy conocemos y constituye parte de la diversión ó espectáculo que vamos estudiando.

Los jueces (*ellanodice*) que dirigían las fiestas, eran elegidos por los Eleos, fijaban su orden, los días de su celebración y reconocían si las personas que se presentaban eran libres.

Los premios consistían en una estatua de bronce del vencedor, el que se colocaba en el bosque sagrado de Júpiter, después de haber recibido una guirnalda de olivo, también sagrado, colocado de pie sobre un trípode de bronce, y después sobre una mesa de oro y marfil, proclamándose por el heraldo su nombre, el de su progenitor y el de su país.

También consistía el premio en un vaso lleno de aceite de los olivos consagrados á Atena en el Acrópolis, y los de menos valor consistían en coronas y vasos sencillos.

Si no en todo, en parte de estas ceremonias y actos, se conserva alguna remembranza en nuestros días en carreras de caballos ó en las de los andarines y en los regalos que reciben los artistas en determinados días.

Si en Grecia la afición á estos ejercicios era saludable para el cuerpo como para el alma, porque el alma, siguiendo la opinión de Víctor Duruy, es más libre y más activa en un

cuerpo sano y ágil que cuando arrastra una envoltura miserable y trabajada, también era beneficiosa para el arte, porque la escultura y la pintura respiraban allí un purísimo ambiente, gozaban de una preponderancia grande, y vivía entre una raza que aquellos ejercicios había convertido en la más hermosa del mundo, y siendo modelo escultural de los artistas, esto los emulaba de tal modo, que hacían de sus obras ejemplos dignos de admiración, obligando á los viajeros á compartir su entusiasmo entre las luchas del circo y los prodigios del arte, que se contemplaban con profusión en el bosque de *Altis*, ya mencionado.

Aquella inmensa profusión de hombres de todos los países, aquella multitud de obras de arte, las polémicas de los sabios, confundidas con los juegos de los pugiladores y las transacciones de objetos y mercancías de extraño gusto y raro mérito, confundidas con los coros, armonías, vistosas embarcaciones, inusitado lujo y tradicional magnificencia, hicieron de estas fiestas el cuadro original de que son pálido reflejo é imperfecta copia nuestras ferias y romerías, en las que figuraban en primer término los juegos gimnásticos y ecuestres, acompañados de las músicas, danzas, bailes, pantomimas, bufones y exhibición de fieras, que han llegado hasta nuestros días notablemente degenerados dentro de la órbita en que ahora los colocamos, debiendo hacer notar que en las tan renombradas fiestas griegas resaltaba la disparidad notable al compararlas con las de Roma, de ser aquéllas más dadas al arte y á la temperancia que éstas, las que no tenían sabor local ni excitaban el entusiasmo si la sangre no teñía la arena del circo, y los gritos de admiración no terminaban con las agudas notas del dolor, que retumbaban en los ángulos del *Spoliarium*.

Efectivamente, Roma fué la ciudad eterna, canal inmenso que recogió con ansia voraz y loca avidez cuanto de grande y magnífico se extendía por el mundo, para que después el tiempo, abriendo la válvula de aquel inmenso río, depósito de grandezas tal, que se manifestaba tanto en las esferas sociales como en las nobles artes, la industria, el comercio, la navegación, la guerra, la política, la literatura, los vicios

más groseros y las más heroicas virtudes, las repartiase por todos los ámbitos del orbe, para que sirvieran de base á los adelantos del siglo y de troquel á los progresos de la civilización y á la cultura de los pueblos.

Maravilla grande, prodigio admirable, que si tuvo en su auxilio las grandes vías que, á la par que les ponían en contacto con las provincias españolas, eran los conductores de su ambición, su abnegación y su heroísmo luchaban en cambio con la metamórfosis que se obró dentro de su sér, apareciendo grandes por el espíritu patriótico y religioso, por el honor y la gloria de sus dioses, el amor á la patria y á la libertad, por la generosidad de sus ideas y por su disciplina militar, y trocándose después, en su decaimiento, feroces, sanguinarios, descreídos, turbulentos, sensuales, indisciplinados, desapareciendo su proverbial sabiduría, su reconocida prudencia, su innegable prestigio, su ejemplar valor y heroísmo, transformación tristísima que les condujo al deplorable estado de extender inconsideradamente los derechos de ciudadanía, formar ejércitos auxiliares que excedían á los romanos, dejar descubiertas las fronteras de los bárbaros, fatigar á los ciudadanos con horribles exacciones, dividir el Imperio y trasladar lo útil á Constantinopla, actos que trajeron su decaimiento, su postración, su ruina.

Los Romanos, firmes, como acabamos de indicar, en su idea de abarcarlo todo y de traer para sí cuanto fuera útil y provechoso á su engrandecimiento, fueron también grandes en sus fiestas, ejercicios y juegos.

Ludi es el nombre con que distinguían á gran variedad de los mismos y á los certámenes, los que se dividían en *circenses* y escénicos, según se ejecutaban en el circo ó en el teatro, siendo los unos estables y los otros positivos.

Subdividiéndose en *Apollinares*, *Augustales*, *Capitolinos*, *Circenses* ó *Magni*, *Compitalicios* ó *Compitales*, *Florales* ó *Floralia*, *Fúnebres*, *Liberales*, *Marteales* y otros muchos que no son del caso enumerar, así como sus solemnidades, bastando á nuestro objeto indicar la mayor de todas, la de los *Ludi sæculares*, á las que seguían las *Saturnales*, las *Lupercales*, la *Terminalia*, *Teralia*, *Metralia* y algunas más, dedicadas á los dioses Sa-

turno, Luperco, Término, á los muertos y á la madre Matuta, que tenía su templo en el foro Boario.

En ellas siguieron las huellas de los Griegos, y las artes desplegaban toda su pompa y magnificencia, exponiéndose grandiosas obras de arte cuando se celebraba algun triunfo y elevaban á los hombres á los honores divinos.

Los juegos que constituían parte principal de las diversiones que solemnizaban estas fiestas, sumaban el número de siete, y que se distinguían con las denominaciones de curules ó ecuestres, gimnásticos ó de atletas, la pompa, el juego de Troya, las luchas á pie ó á caballo y las numaquías.

Los primeros remontaban su antigüedad hasta Rómulo, que se contentó con que corrieran algunos caballos de *Algido*, pelo gris, ó de las lagunas Pontinas, dando así ocasión para que Torquino trazase con empalizadas el recinto del gran circo, adoptando, á ejemplo de los griegos, la moda de uncir dos ó tres caballos en un mismo carro, empezando desde entonces el perfeccionamiento de estos juegos, cuyo recuerdo ha llegado hasta nosotros y los hemos visto reproducidos en la Plaza de Toros por compañías italianas acrobáticas y ecuestres, tal como la que dirigió no há muchos años el Sr. Cinisselli, y que funcionó por algunos años en el derruido Circo de Paul, y en el nuevo y elegante que construyó D. Simón Rivas, hoy convertido en Teatro del Circo del Príncipe Alfonso.

Este grupo que los Romanos, así como los Griegos, titulaban carreras, hoy le conocemos por el *Carrussel*, era el primero que figuraba en el circo—que así como el anfiteatro, las termas y las numaquías describiremos en tiempo oportuno—presentándose después en la liza los atletas, que se dividían en tres grupos: el de los corredores, el de los pugiladores y el de los luchadores; los primeros llevaban el nombre de los cuatro vientos, cuya celeridad debían imitar, cuales eran: Bóreas, Aquilón, Notó y Cierzo; se presentaban desnudos, con sólo un cinturón que oprimía su cintura de los colores blanco, rosa ó azul, asimismo aparecían los luchadores y pugiladores, costumbre ó hábito que con el decoro propio de los espectáculos públicos de la época moderna han se-

guido nuestros gimnastas y acróbatas de hoy, cubriendo su cuerpo con mallas de carne ó de colores diferentes, y oprimiendo su cintura con cinturones de cueros en los ejercicios de la *Saltatoria* y con una especie de sobrevesta de varios colores y á veces de ricas telas en los demás ejercicios.

Los juegos en que se ejercitaban eran los mismos de los Griegos con algunas excepciones, figurando entre ellos los *Cestones*, el *Pentatlon*, semejante al *Prancraccio*, juego el más hermoso de los atléticos, el que se dividía en cinco géneros distintos: el salto, la carrera á pie, el disco, el tirar la lanza y la lucha, los que se hacían siempre al compás de la música, habiendo sido introducidos en las fiestas olímpicas celebradas en la olimpiada 18.

Al llegar á este punto y para seguir el plan que nos hemos propuesto, interrumpimos la relación de los demás juegos y ejercicios que á los indicados seguirán para hacer una demostración exacta de lo que éstos ó algunos de éstos eran, asunto digno de fijar la atención por la preponderancia que el ejercicio de la gimnasia adquirió entre los Romanos, Hebreos, Griegos y Egipcios, hasta el punto de distraer sus vicios el gran Gesileao, corriendo cañas con un hijo suyo de tierna edad y ejercitarse en estos juegos Mucio, Scévola, Mecinas, Sócratas y Scipion, de lo que hace mención Horacio, Plinio, Séneca y D. Diego Saavedra Fajardo.

(Continuará.)

* * *

Pasemos á ocuparnos de los sucesos teatrales que han ocurrido durante la quincena última.

Merece la preferencia la comisión de autores, actores dramáticos y críticos literarios que han acudido al Ministro de Fomento en demanda justa de protección para establecer las bases fundamentales del teatro español nacional, siguiendo las huellas de la comedia francesa, y acordando al mismo tiempo los frustrados propósitos del Conde de San Luis, presentando los trabajos realizados para el logro de tan alto como patriótico bien.

Desaprobar la conducta de la comisión constituída entre los Sres. Cano, Sellés, Valentín Gómez, Picón, Luis Alfonso y el decano de los actores, D. José Valero, sería hacernos reos de lesa contradicción y declararnos abiertamente enemigos de los progresos del arte y de la literatura dramática española; pero por lo mismo que somos decididos y acérrimos partidarios de su progreso y adelanto, y que el teatro nacional llegue á ser un hecho en nuestra patria, como lo venimos probando en nuestros humildes trabajos críticos, inspirados por una fe ciega y una inquebrantable constancia, nos vamos á permitir hacer ligeras y breves observaciones en lo referente á tan importante asunto.

Dudamos que el Ministro de Fomento, que será á no dudar, como todos los que le han precedido, entusiasta protector de las artes, las letras y el teatro, requisito sin el cual parece que falta algo á los que ocupan tan elevado asiento, dudamos, volvemos á repetir, que tome decidido interés en lo que de él se solicita, y esta duda nace de hechos irrefutables que acusan lo inútiles que han sido siempre tales gestiones, por lo que parece que el teatro puso al mundo bajo una influencia maléfica, que le hizo vivir perseguido y vejado aun en los tiempos de su mayor apogeo y bienandanza; fácil nos sería hacer historia sobre este hecho, si de todos no fuera conocido, y, por lo tanto, sin alarde en nosotros de inútil y falsa erudición.

Por otra parte, si el Sr. Pidal tuviera, al fin, un propósito de acceder á lo pretendido por los solicitantes, habría de pararse mucho antes de hacerse solidario del objeto á todas luces laudable que pretenden realizar, porque, forzoso es decirlo, de poco tiempo á esta parte el teatro se ha convertido en una fábrica de moneda falsa y prohibida por las leyes, y la literatura dramática en una máquina de emborronar papel, guiadas ambas manufacturas por un interés personal y de medro capaz de estragar el gusto más exquisito y extinguir la más buena fe y acendrado amor al teatro y á la dramática contemporánea.

Para dar cima á tan gloriosa y difícil empresa, no basta que el Ministro del ramo proporcione los auxilios pecuniarios y

legales que su realización exige; es necesario contar con otros elementos que desgraciadamente, y sin hacerse ilusiones, no existen, y ésta no es, en nuestro pobre juicio, una apreciación baladí, ni una opinión infundada ni mucho menos una utopía ridícula; es una verdad palmaria é incontestable, y si no, vamos á verlo.

¿Dónde están los autores? ¿Dónde los actores? ¿Dónde la abnegación y patriotismo que éstos, así llamados, necesitan para vencer sus injustas pretensiones y su excesivo amor propio y su intolerable envidia, y en vez de hacer el vacío en su derredor, abrir la puerta á los que reúnan condiciones para luchar con brillantez y pujanza, sin usar para con ellos de bajos ardides, sin ponerlos travas ni acudir á otros medios que han hecho fracasar á los que pudieron haber prestado en no muy lejanos días brillo y esplendor á nuestra casi espirante escena? ¿Dónde está el gusto y la afición que el público dispensaba en no muy añejos tiempos al teatro? ¿Dónde encontraríamos, por último—y en el caso de que el Gobierno no llevase la parte administrativa,—dónde encontraríamos un empresario tan desprendido como entusiasta por la realización de tan grandioso proyecto que quisiese hermanar la idea del lucro con su amor al arte?

Estas reflexiones son suficientes para que se medite con calma y con detención sobre tan arduo y escabroso pensamiento, y nosotros confiamos en que los distinguidos críticos Luis Alfonso y Picón, de los que, por lo mismo que no tenemos el honor de conocerlos, podemos hablar imparcialmente, no prestarán su concurso ni directa ni indirectamente á un proyecto que no ofrezca buenos resultados, porque una *plancha* en este terreno y en la situación en que el nuestro se encuentra, sería una derrota depresiva para todos.

Se nos acusaba de demasiado francos y aun de refractarios á los propósitos de la comisión; pero eso no es verdad, porque lo mismo puede fracasar un proyecto amamantado con la adulación y la parcialidad, que salir triunfante marcando los escollos que han de salvarse y las dificultades que hay que vencer.

*
* *

Los socios de la Farmacia organizaron un beneficio en el teatro Felipe en favor de las víctimas de Aranjuez. Los señores Ducazcal, Vela, Sastrus, Beltrán de Lís y Gargollo, en unión de las Sras. Montes y Espejo y los actores Luján, Povedano, Rochel, Ruesga y Lastra, recibieron calurosos aplausos, así como el Sr. Santero en su bien escrita composición, debida á su fecunda pluma.

La concurrencia fué numerosa y escogida, los resultados pingües y el Rey, que en unión de la real familia honró la fiesta, obtuvo una entusiasta ovación.

*
* * *

Los Jardines del Buen Retiro siguen luchando con la inclemencia del tiempo.

La Alhambra inauguró sus tareas por una menos que mediana compañía lírica, dirigida por Carceller, y en la que figura la indispensable Sra. Perlá, que si su mérito artístico estuviera en relación con su presunción, daría quince y falta á la Di-Franco Cortés, Franco de Salas y otras triples de primo cartello.

RAMIRO.





NOVELAS NORTE-AMERICANAS

EL CORONEL.—MI SUEGRA

CONTINUACIÓN (1)

KITTY, por su parte, no había tomado las cosas con más filosofía que su amante. La tarde de la ruptura, después de despedirse de Jonas, se animó mucho porque pensó que podría vencer las preocupaciones de su padre. Sabía que era terco, pero también sabía que amaba tiernamente á su hija, y no podía creer que se decidiese á hacerla desgraciada.

Pero así que pasaron los días y las semanas, sin que su padre llamase á Jonas, comenzó á perder la esperanza. La donçella le hizo saber que había traído una carta para ella y que el coronel la había interceptado.

Poco á poco comenzó á perder su alegría, cesaron sus risas y cantos, y dejó de correr por la casa, como tenía por costumbre.

El veterano advirtió el cambio y se entristeció, pero se consolaba diciendo que el tiempo es un gran médico y que al cabo su hija acabaría por olvidar aquel capricho.

Cierto día el Mayor Mackenzie se presentó con su sobrino. Kitty se negó á bajar al salón.

(1) Véase la pág. 475 del tomo anterior.

—¿Por qué?—le preguntó su padre.—Es la primera vez que te oigo una cosa semejante... ¿De qué procede ese aborrecimiento?

—Desde que V.... en fin, desde el último día que comió aquí... Pasaré al salón si tú lo exiges, papá, pero esto me causará pena. No me encuentro bien.

El coronel no insistió y bajó solo al salón. Con su habitual franqueza se creyó en el deber de participar al Mayor lo que ocurría, lo cual no dejó de extrañar mucho á éste.

—¡Es extraordinario...—dijo—muy extraordinario! Pero, ¡bah! querido coronel, no se inquiete V. por ese capricho... Esto pasará, créalo V.... La madre naturaleza realizará la obra. Yo llegaré en el momento oportuno, casaremos á la niña con Mackenzie, y se consolará del todo.

El coronel tenía mucha confianza en el talento del Mayor, especialmente en lo tocante á los sentimientos de las mujeres; pero apesar de esto, sentía cierta vaga inquietud al observar á su hija.

No quería ésta salir de casa, rehusaba las diversiones y pasaba los días enteros junto á la ventana, sentada en una butaca, mirando correr melancólicamente las aguas del río. No tenía ganas de comer y se había vuelto pálida, tan pálida, que el coronel pensó que era llegado el caso de llamar al médico Strong.

—Kitty—dijo una tarde al entrar en casa,—el médico está abajo. ¿Quiéres verle?

—Pero papá, ¡si no estoy mala!

—No, pero deja que te vea, ¿quieres?

—Como gustes, papá—dijo ella con languidez;—pero te aseguro que estoy buena.

El médico entró, era un hombre pequeño, rechoncho y calvo, que llevaba anteojos de oro. Por fortuna, era un médico serio, que había asistido ya á Kitty con motivo de una fiebre y que la quería mucho.

—Y bien, ¿sufre V. todavía?—dijo al entrar.

—Nada tengo, doctor; pero á mi papá se le ha metido en la cabeza la idea de que estoy mala.....

—¡Hum! ¡Hum!... Veamos el pulso... La lengua... ¿Me

permite V. auscultarla ligeramente?... Respire V. fuerte, señorita.

Terminado este examen, el Dr. Strong no quedó muy convencido de que la joven estuviese completamente buena; pero no encontraba nada tampoco que justificase la languidez y debilidad general que notaba en ella. Como hombre de experiencia que era, pronto conoció que debía existir alguna causa moral á la que fuese debido aquel anormal estado. Medio bromeando observó á Kitty, y acabó de convencerse de la exactitud de sus sospechas.

Contentóse, por lo tanto, con ordenar algunas prescripciones anodinas, y guiñando el ojo al coronel, salieron juntos del salón.

—¿Y bien, doctor?—le preguntó el veterano así que estuvieron solos.

—Sí, esto es—dijo el médico hablando consigo mismo.

—¿Es algo grave?—exclamó el coronel atemorizado.

—Nada hay, absolutamente nada, bajo el punto de vista físico *por ahora*—replicó el doctor.

—¿Cómo *por ahora*? ¿Qué quiere V. decir? Explíquese V., por Dios.

—Digo que esa niña tiene alguna pena profunda que mina su existencia y que no tardará en quebrantar su salud.

—¿Lo cree V. así, doctor?—dijo el veterano, con el tono de un culpable.

—Estoy seguro de ello... ¿Y no sabe V. lo que motiva?...

—¿Yo? ¿Cómo quiere V.?...

—¿De veras? ¿No sabe V. nada? Pues yo se lo voy á decir. Esa joven ama á alguien.

—¡Y aun cuando así fuera!—exclamó bruscamente el coronel.

—¿Es que el joven no le corresponde?

—Yo... yo creo que sí—dijo;—por lo menos...

—¡Ah! Muy bien... ¿Entonces es V. el que no gusta de él?

—¿Y él por qué diablos no es militar?—replicó el veterano fuera de sí.—Sí señor, he resuelto que mi hija no se case con quien no sea militar.

—¿Eso ha resuelto V.?... ¿Y ese joven no lo es?

—Ni siquiera simple soldado.

—Pues bien, mi querido coronel; que sea ó no sea militar, si V. no quiere perder á su hija, no tengo más que un consejo que darle: dejarla que se case con el hombre á quien ama. Tiene el corazón sensible, ¿sabe V.? y...

—¡Oh, bien lo sé!—dijo el coronel con gran turbación.

—Sería, en efecto, raro que hasta hoy no lo hubiese V. conocido. Es una verdadera sensitiva, note V. bien esto, y además valiente, como buena hija de militar. Se morirá sin exhalar una queja.

—¡Por Dios, doctor!—gritó el coronel.—¿Quiere V. decir que Kitty se puede morir de pena?

—Es de lo que trato de convencer á V.—dijo el doctor con tono solemne.

—¡Morir! ¡Kitty morir!—repitió el desgraciado.—¿Pero aún es tiempo de salvarla, no es verdad?

—Nada más fácil. Esto depende enteramente de V.—dijo por conclusión el doctor, despidiéndose.

Cierto es que el prudente Galeno había forzado un poco la nota, pero lo hizo con propósito deliberado. La idea de ver sacrificada aquella encantadora niña á las rarezas de su padre, le había indignado, y por otro lado, el doctor era poco amigo de los militares, ó por lo menos no le agradaba lisonjear sus manías.

El coronel, por su parte, se quedó como petrificado en el vestíbulo, con aire estúpido y las lágrimas en los ojos. Volvió en sí al cabo de un cuarto de hora, sin ocurrírsele otra cosa que tomar el sombrero é irse á pasear sus remordimientos á la orilla del río.

En este intermedio llegó la señora Becky, á la cual no le desagradó la ausencia del coronel.

—¡Cuán dichosa soy en verla á V.!—exclamó la joven.

—No lo dudo un momento, querida mía; pero dejémonos de cumplidos y apresúrese V. á preguntarme lo que está rabando por saber.

—¿Ha visto V. á Jonas?—preguntó con ansiedad Kitty.

—Eso no se pregunta.

—¿Cuándo?

—Ayer mismo. El pobre muchacho da lástima.

—¡Pobre Jonas!—dijo Kitty suspirando.

—Pero V., querida niña, no parece tampoco que tenga buena cara.

—A la verdad, no me encuentro bien.

—Hace V. mal, hija mía, en dejarse abatir así. Bueno que los hombres se desesperen, pero las jóvenes deben soportar mejor sus penas. Y después de todo, ¿qué causa racional hay para que V. sea desgraciada? Jonas la ama á V. y V. le amará siempre...

—¿Lo cree V. así?—preguntó ardientemente Kitty.

—Estoy muy segura de ello. ¿Acaso un hombre puede olvidar á una joven tan encantadora como V.? Es necesario tener más amor propio, hija mía.

—¡Ah! Es que la ausencia...

—La ausencia nada importa. Yo respondo que Jonas tiene impresa en el corazón una verdadera é inalterable fotografía de V. Y luego, ó podremos poco, ó acabaremos por dar cima á esta empresa, á satisfacción de todos.

—¿Hará V. eso, de veras?

—Sí; yo respondo... Mientras tanto, diré á Jonas que la he visto á V., que V. le ama siempre; á bien que esto no hay necesidad de decirlo... Pero V., por su parte, es necesario que se anime, que cante, que se ría, sin perder la esperanza...

Dicho esto, la Sra. Becky se despidió de su amiga, dejándola muy animada, tanto, que el coronel, al sentarse á la mesa, se preguntó si, después de todo, no había algo de exageración en los vaticinios del doctor, respecto al peligro en que estaba Kitty.

Pero la reacción tuvo lugar, y al día siguiente la pobre volvió á sufrir los efectos de su anterior tristeza, lo cual hizo que el coronel se sumiera de nuevo en sus perplejidades.

Por supuesto, Jonas no faltó á la cita de su plenipotenciario.

—Y bien: ¿la ha visto V.?—preguntó á la Sra. Harstrom, sin ceremonia alguna, así que se encontró en su presencia.

—Sí, he pasado dos horas en su compañía.

—¿Cómo estaba?

Fué necesario decirlo todo; referir sus menores palabras y repetir su formal promesa de no casarse con otro hombre que no fuera Jonas.

De este modo se pasó la comida alegremente. Nuestro pobre enamorado no se cansaba de oír repetir á la Sra. Becky los menores detalles de su entrevista; pero al fin y al cabo fué preciso cambiar de asunto, y entonces Jonas recobró su aspecto melancólico, lo cual no es muy agradable cuando se está en la mesa.

—¡Diantre! Jonas —exclamó de repente Carlos,—es preciso que se porte V. como un hombre.

—¿Cree V. que soy de piedra?

—No digo eso; pero, en fin, lo cierto es que nunca le he visto á V. tan triste.

—Porque no había motivo para ello—dijo Jonas con amargura.—Pero ahora mi vida se marchita. La que yo amo va á ser entregada á algún viejo soldado quizás, porque á su padre se le ha metido en la cabeza una idea tenaz...

—Vamos, Jonas, no sea V. injusto. Un padre tiene siempre el derecho de intervenir en el casamiento de su hija. Y luego, reflexione V. que, por su parte, tiene V. un poco de culpa de lo que sucede... ¿Debía V. haber hecho creer á ese anciano que era V. coronel?

—¡Vayan al diablo todos los coroneles del mundo!—exclamó Jonas.

—Bueno; pero, en fin, es necesario reconocer que V. tiene su parte de responsabilidad en este negocio, y yo mismo...

—¿Usted?

—Sí. ¿No fuí yo el que relató al coronel Withers el día que me fué presentado, una supuesta acción militar de gran importancia que le atribuí á V.?

—¿Usted hizo eso?

—¡Ay, amigo mío! Le trasformé á V. en héroe de primera clase.

—Esto es espantoso—dijo suspirando Jonas.—¿Cómo quiere V. entonces que ese hombre no me desprecie? Debo aparecer á sus ojos como el más abominable...

—No lo extrañaría—dijo Carlos,—porque, á la verdad, cuando yo me pongo á inventar algo, lo hago muy bien. ¿No es verdad, Becky?

—Seguramente; te puedes vanagloriar de ello.

—Y he aquí por qué me creo obligado, en estas tristes circunstancias, á darle á V. buenos consejos. Escúcheme usted, Jonas. No hay más que tres maneras de salir del paso.

—¿Cuáles?—dijo dócilmente Jonas.

—El primer medio sería renunciar al casamiento y lavarse las manos...

Jonas sacudió tristemente la cabeza.

—Carlos, ¿á qué viene decir esas cosas?—añadió la señora Becky.

—El segundo—continuó Carlos, sin hacer caso de la interrupción de su esposa,—sería robar á la joven y largarse con ella, como pasa en las novelas.

—Ella no consentirá nunca—dijo Jonas con desaliento.

—Tal es mi opinión—afirmó Carlos,—y por lo tanto, no considero muy feliz ese medio.

—Vamos á ver si el tercero es mejor—dijo la Sra. Becky.

—El tercero—dijo Carlos con aire solemne, mirando á su esposa—sería armarse de valor y esperar con paciencia los acontecimientos, que no dejarían de traer algo favorable á la situación.

—Es lo más prudente—opinó la Sra. Becky.—Por mi parte, creo sinceramente que el coronel acabará por ceder.

—Nunca—exclamó Jonas.—VV. no le conocen bien... ¡Ah! ¡Si yo fuese tan sólo coronel!

—¡Por Júpiter!—dijo Carlos, pegando un salto y derribando un vaso.—¡Creo que he dado en el *quid*!

—¿Qué es?—preguntó la Sra. Becky.

Jonas lanzó una mirada vaga.

(Continuará.)



CRÓNICA POLÍTICA



TERMINÁBAMOS hace quince días augurando que el debate político anunciado en el Congreso por el Sr. Martos, preparado desde larga fecha por el Sr. Castelar, acariciado como un golpe de grandes é imprevistos efectos por la prensa que defiende soluciones más radicales, y solamente temido ó mirado con recelo por el Sr. Sagasta, que sospechaba en algunos de los prohombres de la antigua fusión justas resistencias á aceptar íntegras las soluciones del novísimo credo del partido liberal, no había de responder á la expectativa y á los móviles de las minorías parlamentarias. Casi siempre sucede, en efecto, que las grandes sorpresas nacen de súbito, espontáneamente y de una manera imprevista, perdiendo mucha parte de su novedad y aun del interés que se espera, si se anuncian con énfasis y preparan pomposamente con encomiásticas promesas. Propio es de la naturaleza humana formarse en tales casos ilusiones difíciles de que en el terreno de la realidad se cumplan.

El último debate de la terminada legislatura ha dado nueva ocasión á espléndentes manifestaciones oratorias, y una vez más declara maestros á nuestros políticos en el arte de combinar esa lujosa pirotécnica de palabras, esos ramilletes artificiales, agradables siempre, aunque muy vistos, y de poca trascendencia al apagarse los fuegos en forma de estrellas

de variados colores, y al desvanecerse en el aire los postreros estallidos de las salvas. El último debate ha sido la síntesis de todas las vehementes y apasionadas invectivas opositoras que, arrancando de los disturbios escolares, en los comienzos de la legislatura, han imposibilitado la sosegada discusión de algunos importantísimos proyectos. Nada nuevo en los cargos amontonados con empeño por un sistema obstruccionista fatal al desarrollo de los ideales.

Sin embargo, tal suceso político, suceso que ha tenido el privilegio de ser comentado con mayor viveza durante los pasados días, merece una reseña breve, pero bastante á poner los puntos más salientes á la vista del curioso.

* * *

El Sr. Martos se distingue entre los grandes oradores formados en el Parlamento por la intención de sus invectivas, lo acerado de sus censuras, lo ingenioso de su dialéctica y hasta la originalidad de su espontánea elocuencia. Motivos había para esperar una oración de gran efecto; pero faltaba asunto, ó mejor dicho, el asunto era trillado y venía ya minuciosamente debatido bajo todos sus aspectos. No es extraño que no alcanzase á producir la sensación que se esperaba. Convirtió en materia de oposición al Gobierno el imprevisto viaje del Rey á Aranjuez, cuidando el antiguo leader de la democracia que sus palabras y conceptos incluyeran grandes elogios al animoso Monarca; vituperó la influencia ministerial en la administración de justicia, dirigiendo agrias censuras al Ministro del ramo; pintó la coalición de las elecciones municipales como un propósito de levantar de su sueño al cuerpo electoral; afirmó la compatibilidad de la democracia con la monarquía, recordando que él es antiguo demócrata y está hoy en la monarquía y dentro del partido liberal, y terminó declarando lo que era evidentísimo, que este debate había perdido el encanto retórico antes de empezar, sin que fuera posible esperar de la discusión ningún resultado político inmediato. Poco le costó al Ministro de Gracia y Justicia, Sr. Silvela, poner en situación airosa al Gobierno y á la política que representa por medio del aticismo de su lógica in-

vencible. Es un hecho que los argumentos del Sr. Martos no eran nuevos ni revestían la seriedad que se esperaba, tratándose de un jurisconsulto de su talla y de un adversario de las altas dotes del Ministro encargado de contestarle.

Una de las notas salientes de la interpelación ha sido el discurso del Sr. Castelar. Cuatro horas de estudiadas frases poéticas, divididas en dos jornadas por un descanso artísticamente calculado; cuatro horas de descripciones pintorescas en las que profusamente aparecen soles refulgentes, planetas en evoluciones caprichosas, materia cósmica en creación constante, anécdotas curiosas, historias con profuso acompañamiento de Pontífices y Reyes convencionales, monjes y filósofos soñados, todos aquellos vagares de la fantasía tan propios y característicos del eminente orador republicano, no podían cansar al público, hechizado siempre por aquella melíflua palabra. Encargóse de poner término á la peligrosa ilusión el Ministro de Fomento, Sr. Pidal, más amigo de la realidad que de los artificios, más aficionado al fondo que á la forma, y dotado de una palabra fogosa cual ninguna, palabra que se dirige al fin propuesto sin desmayos y envuelve con irresistible lógica al adversario de más talento. La oratoria del Sr. Pidal no es sólo la que por su espontaneidad seduce, sino la que por su elocuencia rinde, convence, avasalla. Vulnerable flanco presentaba á los dardos del Ministro de Fomento la acomodaticia conducta del jefe del posibilismo republicano, y puso en evidencia todas las grandes contradicciones de su historia política, tratándose de idénticos casos y de las mismas personalidades; destruyó una por una todas las ideas sustentadas por el poeta de la política, rectificó las citas y adujo tales pruebas y tales textos, que la Cámara popular hubo de prorrumper en entusiastas aplausos, el Sr. Castelar apareció vencido ante un impugnador de tal valía.

«El Sr. Castelar—terminaba diciendo el joven Ministro,—no tiene ya por la república más que un culto, no tiene más que un culto ideal verdaderamente platónico, no tiene aquella fe viva que dan las cosas que se encarnan en la realidad; porque S. S. comprende, y comprende bien, que todo puede ser en la tierra, todo menos la república que sueña S. S.,

porque si la república es democrática, si la república es anárquica, si la república es el sufragio universal, si es de soberanía nacional inmanente, si es de todo género de libertades, si es una república de muchedumbres, S. S. no tiene ya á esas muchedumbres, y si es la república conservadora, la república de la artillería, de la caballería, de la infantería, de los carabineros y de la Guardia civil, S. S. no tiene tampoco fuerza con esos elementos; ¿y sabe S. S. por qué? Porque S. S., obedeciendo á una gran rectitud de su conciencia, se ha asustado de su propia obra en todos sentidos; y así como se asustó S. S. después de sus predicaciones incesantes del federalismo, de los cantones españoles, así después de un largo período de dictadura se asustó del sable del General Pavía cuando penetró en este recinto; por tanto se halla su señoría sin fuerzas para lo uno y para lo otro. No puede inspirar á las clases conservadoras la confianza que inspira un hombre enérgico que en el momento de una catástrofe se arroja decidido á salvar el arca santa de la patria, porque su señoría, que tiene hasta cierto punto ese valor, flaquea en cuanto se encuentra enfrente de una mayoría anárquica y revolucionaria, y por otra parte, no tiene S. S. el prestigio que tenía sobre aquellas muchedumbres que aclamaban á su señoría como á un ídolo; no tiene S. S. aquel poder que su señoría tenía por su palabra, porque toda aquella miel que su señoría había extendido sobre las hojuelas de la república, la arrojó S. S. como impropia de su boca en los labios de los republicanos federales. Por lo tanto, S. S. no tiene de la república nada más que una cosa, que es el peligro que encierra, y anda S. S. verdaderamente como un fantasma, dando vueltas alrededor del recinto murado de la monarquía, para ver si hay un Conde D. Julián que le abra las puertas del Estrecho. En vano espera S. S.; los partidos monárquicos jamás se unirán á S. S.; ni estos ni aquellos monárquicos. En vano S. S. tiene á las puertas de la ciudad preparado el caballo de Troya, para que, introducido en el recinto de la plaza, se produzca el incendio y la ruina. Por eso yo le hiero en el flanco, para que se descubran los intentos; porque si llegara S. S. en alas de su política de *benevolencia* á los parti-

dos liberales á penetrar en el campo monárquico, y allí, verdadera caja de Pandora, se abriera dejando desbordar todos los males de su seno, ¿qué quedaría en este desdichado país? ¿Qué quedaría, señores diputados, de la nación española? ¡Ah, en el fondo de la caja de Pandora quedaba la esperanza, aquí nos quedaría la esperanza también! ¡Esperanza triste! La esperanza en una segunda edición de los arrepentimientos de S. S.»

Los papeles se habían trocado. El interpelado era ahora interpelante y desempeñaba su cometido con tal acierto, que llegó á causar la admiración de sus mismos adversarios.

*
* *

Segunda parte del debate político provocado por el señor Martos pueden llamarse los discursos de los Sres. Labra, Romero Robledo, Portuondo, Sagasta y Cánovas del Castillo.

Dijo ante todo el Sr. Labra que no pertenecía á ninguno de los tres partidos ó divisiones de la democracia, formados después de rota la república; pero apesar de eso, consideraba que sus palabras eran un eco de la democracia como medio de llegar á una gran concentración de fuerzas democráticas y genuinamente gubernamentales.

Es en efecto el Sr. Labra una persona que vive casi siempre fuera de la práctica de la vida, y lo mismo cuando se ocupa de las cuestiones ultramarinas que cuando juzga las cuestiones de la Península, lo hace bajo un criterio especial y es considerado, según dijo no hace muchos días el Sr. Sagasta, como un *solitario* en medio de las contiendas que las agrupaciones políticas sostienen entre sí. Entrando en materia, hubo de hablar forzosamente de todas las cosas que ya habían sido objeto del debate, y por último, se fijó en los actos del Rey, cubiertos por la responsabilidad de sus Ministros, pero criticándolos bajo el nombre de actos ministeriales, para venir á parar á la especie de bomba final con que terminó su fuego de artificio, á saber: que dados los antecedentes, indicios y circunstancias, resultaba de toda la situación política la elevación del poder real y el rebajamiento del sistema representativo y parlamentario.

Levantóse á refutarle el Ministro de la Gobernación, señor Romero Robledo, quien con gran fuerza en la argumentación, elocuencia en la frase, energía en los apóstrofes, y mucha habilidad para buscar el flaco del adversario y acometerle decidido, supo demostrar el amor á la legalidad y la cohesión del partido conservador, cuyos representantes unánimes le aplaudían.

Fatigoso es seguir paso á paso las peripecias de una discusión tantas veces repetida. Baste decir que el Sr. Portuondo, republicano de marcadas aficiones al repertorio progresista, empleó su estilo ameno y correctísimo en jeremiadas acerca de la división de los partidos en legales é ilegales, y que después de una contundente réplica del Sr. Pidal, tomó la palabra el violento leader del fusionismo. El discurso del Sr. Sagasta; preñado de nebulosidades y lamentables olvidos, puede calificarse de arranque tribunicio, pero no de disertación razonada de un hombre de Estado ni del jefe de un partido. Dijo que iba á la democracia como ideal sin ser demócrata; estuvo equivocado al tocar la importantísima teoría del sufragio y otros puntos capitales de sus confusas creencias; pero aduló el poder real y quiso defender á capa y espada las facultades de la monarquía. Bien dijo el señor Cánovas, que el jefe de la fusión es tan enemigo de la consecuencia como de los textos y demostraciones.

Tales antimonias en un talento clarísimo proceden, ya de la falta de esos profundos estudios en que se forman los grandes estadistas de todas las escuelas, ya de la fijeza en principios, doctrinas é ideales.

*
* *

Párrafo aparte exige el doctrinal discurso del Sr. Cánovas del Castillo.

Resumen brillante del acalorado debate, lección muy prudente de tacto y mesura, fué aquel discurso una nueva manifestación de las privilegiadas dotes de serenidad y talento que nadie puede negar al Presidente del Consejo de Ministros.

Rechazando ataques con una argumentación tranquila y vigorosa, fijó el racional concepto de la opinión pública; ex-

puso y comparó la legalidad de los procedimientos en diferentes situaciones y principalmente en las presididas por el Sr. Sagasta, presentando como testigo de mayor excepción al Sr. Castelar; condenó las coaliciones por inmorales; explicó su actitud franca y resuelta en lo relativo á la visita del Rey á los pueblos epidémicos, y entró en el examen de la cuestión del sufragio universal y de la democratización del partido liberal dinástico, como hasta aquí se ha llamado.

Como importante premisa, el orador sentaba la siguiente doctrina:

«Yo tengo que decir que para mí la soberanía nacional no es la voluntad de un número cualquiera de individuos, ni grande, ni pequeño, ni unánime; que la soberanía nacional, como su mismo nombre lo indica, es la voluntad de la nación, y que una nación no es una reunión de hombres fortuitamente reunidos y aglomerados en cualquier parte. La soberanía nacional es aquel estado de la voluntad de la nación que nace de sí misma, está, por lo tanto, conforme con su espíritu y con su naturaleza, y que cuando la voluntad de la nación no sale, no brota de su propio espíritu, sino que se lanza por otros caminos y sustituyen á su vida histórica los caprichos momentáneos de la pasión ó de la aritmética, la nación no ejecuta entonces, no puede hacer nunca en tales casos, actos de verdadera soberanía...»

Y hablando de sus procedimientos futuros, añadía:

«Si se cometiera alguna vez en este país la que yo calificaría de imprudencia sin ofender á nadie; pero, en fin, si se cometiera la solemne imprudencia de no imitar la conducta del partido conservador y de los autores de la Constitución de 1876, que dejaron allí libre la forma del sufragio para que en todo caso los distintos partidos, sin tocar á la Constitución, pudieran ponerle en práctica; si contra esta prudencia y estos antecedentes, cuya honra reclamo para mí y para mi partido, hubiera alguien que tratase de atar, de encerrar en una Constitución una forma determinada de sufragio, cualquiera que fuese, como las formas del sufragio son variables, como la ciencia tiene mucho que decir y estudiar acerca de esto, como el sufragio universal en la forma determinada en

que algunos le defienden es anticientífico y antirracional, yo no me comprometería á respetarlo ni un instante siquiera, fuera de aquel á que el respeto de la legalidad me obligara.»

Patentizó las contradicciones en que ha incurrido el señor Sagasta, declarándose hoy partidario del sufragio universal, que hace diez y ocho meses era para él, según palabras textuales de uno de sus discursos, la degradación de la monarquía; vino á probar que la forma democrática del sufragio universal, la brutalidad del número, es una doctrina que pone á discusión las bases fundamentales y necesarias de la sociedad española, y añadió entre otras convincentes razones y terminantes pruebas:

«He citado ya á Inglaterra, he citado á Italia, he dicho ya lo que acontece en Prusia, y todo el mundo sabe que tampoco en Portugal hay sufragio universal, y bien se puede decir que si no es absolutamente exacta, porque hay algunas excepciones, la declaración que hace diez y ocho meses hizo aquí el Sr. Sagasta de que el sufragio universal no estaba establecido en ninguna monarquía constitucional, es casi del todo cierta.

Era cierta, y me conviene hacer notar que era todavía más cierta la afirmación del Sr. Sagasta respecto del peligro que hay, en las circunstancias económicas de la sociedad presente, en conceder á lo que se ha llamado cuarto estado, ó sea al proletariado, una influencia predominante en la política del país. Así como así, está llamando la atención de los hombres mas liberales de Europa el gran desarrollo que toma, no solamente en los países autoritariamente organizados, sino en los países más libres de la tierra, el socialismo del Estado, y este socialismo del Estado tiene por causa la influencia creciente del espíritu democrático en los Gobiernos, que sustituyen el interés de todos, el interés del mayor número, al interés de los más dignos, al interés de los que trabajan, al interés de los que producen, al interés de los que se ponen al frente por sus fuerzas y por su inteligencia del movimiento social.

Si esto, que es incontrastable, se refuerza dándole á la democracia, no ya la influencia moral que nace del predomi-

nio que va tomando en muchas partes, aun sin contar con el sufragio, sino además el elemento material, normal y legal del sufragio, el Sr. Sagasta tiene completamente razón; no sólo peligran las monarquías, sino que peligran todas las instituciones sociales. Tales son los móviles, sin que yo crea necesario extenderme más, ni la hora ni la ocasión me lo permiten; tales son los móviles que he tenido yo; no para levantar una nueva bandera, que por otra parte tenía ya levantada en otras ocasiones, sino para recoger del suelo la bandera que ha dejado caer el Sr. Sagasta, y decirle al país: esos son los peligros y los inconvenientes del sufragio universal. La Constitución de 1869, cualquiera Constitución, sin el sufragio universal, sería mucho más viable y más compatible con la monarquía y con el orden social, que la Constitución de 1876 ó cualquiera otra Constitución, por conservadora que fuera, con el sufragio universal.»

Más que evidenciadas quedaron las incongruencias de los que, según las circunstancias y en asuntos tan trascendentales como el sufragio, renuncian tan fácilmente á sus antiguas opiniones.

* * *

Réstanos consignar dos palabras sobre la crisis que para nadie era hace días un misterio. Terminada la legislatura, han insistido en presentar su dimisión, por motivos de excesiva delicadeza ó puramente personales, dos Ministros del Gabinete.

No es una crisis parlamentaria ni tampoco política. El Vicealmirante Sr. Pezuela es el continuador de los planes del Sr. Antequera en el Ministerio de Marina, como el Sr. Villaverde lo es de la política del Sr. Romero Robledo en el importante departamento de la Gobernación.

Las declaraciones oficiales nos presentan únicamente un cambio de personas, sin influencia trascendental en la marcha de los públicos negocios, puesto que siguen siendo los mismos los elementos más caracterizados del Gabinete.

S.



REVISTA EXTRANJERA

FUNDADAMENTE supusimos que las hostilidades no cesarían en el Annam, por más que se firmase la paz entre China y la República francesa. Las conquistas más ó menos francas son costosas y suelen tardar en ser un hecho, aun en el caso de que lleguen al fin á consolidarse.

Dícese que el General francés Courcy, habiéndose personado en Hué con importantes fuerzas «para presentar con toda pompa el nombramiento que le acreditaba como Representante general de Francia en la corte del Emperador annamita,» se vió atacado durante la noche por millares de soldados del Annam; montó á caballo, y «con su artillería é infantería,» rechazó la acometida y castigó severamente á los agresores.

Los telegramas añaden que el Regente del Imperio annamita, llamado Nguyen-Von-Thuong, está en poder de los franceses y que el General Courcy ha puesto precio á la cabeza del Ministro de la Guerra. El joven Rey ha logrado fugarse.

El Reino del Annam está hoy sin Gobierno, dicen ahora los franceses, y es menester darles uno muy pronto, si no se quiere que la anarquía prospere y la insurrección sea general y cien veces más costosa que la invasión de las hordas chi-

nas. Renunciemos al sistema de un protectorado, puesto que es impracticable. Para que la pacificación sea un hecho, hagamos que allí impere un régimen militar inflexible.

Verdad es que hay cierta compensación excelente é inmediata de la sangre vertida. En el palacio de Hué, ha dicho la prensa, se encuentra el tesoro y el depósito de las riquísimas joyas de la corona, almacenes de bordados, sedas y drogas, perlas y diamantes, los tesoros de la Reina madre y los que pertenecen á las provincias. Del mal el menos, dicen los conquistadores enumerando esas grandes riquezas.

¡Cuántos sacrificios de hombres y de dinero costará todavía el Tong-King á la República francesa!

*
* *

Otra noticia de sensación hemos leído en la prensa de París, noticia que afecta á la presidencia de la República.

Dícese que Mr. Grévy, al espirar el plazo de sus poderes, no solicitará en manera alguna los sufragios de las Cámaras. Mr. Grévy está decidido á no hacer valer sus títulos á la renovación de su mandato presidencial.

En el mes que precede á la reunión de las Cámaras en el Congreso, dará á conocer Mr. Grévy esa resolución en un mensaje dirigido al país. Las razones que le mueven á adoptar esa resolución son, según el *Gaulois*, las siguientes:

Aunque tiene Mr. Grévy una confianza absoluta en la duración de la República, no se le ocultan las dificultades que ofrecerá la nueva legislatura. Teme que sea imposible constituir una mayoría gubernamental y que el poder ejecutivo, en un momento dado, se vea en la necesidad de una disolución ó de un golpe de fuerza en presencia de las maquinaciones revolucionarias. Mr. Grévy cree que no está ya en edad de correr semejante aventura, y que esa empresa incumbe más bien á otro hombre que haya merecido el descanso menos que él.

El candidato del Elíseo á la sucesión presidencial, ya abierta, es Mr. de Freycinet. El presidente y sus amigos están trabajando ya para constituir una mayoría que adopte

esa elección y la haga prevalecer en el momento oportuno.

Cálculos son estos cuando menos oportunos, encontrándose tan cercano el plazo en que terminan los poderes presidenciales conferidos á Mr. Grévy.

*
* *

El correo nos trasmite las importantes declaraciones del nuevo Gabinete inglés. He aquí las palabras del Presidente del Consejo de Ministros, Marqués de Salisbury:

«El Gobierno actual necesita reanudar la política de sus predecesores en el punto en que la dejaron y conducirla al resultado que le parece el más compatible con el interés público. Hay compromisos contraídos, y el primer deber de todo Gobierno es velar por que los compromisos del Gobierno inglés sean guardados.

»Esta declaración es aplicable principalmente á la cuestión de la frontera afghana. El punto más importante de esa cuestión se refiere al desfiladero de Zulfikar. Inglaterra ha prometido que ese desfiladero quede en el territorio del Afghanistán y no podemos retirar esa promesa.

»La defensa de nuestros intereses en aquellas comarcas, no debe, por otra parte, depender de los tratados ó convenios que los Soberanos de esas comarcas estén dispuestos á concluir. Cultivaremos, y espero que con fruto, la confianza y la amistad del emir del Afghanistán; pero la defensa de nuestras posesiones debe depender de preparativos cuidadosamente combinados y ejecutados enérgica y rápidamente para la defensa de nuestra propia frontera en todos sus puntos débiles. Habrá que establecer baluartes propios para proteger, no sólo los puntos en cuestión, sino que se extiendan bastante lejos para impedir que la corriente de una guerra pueda alcanzarlos.»

Pasando luego el Marqués de Salisbury al examen de los asuntos de Egipto añadió:

«Las dificultades de esta cuestión son enormes. Antes de decidir una política definitiva, es preciso consultar todas las personas experimentadas, y el punto más importante será

pesar de tal manera nuestras resoluciones, que una vez hechas no tengamos que retractarlas.

La primera dificultad es el enemigo victorioso en la frontera, en Khartum y en Suakin. Hasta que se haya triunfado hay que considerar su fuerza como uno de los peligros del Egipto.

De consiguiente, la cuestión militar es de una importancia primordial. Luego habrá que examinar cómo podrán emplearse las fuerzas de Egipto para mantener alejada esa corriente de barbarie fanática y sanguinaria, cómo deberán quedar aseguradas las fronteras eventuales del Egipto, para que la civilización que deseamos dejar tras de nosotros sea floreciente y esté bien garantida en el momento de retirar nuestra mano protectora.

La dificultad militar es grande; pero la dificultad política relativa al Sudán es quizá mayor todavía. No podemos abandonar enteramente esas provincias á su suerte: hay que discutir estas cuestiones: ¿Qué parte del Sudán deberá quedar bajo el Gobierno actual de Egipto? ¿Qué parte debe ponerse bajo el amparo militar del Egipto que no sea de temer un ataque de las fuerzas del desierto? Hay que resolver estas cuestiones antes de que podamos decir que hemos puesto en seguridad el Egipto y pagado la deuda que con él hemos contraído por nuestra intervención y el efecto de nuestra acción.»

Es decir, que el Ministerio conservador inglés recientemente constituido, se verá por de pronto obligado á seguir la política de Gladstone; una sola modificación sufrirá el programa de éste. Los ingleses no abandonarán Dongola, y el alto Egipto será defendido.

El mismo Lord Salisbury añadió en conclusión:

«Otra de las cuestiones más importantes es la de las dificultades financieras, y hasta que esas dificultades hayan sido resueltas, nada puede hacerse. Si no fuera posible descartarlas, habría que salir del atolladero por medio de la más estricta economía; pero sin que se haya establecido en Egipto un presupuesto satisfactorio, nada puede hacerse. Entonces será cuando se presentarán las dificultades de asegurar su

frontera contra sus enemigos, de determinar sus condiciones políticas y de fijar sus relaciones con los vastos territorios que han sido teatro de tantos acontecimientos.

»Sólo cuando todos estos asuntos queden arreglados será cuando vendrá la cuestión muy seria de las relaciones internacionales del Egipto con los demás países. Una política circunspecta, necesaria para tratar todas estas cuestiones, exige tiempo. No es posible restablecer al Egipto en las condiciones en que se hallaba cuando el desembarco de nuestras tropas, si no disponemos de un tiempo bastante largo. El Khedive ha sido siempre leal con nosotros, y de consiguiente estamos ligados á él por consideraciones de honor.»

La política que bien puede llamarse de aventuras y que tanto ha venido preocupando á las naciones, tiene ya sus naturales consecuencias y preocupa de una manera muy seria en todas partes.

En Italia el Ministerio Depretis parece asegurado, pero sin el concurso de uno de sus colegas. La política colonial pierde terreno en el Parlamento, y no lo dudará Mancini, á quien este cambio en la opinión y en la Cámara priva de su cartera y le excluye de toda combinación por el momento.

De Constantinopla dicen que los trabajos de defensa del Bósforo han quedado en suspenso, porque existe la convicción de que todo peligro de colisión entre Inglaterra y Rusia ha desaparecido.

* * *

Mr. de Freycinet, Ministro de Negocios extranjeros de Francia, ha dirigido á los agentes de la República en el extranjero, una circular encargándoles que entreguen á los Embajadores de las potencias cerca de las cuales están acreditados, la serie de actas de la comisión que se reunió en París para formular un proyecto de convenio internacional relativo al canal de Suez. Esas actas han sido reunidas en un volumen, el cual ha sido remitido, no sólo á las grandes potencias, sino también á las de segundo orden.

Las actas consignan las resoluciones adoptadas por la co-

misión de París y enumeran los puntos en que no pudo llegarse á un acuerdo. Respecto de estos puntos, Mr. de Freycinet encarga á los representantes del Gobierno de la República que provoquen un cambio de impresiones; pero no hace proposición de ningún género y hasta hace notar que ninguna proposición podía formularse antes de conocer la opinión y los sentimientos del nuevo Ministerio inglés.

Resultan, pues, prematuros los anuncios que en determinados telegramas han circulado de que iban á reanudarse inmediatamente en París las negociaciones entre las potencias acerca de la libre navegación por el canal de Suez y de la neutralización que se desea.

*
* *

Bismarck prosigue sus planes de engrandecimiento del Imperio con una insistencia, con una perseverancia que maravilla.

Desde el momento en que murió el anciano Duque de Brunswick, á nadie pudo ocultarse en Europa que jamás subiría al pequeño trono vacante, mientras Prusia tuviese en la mano el cetro de Alemania, el Duque de Cumberland legítimo heredero de aquel ducado y pretendiente también á la corona de Hannover.

La actitud que tomó inmediatamente el General de Prusia, gobernador militar del ducado, indicó á las claras cuáles eran las miras é intenciones del Gran Canciller del Imperio. Aquel General publicó una proclama en la que implícitamente se declaraba la caída del Duque de Cumberland. Se imponía el derecho de la fuerza.

Pero no existe acto ilógico que no pueda justificarse ó cuando menos revestirse de ciertas apariencias legales. Después de haber Prusia notificado á los Gobiernos federales su decidida voluntad de no ceder á las pretensiones del Duque, rogó á los representantes oficiales del Consejo federal de Brunswick que se reuniesen en Berlín para deliberar y tomar acuerdo acerca del... derecho dinástico. Y lo notable es que los miembros de aquella flamante asamblea acaban de decla-

rar que el trono de Brunswick no debe ser ocupado por el Duque de Cumberland, fundando muy seriamente este singular aunque esperado acuerdo, en el hecho y no en el derecho.

Muy basada nos parece una hipótesis que un periódico extranjero formula ahora de la siguiente manera:

Supongamos que mañana muere el Rey de Baviera ó muere el de Sajonia; ¿podrá el Gran Canciller de Alemania, apoyándose en la razón del hecho y no del derecho, impedir también que ocupen el trono los legítimos sucesores de los difuntos Reyes?

El derecho de la fuerza, decimos nosotros, es hoy, como fué siempre, superior en el mundo á la fuerza del derecho, aunque en este último se confundan los respetables intereses y las gloriosas tradiciones de toda una antigua dinastía.

El hecho histórico se repite. Nada tiene de nuevo ni sorprendente.

A.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Memoria *relativa á la excursión verificada por los alumnos de tercer año de la Escuela especial de Ingenieros de Montes á los montes públicos, dunas y alcornocales de la provincia de Gerona, escrita por D. PRIMITIVO ARTIGAS, profesor de la Escuela especial del ramo.*—Un tomo en 4.^o mayor de 132 páginas.—Madrid, imprenta de Moreno y Rojas, 1885.—Se vende á 6,50 pesetas ejemplar en las principales librerías.

Es el Sr. Artigas uno de los ingenieros que con más fe dedican su actividad al estudio de las ciencias naturales. Hombre de acción y de gabinete, aprovecha las vacaciones de verano en que queda libre de sus tareas del profesorado, para recorrer á sus expensas muchas de las provincias, particularmente las enclavadas en el antiguo reino de Cataluña, y aun en ocasiones, llega á los Alpes y Landas de Burdeos para examinar

los trabajos de repoblación y encespedamiento, ó ver los hermosos pinares que, merced á la iniciativa del inolvidable ingeniero Mr. Brémontier, han sustituido á las arenas voladoras del departamento de Burdeos.

Por consiguiente, la *Memoria* que acaba de publicar el Sr. Artigas no es uno de esos trabajos que se forman con las noticias y datos reunidos en un mes de viaje, no; es el fruto de bastantes años de estudio. Por eso contiene descripciones tan acabadas de los alcornocales é industria taponera de Cataluña, y hace una crítica tan concienzuda de los diferentes sistemas de descorche, fijándose en el ideado por Mr. Capgrand-Mothes, cuyas ventajas é inconvenientes analiza magistralmente.

La parte que en su *Memoria* dedica el ilustrado ingeniero á la descripción de las dunas del golfo de Rosas y los medios que propone para evitar

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

el continuo avance de las arenas, que van sepultando hermosos caseríos y amenazan la existencia de pueblos enteros, merecen toda la atención de nuestros gobernantes. Urge que se sigan las atinadas indicaciones del señor Artigas antes que el daño sea punto menos que irremediable. ¿Habríamos de permanecer impasibles cuando se nos señala el mal y se manifiesta el modo de evitarlo con la seguridad y convicción que lo hace el digno catedrático de la Escuela de Ingenieros de Montes?...

La *Memoria* que nos ocupa encierra excepcional interés para los propietarios de alcornocales. Teniendo presente lo que en ella dice el señor Artigas, conseguirán obtener mayor producto de sus montes, sometiéndolos á un aprovechamiento racional y científico.

La *Memoria* del Sr. Artigas, que obtuvo merecidos elogios de la Junta facultativa de Montes, debe figurar en la colección bibliográfica de todos los amantes de la naturaleza, y tiene el mérito singular de no ser una simple compilación, sino que está formada con observaciones propias, fruto, como queda dicho, de los afanes del Sr. Artigas.

Es un libro verdaderamente útil. ¿Qué más hemos de decir en su elogio?

A.



Colección de escritores castellanos.—*Horacio en España: Solaces bibliográficos de D. Marcelino Menéndez Pelayo.*—Segunda edición refundida.—Tomo I.—Precio, 5 pesetas.

El libro se reduce á dar cuenta de los traductores y comentadores de las obras de Horacio en nuestra penínsu-

la, sin excluir á Portugal. Empresa difícilísima y más ardua cada día para otro ingenio que no sea el del señor Menéndez Pelayo, por más que haya dicho en la primera edición «que fué pasatiempo de estudiante que buscaba solaz en la bibliografía, rendido y fatigado de ciertas explicaciones de *metafísica krausista* que el reglamento le forzaba á oír, y de las cuales sacó el provecho que fácilmente imaginarán los lectores.»

Más adelante manifiesta que si el lector benévolo halla alguna noticia curiosa y quizá nueva, quedarán cumplidos sus anhelos.

¿Y cómo no encontrarla tratándose de asunto literario tan debatido en España durante siglos, ó mejor dicho, escuela literaria acerca de cuya excelencia ni aun era permitido dudar?

La escuela *horaciana* tiene abogado de competencia suma en el señor Menéndez Pelayo, para ofrecer interés en cuanto á ella se refiera.

Además, Horacio, con respecto á la forma, al arte, es, sin duda, y lo será siempre, el mejor modelo que pueda ofrecerse.

Si en el día se le mira con desdén, si ha decaído su influencia, sin que el célebre poeta Quintana y otros muchos clásicos del siglo pasado hayan logrado restablecerla, no es por falta de belleza, elegancia y primor; consiste en que nuestra manera de sentir no puede ser como la de un romano del siglo de Augusto. Las esferas de nuestro espíritu se han ensanchado, si bien con respecto á la composición seamos inferiores á los autores latinos. Les falta el entusiasmo, la inspiración, parte esencial de la poesía, que no es arte métrico solamente. De seguro que la prueba más cierta del genio superior de nuestro Garcilaso

consiste en mantener el interés de sus lectores con asuntos tan triviales y faltos de verdad como emplea en sus églogas, imitadas de los autores latinos.

Horacio no podía sentir de otro modo que sus contemporáneos: el amor para ellos se cifraba en las perfecciones de una cortesana elegante, cuando no en cosas peores; el perfecto estudio del alma era el estoicismo, nada de los sublimes arrebatos que las maravillas de la naturaleza inspiran, el amor á la humanidad, las virtudes privadas. Horacio reserva su estro poderoso, su briosa energía, para cantar la grandeza de Roma, del Imperio, la gloria del Lacio, si acaso para enaltecer á un tirano amañero y suspicaz como Augusto, pero ante quien se postraba el mundo conocido.

He ahí la razón de que su escuela haya venido á menos: los grandes sentimientos inspirados por el cristianismo han engrandecido la literatura moderna, y tal vez sin darnos cuenta preferimos, con fundamento, solamente la máxima de *Bienaventurados los que lloran*, á todas las bellezas átesoradas en las obras del poeta venusino.

Sin embargo, su mérito es de aquellos que no están sujetos á tiempo ni lugar, en cuanto á la forma; pura y hermosa la crítica universal se halla conforme en declararlo así, y el señor Menéndez Pelayo considera á Horacio como modelo lírico que más se presta á la imitación, para los poetas neolatinos y españoles sobre todo.

Podrá ser verdad que únicamente sea poesía lírica de buena ley la poesía llamada *erudita*, y que de ésta la mejor, la más sencilla y natural, la más briosa y concisa, es la *horatiana*.

Si esta es la opinión del Sr. Menén-

dez Pelayo, si la admite en absoluto llevándola al extremo sin salvedades ni distingos, temo vaya quedando solo en el palenque, apesar de su reconocida autoridad de famoso justador literario, abandonado de mantenedores que le acompañen en lucha tan aventurada.

De cualquier modo, es de alabar su constante empeño en sostener su divisa y digno de agradecimiento para las letras españolas el propósito de eternizar el nombre de muchos que á ilustrarlas se dedicaron.

El lector juzgará leyendo el libro lo que de otro modo falta espacio para intentar persuadirle.

*
* *

La cuestión de Cuba en 1884.

—*Historia y soluciones de los partidos cubanos, por Juan Gualberto Gómez.*—Un cuaderno en 4.º—Precio, una peseta.

El asunto es de vital interés, y el autor no escasea las consideraciones más tristes para demostrar el peligro extremo á que ha llegado la grande Antilla.

De lo escrito se deduce que la situación de Cuba es crítica, angustiosa, verdaderamente lamentable; pero que ni esta situación nace por un golpe de sorpresa, ni es absolutamente imposible remediarla, si hay voluntad y energía para hacer los sacrificios necesarios y tomar las resoluciones que imponen las circunstancias.

¿Habrá encontrado las mejores el Sr. Gómez? Lo duda él mismo, pero sacrifica sus convicciones en aras de lo posible. No es corto el sacrificio, en que desde luego no será imitado por los partidos que dividen á la población cubana.

De ahí, en nuestro concepto, que no pueda admitirse la primera y más fundamental de sus conclusiones, practicando resueltamente una política de confianza, en vez de inspirarse en principios recelosos y de fuerza, y acabando con el régimen militar y los estados de sitio.

Mala ocasión de conseguir esta confianza cuando las noticias últimas anuncian el desembarco de una partida de filibusteros y su ataque y dispersión inmediata por las tropas del Gobierno.

Mientras haya quien apele á las armas y viva en conspiración permanente contra lo establecido, la confianza se llama imprevisión y el recelo prudencia. Estos han sido los principios naturales admitidos por todos los pueblos, y por cierto que no han variado de sistema en sus relaciones coloniales.

*
* *

El Sr. D. Félix de Eseverri, director del Instituto de segunda enseñanza de Vitoria, con aprobación, y de acuerdo con el claustro de catedráticos de dicho Instituto, ha dirigido una carta-circular á los centros profesionales de igual clase, de importancia superior á la que pudiera tener un libro, pues se trata de un proyecto encaminado á escribir buenos libros, que contribuyan á perfeccionar la lengua castellana.

Aprobado por la Real Academia española; el mismo claustro del Instituto de Vitoria, á propuesta de su director acordó destinar 300 pesetas anuales con objeto de adquirir para la biblioteca del Establecimiento un ejemplar de cada uno de los libros de texto y publicaciones científicas de

que sean autores los catedráticos de segunda enseñanza.

La conveniencia de ambos acuerdos, que más por extenso se detallan en la carta-circular, está demostrada; por el primero se dará á conocer el interés que el profesorado de segunda enseñanza tiene en coadyuvar al esplendor del lenguaje, y asimismo su competencia, y por el segundo, se crea un medio legítimo y honroso de premiar, en lo posible, los esfuerzos del cuerpo docente, por el progreso y desarrollo científico de los procedimientos de método en las asignaturas, objeto de la segunda enseñanza.

Es de aplaudir la idea del señor D. Félix de Eseverri, y digna de que sus compañeros profesionales la acojan con interés.

*
* *

Católicos y conservadores.—

Un tomo en 8.º—Precio, 2 pesetas.

El autor guarda el anónimo en su obra, y no diré que haga mal, pues el asunto es grave y fácil resbalar á cada paso en senda tan espinosa. Por otra parte, á quien se aventure en ella será fácil le suceda lo que á los personajes de las *Mil y una noches*, que se aventuraban en el camino que había de conducirles á deshacer ciertos encantamentos, que ninguno llegaba, aturdidos y mareados por el fascinamiento de la imaginación que voces diversas y conceptos varios de los que le habían antecedido causaban al viajero.

Pero al fin, hubo quien llegó. El pío lector juzgará si al escritor que ha emitido unas consideraciones acerca de los partidos en España desde Felipe II, y aun tiempos anteriores,

le corresponde la palma del vencimiento.

Tengo para mí, que la fecha no es del todo exacta. Durante el dominio de la dinastía austriaca, no hubo, ni pudo haber, lo que se llama partidos políticos; hubo, sí, banderías, camarillas, parcialidades, y si acaso, partidarios de tal ó cual régimen administrativo; pero fautores de sistema que afectase á lo fundamental de las instituciones, ni aun se conoció en las comunidades.

Remontárase el autor incógnito á tiempos anteriores, y tal vez encontrara algo, muy poco, en la época de los Reyes de Asturias y León, del Rey Sabio y sus descendientes, de los Castillas y Trastamaras, algo más en Felipe V, mucho en el efímero reinado de José Bonaparte; pero en cuanto á la representación genuina de la multitud de partidos políticos, que ni pueden contarse ni ser medidos por sus *protéicas* variaciones, pertenece á nuestros días el privilegio de su invención.

El libro, por lo demás, está escrito en lenguaje brioso contra los males que las discordias han causado y causan á la patria; pinta con energía los medios de que se valen los traficantes políticos para lograr sus fines, y por último, concluye con frases parecidas á las que forman el concepto siguiente:

«Porque el corazón humano es naturalmente rebelde; todo el que levante bandera de rebelión, reunirá siempre hueste en derredor suyo, y cuanto más insensatos sean sus pro-

pósitos, con tanto mayor fanatismo le seguirán sus secuaces.»

¡Ojalá no fuera cierto!

*
*
*

Memoria y cuenta general del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Madrid, correspondiente al año de 1884.

Todas las operaciones están detalladas con minuciosa exactitud. Préstamos, desempeños, ventas. Caja de Ahorros. Imposiciones, reintegros, número y clases de imponentes. Productos y gastos. Resúmenes de situación. Noticias sobre los Montes de Piedad y Cajas de Ahorros en el extranjero.

Del resumen desde el 17 de febrero de 1839, día de la fundación de la Caja, hasta 31 de diciembre de 1884, resulta lo siguiente:

Imponentes nuevos.....	221.999
Idem reintegrados porsaldo.	184.850
	<hr/>
Existentes.....	37.149
	<hr/>
	PESETAS
	<hr/>
Cantidades impuestas.....	164.513.471,11
Intereses acumulados.....	15.749.538,96
	<hr/>
Total....	180.263.010,07
Cantidades devueltas.....	138.911.253,50
	<hr/>
Capital existente..	41.351.756,57
	<hr/>
Número de imposiciones.	3.151.604
Idem de pagos.....	310.652
	<hr/>
Total de operaciones...	3.462.256
	<hr/>

D. CH.